BIBLIOTECA FREUD — VOL. VIII

SIGMUND FREUD

EL CHISTE

Y SU RELACION CON LO INCONSCIENTE

TOMO I

EDICIONES ERCILLA

EL CHISTE Y SU RELACION CON LO INCONSCIENTE

por Sigmund Freud

El filósofo francés Bergson fué uno de los primeros en sorprender el resorte de lo cómico. En lo imprevisto y la ruptura de lo mecánico encontró la explicación de la risa.

Freud ha ido más allá. No se ha satisfecho con la explicación bergsoniana, sino que ha buscado en los pozos de lo inconsciente, las razones fundamentales de la comicidad.

"El chiste y su relación con lo inconsciente" es, por eso, un libro fundamental. Sirve no sólo a los que se interesan por temas sexuales y psicoanalíticos, sino, en general, a todo el que tenga curiosidad por los asuntos psicológicos y por los temas estéticos, ya que este tópico afecta una cuestión fundamentalmente artística.

De este modo, el presente libro de Freud tiene importancia para el lector medio, para el científico, para el literario y para el estudiante: en suma, para todos.

EDITORIAL ERCILLA.

PRINTED IN CHILE

Prensas de la Editorial Ercilla

EL CHISTE Y SU RELACION CON LO INCONSCIENTE

EL CHISTE
Y SU RELACION CON LO INCONSCIENTE

I

EL CHISTE Y SU RELACION CON LO INCONSCIENTE. - EL DELIRIO Y LOS SUEÑOS EN LA «GRADIVA» DE JENSEN.



EDICIONES ERCILLA
SANTIAGO DE CHILE
1936


INTERNATIONAL
PSYCHOANALYTIC
UNIVERSITY BERLIN

A. PARTE ANALITICA

I

INTRODUCCION

Todo aquel que haya buceado en las obras de Estética y de Psicología a la rebusca de una aclaración sobre la esencia y las relaciones del chiste, habrá de confesar que la investigación filosófica no ha concedido al mismo, hasta el momento, toda aquella atención a que se hace acreedor por el importante papel que en nuestra vida anímica desempeña. Sólo una escasísima minoría de pensadores se ha ocupado seriamente de los problemas que a él se refieren. Cierto es que entre los investigadores del chiste hallamos los brillantes nombres del poeta Juan Pablo (F. Richter) y de los filósofos Th. Vischer, Kuno Fischer y Th. Lipps, mas también todos estos autores relegan a un segundo término el tema del chiste y dirigen su interés principal a la investigación del problema de lo cómico, más amplio y atractivo.

La literatura existente sobre esta materia, nos produce al principio la impresión de que no es posible tratar del chiste sino en conexión con el tema de lo cómico.

Según Th. Lipps (Komik und Humor, 1898) (1), el

(1) Beitraege zur Aesthetik. Theodor Lipps y Richard María Werner. VI. Este libro es el que me ha dado valor para acometer la presente investigación y, al mismo tiempo, el que ha hecho posible el intentarla.

chiste es "la comicidad privativamente subjetiva", esto es, aquella comicidad "que nosotros hacemos surgir, que reside en nuestros actos, como tales, y con respecto a la cual nuestra posición es la de sujeto que se halla por encima de ella y nunca la de objeto, ni siquiera voluntario" (pág. 80). La siguiente observación aclara un tanto estos conceptos: Se denomina chiste "todo aquello que hábil y conscientemente hace surgir la comicidad, sea de la idea o de la situación" (página 78).

K. Fischer explica la relación del chiste con lo cómico por medio de la caricatura, a la que sitúa entre ambos (Ueber den Witz, 1889). Lo feo, en cualquiera de sus manifestaciones, es objeto de la comicidad: "Dondequiera que se halle escondido, es descubierto a la luz de la observación cómica, y cuando no es visible o lo es apenas, queda forzado a manifestarse o precisarse hasta surgir clara y francamente a la luz del día... De este modo nace la caricatura" (pág. 45). "No todo nuestro mundo espiritual, el reino intelectual de nuestros pensamientos y representaciones, se desarrolla ante la mirada de la observación exterior, ni se deja representar inmediatamente de una manera plástica y visible. También él contiene sus estancamientos, fallas y defectos, así como un rico acervo de ridículo y de contrastes cómicos. Para hacer resaltar todo esto y someterlo a la observación estética, será necesaria una fuerza que sea capaz, no sólo de representar inmediatamente objetos, sino también de arrojar luz sobre tales representaciones, precisándolas, esto es, una fuerza que ilumine y aclare las ideas. Tal fuerza es, únicamente, *el juicio*. El juicio generador del contraste cómico es el *chiste*, que ha intervenido ya calladamente en la caricatura, pero que sólo en el juicio alcanza su forma característica y un libre campo en que desarrollarse" (pág. 49).

Como puede verse, para Lipps, es la actividad, la conducta activa del sujeto, el carácter que distingue al chiste, dentro de lo cómico, mientras que Fischer caracteriza el chiste por la relación a su objeto, debiendo considerarse como tal todo lo feo que en nuestro mundo intelectual se oculta. La verdad de estas definiciones escapa a toda comprobación y ellas mismas resultan casi ininteligibles, considerándolas, como aquí

lo hacemos, aisladas del contexto al que pertenecen. Será, pues, preciso estudiar en su totalidad la exposición que de lo cómico hacen estos autores, para hallar en ella lo referente al chiste. No obstante, podrá observarse que en determinados lugares de su obra, saben también estos investigadores indicar caracteres generales y esenciales del chiste, sin tener para nada en cuenta su relación con lo cómico.

Entre todos los intentos que K. Fischer hace de fijar el concepto del chiste, el que más le satisface es el siguiente: "El chiste es un juicio desinteresado", (pág. 51). Para explicar esta definición nos recuerda el autor su teoría de que "la libertad estética consiste en la observación desinteresada de las cosas" (pág. 50). En otro lugar (pág. 20) caracteriza Fischer la conducta estética ante un objeto por la condición de que no demandamos nada de él, no le pedimos, sobre todo, una satisfacción de nuestras necesidades, sino que nos contentamos con el goce que nos proporciona su contemplación. En oposición al trabajo, la conducta estética no es sino un juego. "Podría ser que de la libertad estética surgiese un juicio de peculiar naturaleza, desligado de las generales condiciones de limitación y orientación, al que por su origen llamaremos "juicio desinteresado". En este concepto se hallaría contenida la condición primera, para la solución de nuestro problema, o quizá dicha solución misma. "La libertad produce el chiste y el chiste da libertad", dice Juan Pablo. "El chiste es un simple juego con ideas" (pág. 24).

Se ha definido con preferencia el chiste, diciendo que es la habilidad de hallar analogías entre lo disparejo, esto es, analogías ocultas. Juan Pablo expresó chistosamente este mismo pensamiento: "El chiste — escribe — es el cura disfrazado que desposa a toda pareja", frase que continuó Th. Vischer, añadiendo: "Y con preferencia a aquellas cuyo matrimonio no quieren tolerar sus familias." Mas, al mismo tiempo, objeta Vischer que existen chistes en los que no aparece la menor huella de comparación, o sea de hallazgo de una analogía. Por lo tanto, define el chiste, separándose de la teoría de Juan Pablo, como la habilidad de ligar con sorprendente rapidez y formando una unidad, varias representaciones que por su valor intrínseco y por el nexo a que pertenecen son totalmente

extrañas unas a otras. K. Fischer observa que en una gran cantidad de juicios chistosos, no hallamos analogías, sino por lo contrario, diferencias; y Lipps, a su vez, hace resaltar el hecho de que todas estas definiciones se refieren a la cualidad propia del sujeto chistoso, pero no al chiste mismo, fruto de dicha cualidad.

Otros puntos de vista, relacionados entre sí en un cierto sentido, y que han sido adoptados en la definición o descripción del chiste, son los del "contraste de representaciones", del "sentido en lo desatinado" y del "desconcierto y esclarecimiento".

Varias definiciones establecen como factor principal el contraste de representaciones. Así, Kraepelin considera el chiste como "la caprichosa conexión o ligadura, conseguida generalmente por asociación verbal, de dos representaciones que contrastan entre sí de un modo cualquiera". Para un crítico como Lipps, no resulta nada difícil demostrar la grave insuficiencia de tal fórmula, pero tampoco él excluye el factor contraste, sino que se limita a situarlo, por desplazamiento, en un lugar distinto. "El contraste continúa existiendo, pero no es un contraste determinado de las representaciones ligadas por medio de la expresión oral, sino contraste o contradicción de la significación y falta de significación de las palabras" (pág. 87). Con varios ejemplos aclara Lipps el sentido de la última parte de su definición. "Nace un contraste cuando concedemos... a sus palabras un significado que, sin embargo, vemos que es imposible concederles."

En el desarrollo de esta última determinante aparece la antítesis de "sentido y desatino". Lo que un momento hemos aceptado como sensato se nos muestra, inmediatamente, falto de todo sentido. Tal es la esencia, en este caso, del proceso cómico (pág. 85 y siguientes). "Un dicho nos parece chistoso cuando le atribuímos una significación con necesidad psicológica y en el acto de atribuírsela tenemos que negársela. El concepto de tal significación puede fijarse de diversos modos. Prestamos a un dicho un *sentido* y sabemos que lógicamente no puede corresponderle. Encontramos en él una *verdad*, que luego, ciñéndose a las leyes de la experiencia, o a los hábitos generales de nuestro pensamiento, nos es imposi-

ble reconocer en él. Le concedemos una consecuencia lógica o práctica que sobrepasa su verdadero contenido y negamos en seguida tal consecuencia en cuanto examinamos la constitución del dicho en sí. El proceso psicológico que el dicho chistoso provoca en nosotros y en el que reposa el sentimiento de la comicidad, consiste siempre en el inmediato paso de los actos de prestar un sentido, tener por verdadero o conceder una consecuencia. a la conciencia o impresión de una relativa nulidad."

A pesar de lo penetrante de este análisis, cabe preguntar si la contraposición de lo significativo y lo falto de sentido, en la que reposa el sentimiento de la comicidad, puede contribuir en algo a la fijación del concepto del chiste en tanto en cuanto este último se halla diferenciado de lo cómico.

También el factor "desconcierto y esclarecimiento" nos hace penetrar profundamente en la relación del chiste con la comicidad. Kant dice que constituye una singular cualidad de lo cómico el no podernos engañar más que por un instante. Heyman (Zeitschr. f. Psychologie XI, 1896), expone cómo el efecto de un chiste es producido por la sucesión de desconcierto y esclarecimiento, y explica su teoría analizando un excelente chiste que Heine pone en boca de uno de sus personajes, el colector de lotería Hirsch-Hyacinth. pobre diablo que se vanagloria de que el poderoso barón de Rothschild, al que ha tenido que visitar, le ha acogido como a un igual y le ha tratado muy "familionarmente". En este chiste nos aparece al principio, la palabra que lo constituye, simplemente como una defectuosa composición verbal, incomprensible y misteriosa. Nuestra primera impresión es, pues, la de desconcierto. La comicidad resultaría del término puesto a tal desconcierto, por la comprensión de la singular formación verbal. Lipps añade que a este primer estadio del esclarecimiento, en el que comprendemos la doble significación de la palabra, sigue otro en el que vemos que la palabra falta de sentido nos ha asombrado primero y revelado luego su justa significación. Este segundo esclarecimiento, la comprensión de que todo el proceso ha sido debido a un término que en el uso corriente del idioma carece de todo sentido, es lo que hace nacer la comicidad (pág. 95).

Sea cualquiera de estas dos teorías la que nos parezca

más luminosa, el caso es que el punto de vista del "desconcierto y esclarecimiento" nos proporciona una determinada orientación. Si el efecto cómico del chiste de Heine, antes expuesto, reposa en la solución de la palabra aparentemente falta de sentido, quizá deba buscarse el "chiste" en la formación de tal palabra y en el carácter que presenta.

Fuera de toda conexión con los puntos de vista antes consignados, aparece otra singularidad del chiste que es considerada como esencial por todos los autores. "La brevedad es el cuerpo y el espíritu de todo chiste, y hasta podríamos decir que es lo que precisamente lo constituye" escribe Juan Pablo (Vorschule der Aesthetic, I, § 45), frase que no es sino una modificación de la que Shakespeare pone en boca del charlatán Polonio (Hamlet, acto II, esc. II): "Como la brevedad es el alma del ingenio, y la prolijidad su cuerpo y ornato exterior, he de ser breve."

Muy importante es la descripción que de la brevedad del chiste hace Lipps (pág. 90): "El chiste dice lo que ha de decir, no siempre en pocas palabras, pero sí en menos de las necesarias, esto es, en palabras que conforme a una estricta lógica o a la corriente manera de pensar y expresarse no son las suficientes. Por último, puede también decir todo lo que se propone, silenciándolo totalmente".

Ya en la yuxtaposición del chiste y la caricatura se nos hizo ver "que el chiste tiene que hacer surgir algo *oculto o* escondido" (K. Fischer, pág. 51). Hago resaltar aquí, nuevamente, esta determinante por referirse más a la esencia del chiste que a su pertenencia a la comicidad.

* * *

Sé muy bien que con las fragmentarias citas anteriores extraídas de los trabajos de investigación del chiste, no se puede dar una idea de la importancia de los mismos ni de los altos merecimientos de sus autores. A consecuencia de las dificultades que se oponen a una exposición, libre de erróneas interpretaciones, de pensamientos tan complicados y su-

tiles, no puedo ahorrar a aquellos que quieran conocerlos a fondo el trabajo de documentarse en las fuentes originales. Mas tampoco me es posible asegurarles que hallarán en ellas una total satisfacción de su curiosidad. Las cualidades y caracteres que al chiste atribuyen los autores antes citados —la actividad, la relación con el contenido de nuestro pensamiento, el carácter de juicio desinteresado, el apareamiento de lo heterogéneo, el contraste de representaciones, el "sentido en lo desatinado", la sucesión de asombro y esclarecimiento, el descubrimiento de lo escondido y la peculiar brevedad del chiste—, nos parecen a primera vista tan verdaderos y tan fácilmente demostrables por medio del examen de ejemplos, que no corremos peligro de negar la estimación debida a tales concepciones; pero son éstas *disjecta membra* que desearíamos ver reunidas en una totalidad orgánica. No aportan, en realidad, más material para el conocimiento del chiste que lo que aportaría una serie de anécdotas a la característica de una personalidad, cuya biografía quisiéramos conocer. Fáltanos totalmente el conocimiento de la natural conexión de las determinantes aisladas y de la relación que la brevedad del chiste pueda tener con su carácter de juicio desinteresado. Tampoco sabemos si el chiste debe, para serlo realmente, llenar todas las condiciones expuestas o sólo algunas de ellas, y en este caso, cuáles son las imprescindibles y cuáles las que pueden ser sustituídas por otras. Desearíamos, por último, obtener una agrupación y una división de los chistes en función de las cualidades señaladas. La clasificación hecha hasta ahora se basa, por un lado, en los medios técnicos, y por otro, en el empleo del chiste en el discurso oral (chiste por efecto del sonido, juego de palabras, chiste caricaturizante, chiste caracterizante, satisfacción chistosa).

No nos costaría, pues, trabajo alguno, indicar sus fines a una más amplia investigación del chiste. Para poder esperar algún éxito tendríamos que introducir nuevos puntos de vista en nuestra labor o intentar adentrarnos más en la materia, intensificando nuestra atención y agudizando nuestro interés. Podemos, por lo menos, proponernos no desaprovechar este último medio. Es singular la escasísima cantidad de ejemplos reconocidamente chistosos que los investigadores han conside-

rado suficiente para su labor y es, asimismo, un poco extraño que todos hayan tomado como base de su trabajo los mismos chistes utilizados por sus antecesores. No queremos nosotros tampoco sustraernos a la obligación de analizar los mismos ejemplos de que se han servido los clásicos de la investigación de estos problemas, pero sí nos proponemos aportar, además, nuevo material, para conseguir una más amplia base en que fundamentar nuestras conclusiones. Naturalmente, tomaremos como objeto de nuestra investigación aquellos chistes que nos han hecho mayor impresión y provocado más intensamente nuestra hilaridad.

No creo pueda dudarse de que el tema del chiste sea merecedor de tales esfuerzos. Prescindiendo de los motivos personales que me impulsan a investigar el problema del chiste y que ya se irán revelando en el curso de este estudio, puedo alegar el hecho innegable de la íntima conexión de todos los sucesos anímicos, conexión merced a la que un descubrimiento realizado en un dominio psíquico cualquiera, adquiere, con relación a otro diferente dominio, un valor extraordinariamente mayor que el que en un principio nos pareció poseer aplicado al lugar en que se nos reveló. Débese también tener en cuenta el singular y casi fascinador encanto que el chiste posee en nuestra sociedad. Un nuevo chiste se considera casi como un acontecimiento de interés general y pasa de boca en boca como la noticia de una recientísima victoria. Hasta importantes personalidades que juzgan digno de comunicar a los demás cómo han llegado a ser lo que son, qué ciudades y países han visto y con qué otros hombres de relieve han tratado, no desdeñan tampoco acoger en su biografía tales o cuales excelentes chistes que han oído (1).

(1) F. v. Falke. Lebenserinnerungen, 1897.

II

LA TECNICA DEL CHISTE

Escojamos el primer chiste que el azar hizo acudir a nuestra pluma al escribir el capítulo anterior.

En el fragmento de los "Reisebilder" titulado "Los baños de Lucca", nos presenta Heine la regocijante figura de Hirsch-Hyacinth, colector de lotería y callista hamburgués, que vanagloriándose de sus relaciones con el opulento barón de Rothschild, exclama: "Tan cierto como que de Dios proviene todo lo bueno, señor doctor, es que una vez me hallaba yo sentado junto a Salomón Rothschild y que me trató como a un igual suyo, muy *familionarmente* (famillonär)".

Este excelente chiste ha sido utilizado como ejemplo, por Heyman y Lipps, para explicar el efecto cómico del chiste en función del proceso de "desconcierto y esclarecimiento". Mas dejemos por ahora esta cuestión para plantearnos la de qué es lo que hace que el dicho de Hirsch-Hyacinth constituya un chiste. Pueden suceder dos cosas: o es el pensamiento expresado en la frase lo que lleva en sí el carácter chistoso, o el chiste es privativo de la expresión que el pensamiento ha hallado en la frase. Tratemos, pues, de perseguir el carácter chistoso y descubrir en qué lugar se oculta.

Un pensamiento puede ser expresado por medio de diferentes formas verbales — o palabras — que, todas ellas, lo reproducen con igual fidelidad. En la frase de Hirsch-Hyacinth tenemos una determinada expresión de un pensamiento, expresión que sospechamos es un tanto singular y desde luego no

la más fácilmente comprensible. Intentemos expresar, con la mayor fidelidad, el mismo pensamiento en palabras distintas, Esta labor ya ha sido llevada a cabo por Lipps de manera de explicar, hasta cierto punto, la idea de Heine. "Comprendemos — escribe Lipps — que Heine quiere decir que la acogida de Rothschild a Hirsch-Hyacinth fué harto familiar, esto es, de aquella naturaleza poco corriente en los millonarios" (pág. 87). No alteraremos en nada este sentido dando al pensamiento otra forma que quizá se adapta más a la frase de Hirsch-Hyacinth. "Rothschild me trató como a su igual muy *familiarmente*, aunque claro es que sólo en la medida en que esto es posible a un *millonario*". "La benevolencia de un rico es siempre algo dudosa para aquel que es objeto de ella", añadiríamos nosotros (1).

Cualquiera de estas dos versiones del mismo pensamiento que demos por buena, vemos que la interrogación que nos planteamos ha quedado resuelta. El carácter chistoso no pertenece, en este ejemplo, al pensamiento. Lo que Heine pone en labios de Hirsch-Hyacinth es una justa y penetrante observación, que entraña una innegable amargura y nos parece muy comprensible en un pobre diablo que se encuentra ante la enorme fortuna de un plutócrata, pero que nunca nos atreveríamos a calificar de chistosa. Si alguien, no pudiendo olvidar la forma original de la frase, insistiera en que el pensamiento en sí era también chistoso, no habría más que hacerle ver que si la frase de Hirsch-Hyacinth nos hacía reír, en cambio, la fidelísima versión del mismo pensamiento hecha por Lipps o la que nosotros hemos después efectuado, pueden movernos a reflexionar, pero nunca excitar nuestra hilaridad.

Mas si el carácter chistoso de nuestro ejemplo no se esconde en el pensamiento, tendremos que buscarlo en la forma de la expresión verbal. Examinando la singularidad de dicha expresión, descubrimos en seguida lo que podemos considerar como técnica verbal o expresiva de este chiste, la cual tiene

(1) En otro lugar volveremos a ocuparnos de este mismo chiste y hallaremos entonces ocasión de corregir la interpretación de Lipps, que ahora aceptamos íntegra. Pero dicha corrección, efectuada aquí, perturbaría la discusión que sigue.

que hallarse en íntima relación con la esencia del mismo, dado que todo su carácter y el efecto que produce, desaparecen en cuanto se lleva a cabo su sustitución. Concediendo un tan importante valor a la forma verbal del chiste, nos hallamos de perfecto acuerdo con los que en la investigación de esta materia nos han precedido. Así, dice K. Fischer (pág. 72): "En principio, es simplemente la forma lo que convierte al juicio en chiste". Recordamos aquí una frase de Juan Pablo en la que se expone y demuestra esta naturaleza del chiste: "Hasta tal punto vence simplemente la colocación, sea de los ejércitos, sea de las frases."

¿En qué consiste, pues, la "técnica" de este chiste? ¿Por qué proceso ha pasado el pensamiento descubierto por nuestra interpretación, hasta convertirse en un chiste que nos mueve a risa? Comparando nuestra interpretación con la forma en que el poeta ha encerrado el tal pensamiento, hallamos una doble elaboración. En primer lugar ha tenido efecto una abreviación. Para expresar totalmente el pensamiento contenido en el chiste tendríamos que añadir a la frase "R. me trató como a un igual, muy familiarmente", una segunda proposición "hasta el punto en que ello es posible a un millonario" y hecho esto sentimos todavía la necesidad de otra sentencia aclaratoria (1). El poeta expresa el mismo pensamiento con mucha mayor brevedad:

"R. me trató como a un igual, muy *familionarmente* (*famillonär*)." Toda la limitación que la segunda frase impone a la primera en la que se señala lo familiar del trato, desaparece en el chiste.

Mas no queda excluída sin dejar un sustitutivo por el que nos es posible reconstruirla. Ha tenido lugar una segunda modificación. La palabra "familiarmente" (familiär), que aparece en la interpretación no chistosa del pensamiento, se muestra, en el chiste, transformada en "familionarmente". Sin duda alguna, es en esta nueva forma verbal donde residen el carácter chistoso y el efecto hilarante del chiste. La

(1) Estas consideraciones son igualmente aplicables a la interpretación de Lipps.

palabra así formada coincide en sus comienzos con la palabra "familiarmente" (familiär) que aparece en la primera frase, y luego con la palabra "millonario" (millonär) que forma parte de la segunda; representa así a esta última y nos permite adivinar su texto, omitido en el chiste. Es, pues, la nueva palabra, una formación mixta de los dos componentes "familiarmente" y "millonario" y podemos representar gráficamente su génesis en la forma que sigue:

F A M I L I Ä R
M I L I O N Ä R

F A M I L I *O N* Ä R

El proceso que ha convertido en chiste el pensamiento podemos también representarlo en una forma, que aunque al principio parece un tanto fantástica, reproduce exactamente el resultado real:

"R. me trato muy familiarmente (familiär), aunque
claro es que sólo en la | |
medida en que esto es | |
posible a un millonario (millionär)"

Imagínese ahora una fuerza compresora que actuara sobre esta frase, y supóngase que por una cualquier razón sea su segundo trozo el que menos resistencia puede oponer a dicha fuerza. Tal segundo trozo se vería entonces forzado a desaparecer, y su más valioso componente, la palabra "millonario" (millionär), único que presentaría una mayor resistencia, quedaría incorporado a la primera parte de la frase por su fusión con la palabra "familiarmente" (familiär), análoga a él. Precisamente esta casual posibilidad de salvar lo más importante del segundo trozo de la frase, favorece la desaparición de los restantes elementos menos valiosos. De este modo nace entonces el chiste:

"R. me trató muy *familiarmente* (famili on är)

(mili är)

Aparte de esta fuerza compresiva, que nos es desconocida, podemos describir, en este caso, el proceso de la formación del chiste, o sea la técnica del mismo, como una "condensación con formación de sustitutivo". Esta formación consistiría, en nuestro ejemplo, en la constitución de una "palabra mixta" — "famillionär" — incomprensible en sí, pero cuyo sentido nos es descubierto en el acto por el contexto en el que se halla incluída. Esta palabra mixta es la que entraña el efecto hilarante del chiste, efecto de cuyo mecanismo nada hemos logrado averiguar con el descubrimiento de la técnica. ¿Hasta qué punto puede regocijarnos y forzarnos a reír un proceso de condensación verbal acompañado de una formación sustitutiva? Este es otro problema muy distinto y del que no podemos ocuparnos hasta hallar un camino por el que aproximarnos a él. Permaneceremos, pues, por ahora, en lo que respecta a la técnica del chiste.

Nuestra esperanza de que la técnica del chiste no podía por menos de revelarnos la íntima esencia del mismo, nos mueve, ante todo, a investigar la existencia de otros chistes de formación semejante a la del anteriormente examinado. En realidad no existen muchos chistes de este tipo, mas sí los suficientes para formar un pequeño grupo caracterizado por la formación de una palabra mixta. El mismo Heine, copiándose a sí mismo, ha utilizado por segunda vez la palabra "millonario" (Millionär) para hacer otro chiste. Habla, en efecto, en uno de sus libros (Ideen, Cap. XIV) de un "*Millionarr*", transparente condensación de las palabras 'millonario" (Millionär) y "loco" (Narr), que expresa, como en el primer ejemplo, un oculto pensamiento accesorio.

Expondré aquí otros ejemplos del mismo tipo, que hasta mí han llegado: La malicia europea transformó en "*Cleopoldo*" el verdadero nombre — Leopoldo — de un alto personaje, de quien se murmuraba mantenía íntimas relaciones con una bella dama llama "Cleo". De este modo, el rendimiento de un sencillo proceso de condensación en el que no entraba en juego sino una sola letra, conservaba siempre viva una maligna alusión. Los nombres propios caen con especial facilidad bajo este proceso de la técnica del chiste: En Viena existían dos hermanos, "Salinger" de apellido, uno de los cuales era corre-

dor de Bolsa (Börsen *sensal*). Esta circunstancia dió pie para que a este último se le conociera con el nombre de *Sensalinger* (condensación de Sensal — corredor, y Salinger — su apellido) y a su hermano con el menos agradable de "Scheusalinger" (condensación de Scheusal — espantajo, y el apellido común). La ocurrencia es fácil e ingeniosa, aunque ignoro si estaría justificada. Mas el chiste no suele preocuparse mucho de tales justificaciones.

En una conversación, proporcioné yo mismo, involuntariamente, el material para la formación de un chiste por completo análogo al primero que de Heine hemos reproducido. Relataba yo a una señora los grandes merecimientos de un investigador cuyo valer creía yo injustamente desconocido por sus contemporáneos. "Pero ese hombre merece un monumento", me replicó la señora. "Y es muy probable que alguna vez lo tenga — repuse yo—, pero, momentáneamente, su éxito es bien escaso". "Monumento" y "momentáneo" son dos conceptos opuestos. Mi interlocutora los reunió en su respuesta, diciendo: "Entonces le desearemos un éxito *monumentáneo.*"

En un excelente trabajo inglés sobre este mismo tema (A. A. Bull, Freuds Theory of wit, Journal of abnormal Psychologie, 1911) se incluyen algunos ejemplos, en idiomas diferentes del alemán, que muestran todos el mismo mecanismo de condensación que el chiste de Heine.

El escritor inglés de Quincey — relata Brill — escribe en una ocasión, que los ancianos suelen caer con frecuencia en el "anecdotage". Esta palabra es una formación mixta de otras dos, coincidentes en parte: "anecdote" (anécdota) y "dotage" (charla pueril)

En una historieta anónima halló Brill calificadas las Navidades como "the alcoholidays", igual fusión de "alcohol" y "holydays" (días festivos).

Hablando Sainte-Beuve de la famosa novela de Flaubert "Salambô", cuya acción se desarrolla en la antigua Cartago, la califica irónicamente de "Carthaginoiserie", aludiendo a la paciente minuciosidad con que el autor se esfuerza en reproducir el ambiente y costumbres del antiguo pueblo africano:

"Carthaginois"
"chinoiserie".

El mejor chiste de este tipo se debe a una de las personalidades austríacas de mayor relieve, que después de una importante actividad científica y pública, ocupa actualmente uno de los más altos puestos del Estado. He de tomarme la libertad de utilizar para estas investigaciones los chistes atribuídos a esta personalidad y que, en efecto, llevan todos un mismo, inconfundible sello. Sírvame de justificación el hecho de que difícilmente hubiera podido hallar un mejor material (1).

Se hablaba un día, delante de esta persona, de un escritor al que se conocía por una aburrida serie de artículos, publicados en un diario vienés, sobre insignificantes episodios de las relaciones políticas y guerreras entre Napoleón I y el Austria. El autor de estos artículos ostenta una abundante cabellera de un espléndido color rojo. Al oír su nombre, exclamó el señor N.: ¿"No es ése el rojo Fadian (2) que se extiende por toda la historia de los Napoleónidas"?.

Para hallar la técnica de este chiste lo someteremos a aquel método de reducción que hace desaparecer su carácter chistoso, variando su forma expresiva, y restaura en cambio su primitivo sentido, fácilmente adivinable en todo buen chiste. El presente ejemplo ha surgido de dos componentes: un juicio adverso al escritor en cuestión y una reminiscencia de la famosa comparación con que Goethe encabeza en "Las afinidades electivas" los extractos del "Diario de Otilia" (3). La adversa crítica podría expresarse en la

(1) No creo se me juzgue sin derecho a la reproducción y aprovechamiento de tales chistes. He llegado a conocerlos, no por una indiscreción, sino por ser en Viena del dominio público y andar en boca de todo el mundo. Varios de ellos han sido publicados por Ed. Hanslick en el "Neue Freie Presse" y en su "Autobiografía". Por la deformación que otros hayan sufrido, inevitable en la tradición oral, pido desde luego se me excuse.

(2) "Fadian", palabra intraducible, cuyo significado quedará en claro al verificar el análisis del chiste. — N. del T.

(3) "En la Marina inglesa existe una disposición especial. Todo el cordaje de la Flota Real, desde el calabrote más grueso a la driza más fina, se halla tejido de tal modo, que queda atravesado en el sentido de su longitud, por un hilo rojo, imposible de hacer desaparecer sin destejer toda la pieza. De este modo,

forma siguiente: ¡De modo que es éste el sujeto que no sabe escribir, una y otra vez, más que aburridos folletones sobre Napoleón en Austria! Esta manifestación no tiene nada de chistoso. Tampoco puede movernos a risa la bella comparación de Goethe. Sólo cuando ambos conceptos son puestos en relación y sometidos a un singular proceso de condensación y fusión es cuando surge un chiste, excelente por cierto (1). La conexión entre el adverso juicio sobre el tedioso historiador y la bella metáfora goethiana se ha constituído aquí, por razones que aún no me es dado hacer comprensibles, de un modo harto menos sencillo que en otros casos análogos. Intentaré, por lo menos, sustituir el probable proceso de génesis de este chiste, por la construcción siguiente: En primer lugar, la circunstancia del constante retorno del mismo tema en los artículos del insulso escritor debió de despertar en N. una ligera reminiscencia de la conocida comparación goethiana de "Las afinidades electivas", comparación que es erróneamente citada casi siempre, con las palabras "se extiende como un rojo hilo". El "rojo hilo" de la comparación ejerció una acción modificadora sobre la expresión de la primera frase, merced a la circunstancia casual de ser también "rojo", esto es poseer rojos cabellos, el escritor criticado. Llegado el proceso a este punto, la expresión del pensamiento sería quizá la siguiente: "De modo que ese individuo rojo es el que escribe unos artículos tan aburridos sobre Napoleón". Entra ahora en juego el proceso que condensó en uno ambos trozos. Bajo la presión de este proceso, que encuentra su primer punto de apoyo en la igualdad proporcionada por el elemento "rojo", se asimiló "aburrido" ("langweilig") a "hilo" ("Faden") transformándose en su sinónimo "fad" ("aburrido", "insulso"), y entonces pudieron ya fundirse ambos elementos para constituir la expresión verbal del

---

hasta en el más pequeño trozo de cordaje se reconoce en el acto su pertenencia a la Corona. Igualmente se extiende por todo el diario de Otilia un hilo de ternura y fidelidad que todo lo une y caracteriza la totalidad."

(1) No necesitaré casi indicar cuán distante se halla esta observación, aplicable a todos los casos, de la afirmación de que el chiste es un juicio desinteresado.

chiste en la que esta vez tiene mayor importancia la cita goethiana que el juicio despectivo, el cual seguramente fué el primero en surgir aisladamente en el pensamiento de N.

"De modo que ese "rojo" individuo es el que
El "rojo"
escribe los insulsos ("fade") artículos sobre N.
hilo ("Faden") que se extiende...

"¿No es ése el *rojo Fadian* que se extiende por toda la historia de los Napoleónidas?".

Mas adelante, cuando nos sea posible analizar este chiste desde otros puntos de vista distintos de los puramente formales, justificaremos esta representación gráfica y, al mismo tiempo, la someteremos a una necesaria rectificación. Lo que en ella pudiera ser objeto de duda, el hecho de haber tenido lugar una condensación, aparece con evidencia innegable. El resultado de la condensación es, nuevamente, por un lado, una considerable abreviación, y por otro, en lugar de una singular formación verbal mixta, más bien una infiltración de los elementos constitutivos de ambos componentes. La expresión "roter Fadian" sería siempre viable por sí misma como una calificación peyorativa; mas en nuestro caso es, con seguridad, el producto de una condensación.

Si al llegar a este punto se sintiera el lector disgustado ante nuestra manera de enfocar esta cuestión, que amenaza destruir el placer que en el chiste pudiera hallar, sin explicarle, en cambio, ni siquiera la fuente de que dicho placer mana, yo le ruego reprima su impaciencia. Nos hallamos ahora ante el problema de la técnica del chiste, cuya investigación nos promete, cuando lleguemos a profundizar suficientemente, interesantes descubrimientos.

Por el análisis del último ejemplo nos hallamos preparados a hallar, cuando en otros casos encontremos de nuevo un proceso de condensación, la sustitución de lo suprimido, no en una formación verbal mixta, sino también en una distinta modificación de la expresión. Los siguientes chistes,

debidos asimismo al fértil ingenio del señor N... nos indicarán en qué consiste este distinto sustitutivo:

"Sí; he viajado con él *tête—á—bête*". Nada más fácil que reducir este chiste. Su significación tiene que ser: "He viajado *tête—á—tête* con X.. y X. es un *animal*".

Ninguna de las dos frases es chistosa. Reduciéndolas a una sola: "He viajado *tête—á—tête* con el animal de X", tampoco encontramos en ella nada que nos mueva a risa. El chiste se constituye en el momento en que se hace desaparecer la palabra "animal" y, para sustituirla, se cambia por una *b* la *t* de la segunda "tête", modificación pequeñísima pero suficiente para que vuelva a surgir el concepto "animal" antes desaparecido. La técnica de este grupo de chistes puede describirse como "condensación con ligera modificación", y sospechamos que el chiste será tanto mejor cuánto más pequeña sea la modificación sustitutiva.

Análoga, aunque no exenta de complicación, es la técnica de otro chiste. Hablando de una persona que al lado de excelentes cualidades presentaba grandes defectos, dice N.: "*Sí*; la vanidad es uno de sus *cuatro talones de Aquiles*" (1). La pequeña modificación consiste aquí en suponer que la persona a la que el chiste se refiere, posee *cuatro* talones, o sea cuatro pies, como los animales. Así, pues, las dos ideas condensadas en el chiste, serían:

"X es un hombre de sobresalientes cualidades, fuera de su extremada vanidad; pero no obstante, no es una persona que me sea grata, pues me parece un animal".

Muy semejante, pero mucho más sencillo, es otro chiste del que fuí testigo en un pequeño círculo familiar, al que pertenecían dos hermanos, uno de los cuales era considerado como modelo de aplicación en sus estudios, mientras que el otro no pasaba de ser un medianísimo escolar. En una ocasión, el buen estudiante sufrió un fracaso en sus exámenes, y su madre, hablando del suceso, expresó su preocupación de que constituyera el comienzo de una regresión en las buenas cualida-

---

(1) Este mismo chiste se atribuye a Heine, hablando de Alfredo de Musset.

des de su hijo. El hermano holgazán, que hasta aquel momento había permanecido oscurecido por el buen estudiante, acogió con placer aquella excelente ocasión de tomar su revancha. y exclamó: "Sí, Carlos va ahora hacia atrás *sobre sus cuatro pies*".

La modificación consiste aquí en un pequeño agregado a la afirmación de que también, a su juicio, retrocede el hermano, abandonando el buen camino. Mas esta modificación aparece como el sustitutivo de una apasionada defensa de la propia causa: "No creáis que él es más inteligente que yo porque obtiene éxitos en la escuela. No es más que un animal, esto es. más estúpido aun que yo".

Otro chiste. muy conocido, de N., nos da un bello ejemplo de condensación con ligera modificación. Hablando de una personalidad política, dijo: "Ese hombre tiene un *gran porvenir detrás de él*". Tratábase de un joven que por su apellido, educación y cualidades personales pareció durante algún tiempo llamado a llegar a la jefatura de un gran partido político y con ella al Gobierno de la nación. Mas las circunstancias cambiaron de repente y el partido de referencia se vió imposibilitado de llegar al Poder, siendo sospechable que el hombre predestinado a asumir su jefatura no llegue ya a los altos puestos que se creía. La más breve interpretación reducida de este chiste sería: "Ese hombre ha tenido ante sí un gran porvenir, pero ahora ya no lo tiene". En lugar del "ha tenido" y de la frase final, aparece en la frase principal la modificación de sustituir el "ante sí" por su contrario "detrás de él" (1).

De una modificación casi idéntica se sirvió N. en otra de sus ocurrencias. Había sido nombrado ministro de Agricultura un caballero, al que no se reconocía otro mérito, para ocupar dicho puesto, que el de explotar personalmente sus propiedades agrícolas. La opinión pública pudo comprobar,

(1) En la técnica de este chiste actúa todavía otro factor, del que me ocuparé más adelante. Refiérese al carácter del contenido de la modificación (representación antinómica, contrasentido). Nada impide a la técnica del chiste servirse simultáneamente de varios medios, pero nosotros queremos ir exponiendo estos medios ordenadamente, uno por uno.

durante su gestión ministerial, que se trataba del más inepto de cuantos ministros habían desempeñado aquella cartera. Cuando dimitió y volvió a sus ocupaciones agrícolas particulares, comentó N.: "Como Cincinato, ha vuelto a su puesto *ante* el arado".

El ilustre romano, al que se apartó de sus faenas agrícolas para conferirle la investidura de dictador, volvió, al abandonar la vida pública, a su puesto "detrás" del arado. "Delante" del mismo no han ido nunca, ni en la época romana ni en la actual, más que los bueyes.

Otro caso de condensación con modificación, es un chiste de Karl Kraus, que refiriéndose a un periodista de ínfima categoría, dedicado al "chantage", dijo que había salido para los Balkanes en el "Orienter*p*resszug", formación verbal producto de la condensación de dos palabras "Oriente*x*presszug" (tren exprés del Oriente) y "Erpressung" (chantage).

Podríamos aumentar grandemente la colección de ejemplos de esta clase; más creo que con los expuestos quedan suficientemente aclarados los caracteres de la técnica del chiste — condensación con modificación — en este segundo grupo. Comparándolo ahora con el primero, cuya técnica consistía en la condensación con formación de una expresión verbal mixta, vemos con toda claridad que sus diferencias no son esenciales y la transición de uno a otro se efectúa sin violencia alguna. Tanto la formación verbal mixta como la modificación, se subordinan al concepto de la formación de sustitutivos, y si queremos, podemos describir la formación de palabra mixta también como modificación de la palabra fundamental por el segundo elemento.

* * *

Hagamos aquí un primer alto para preguntarnos con qué factor expuesto ya en la literatura existente sobre esta materia coincide, total o parcialmente, este primer resultado

de nuestra labor. Desde luego con el de la brevedad, a la que Juan Pablo califica de alma del chiste. La brevedad no es en sí chistosa; si no, toda sentencia lacónica constituiría un chiste. La brevedad del chiste tiene que ser de una especial naturaleza. Recordamos que Lipps ha intentado describir detalladamente la peculiaridad de la abreviación chistosa. Nuestra investigación ha demostrado, partiendo de este punto, que la brevedad del chiste es con frecuencia el resultado de un proceso especial que en la expresión verbal del mismo ha dejado una segunda huella: la formación sustitutiva. Empleando el procedimiento de reducción, que intenta recorrer en sentido inverso el camino seguido por el proceso de condensación, hallamos también que el chiste depende tan sólo de la expresión verbal resultante del proceso de condensación. Naturalmente, nuestro interés se dirigirá en el acto hacia este proceso, tan singular como poco estudiado hasta el momento, pero no llegamos a comprender cómo puede surgir de él lo más valioso del chiste: la consecución de placer que el mismo trae consigo.

Veamos si en algún otro dominio psíquico se han descubierto ya procesos análogos a los que aquí describimos como técnica del chiste. Unicamente en uno muy distante en apariencia. En 1900 publiqué una obra titulada "La interpretación de los sueños", en la cual como su título lo indica, intenté aclarar el misterio de los sueños y presentarlos como un producto de la normal función anímica. En esta obra, opongo repetidamente el "contenido manifiesto del sueño", con frecuencia harto singular, a las "ideas latentes" del mismo, totalmente correctas, de las que procede, y emprendo la investigación de los procesos que, partiendo de dichas ideas, hacen surgir el sueño, y de las fuerzas psíquicas que toman parte en esta transformación. El conjunto de los procesos de transformación es denominado por mí, "elaboración del sueño" y, como un fragmento de la misma he descrito un proceso de condensación que muestra la mayor analogía con el que aparece en la técnica del chiste, pues produce como éste una abreviación y crea formaciones sustitutivas de idéntico carácter. Todos conocemos por nuestros propios sueños las formacio-

nes mixtas de personas, y hasta de objetos, que en ellos aparecen. El sueño llega también a crear formaciones mixtas de palabras que luego podemos descomponer en el análisis (p. e. Autodidasker = autodidacta + Lasker) (1). Otras veces, y con mayor frecuencia, el proceso de condensación del sueño no crea formaciones mixtas, sino imágenes que, salvo en una modificación o agregación procedente de distinta fuente, coinciden por completo con una persona o un objeto determinados. Son, por lo tanto, tales modificaciones, idénticas a las que nos muestran los chistes de N., y no podemos ya poner en duda que en ambos casos tenemos ante nosotros el mismo proceso psíquico, reconocible por su idéntico resultado. Una tan amplia analogía de la técnica del chiste con la elaboración del sueño, no dejará de intensificar nuestro interés por la primera, haciéndonos concebir la esperanza de que una comparación entre el chiste y los sueños contribuya extraordinariamente a descubrirnos la esencia de aquél. Más antes de emprender esta labor comparativa tenemos aún que investigar más ampliamente la técnica del chiste, pues el número de análisis que hasta ahora hemos llevado a cabo es todavía insuficiente para dejar perfectamente establecida, como un carácter general, la analogía descubierta en los hasta ahora examinados. Abandonaremos, pues, por ahora, la comparación con el sueño y tornaremos a la técnica del chiste, dejando suelto, en este punto de nuestra investigación, un cabo que más adelante recogeremos.

* * *

Lo primero que necesitamos saber es si el proceso de condensación con formación sustitutiva aparece en todos los chistes y puede, por lo tanto, considerarse como el carácter general de la técnica que investigamos.

Recuerdo aquí un chiste que a consecuencia de especiales

---

(1) Die Traumdeutung, pág. 206. "La interpretación de los sueños" constituye los volúmenes II, III, IV y V de estas "Obras completas".

circunstancias permanece grabado en mi memoria a pesar del tiempo transcurrido desde que lo oí. Un reputado catedrático, a cuya clase asistía yo en mi primera juventud y al que todos creíamos tan incapaz de estimar el valor de un chiste oportuno como de hacerlo por su cuenta, llegó un día muy regocijado al Instituto, y mostrándose más asequible que de costumbre, nos explicó lo que motivaba su buen humor: "He leído — dijo — un excelente chiste. En una reunión de París fué presentado un joven al que por llevar el apellido *Rousseau* se suponía pariente del gran Juan Jacobo. Una de las particularidades de este joven era el rojo color de su pelo. Más sus atractivos espirituales se demostraron tan escasos, que al despedirse su introductor de la dueña de la casa, le dijo ésta "Vous m'avez fait connaître un jeune homme *roux et sot*, mais non pas un *Rousseau*". Y nuestro buen profesor siguió riendo alborozadamente.

Es éste, según la nomenclatura establecida por los autores que nos han precedido en la investigación de estas materias, un chiste por similicadencia, y por cierto de la más baja categoría, pues es de aquellos que juegan con un nombre propio, a semejanza del que pone término al parlamento del capuchino en la primera parte del "Wallenstein" de Schiller:

"Se hace llamar *Wallenstein* (Stein-piedra) y es ciertamente, para todos nosotros, *piedra* de escándalo..." (1).
nuestro profesor?

¿Mas cuál es la técnica del chiste que tanto hizo reir al

Vemos, en seguida, que aquel carácter que quizá esperábamos hallar generalmente, no aparece ya en este primer nuevo ejemplo. No existe en él omisión alguna; apenas una abreviación. La señora dice en el chiste todo lo que podemos suponer en su pensamiento. "Me ha hecho usted esperar con gran interés el conocimiento de un pariente de J. J. Rousseau, incitándome a suponer que habría heredado algo de la inteligencia de su genial antepasado. Y resulta que el tal

---

(1) Más adelante veremos que este chiste es digno de mayor consideración, a causa de varios otros factores que en él actúan.

individuo es un joven de cabellos rojos y completamente tonto (*roux et sot*)". En esta interpretación podremos añadir o intercalar algo por cuenta propia, pero tal intento de reducción no hace desaparecer el chiste, que permanece intacto, basado en la similicadencia

Rousseau
——————. Queda, pues, demostrado que la condensación con
Roux sot

formación sustitutiva no toma parte alguna en la constitución de este chiste.

¿Cuál es, pues, el proceso de su génesis? Nuevos intentos de reducción nos prueban que el chiste continuará subsistiendo mientras el nombre "*Rousseau*" no sea substituído por otro. Así, substituyéndolo por el de "Racine", la crítica expresada por la señora permanece intacta, pero pierde todo carácter de chiste. De este modo vemos dónde tenemos que buscar en este caso la técnica del chiste, aunque podamos dudar todavía cómo formularla. Intentemos, sin embargo, definirla. La técnica de este chiste estriba en el hecho de que una misma palabra — el nombre — aparece empleada en dos formas distintas, una vez completa y otra dividida en sus sílabas como en una charada.

Puedo exponer unos cuantos ejemplos de idéntica técnica:

Con un chiste basado en esta técnica del doble empleo hubo de vengarse una dama italiana, de una impertinencia de Napoleón I., el cual le dijo en un baile de corte llamando su atención hacia sus compatriotas: "Tutti gli italiani danzano si male". Y la señora respondió en el acto: "Non tutti, ma buona parte". (Brill, I. c.)

En ocasión de representarse en Berlín la tragedia griega "Antígona" (*Antigone*), reprochó la crítica que se había despojado a esta obra de todo su carácter antiguo. El ingenio berlinés se apropió esta crítica en la forma siguiente: "Antik? O, nee" (¿Antigua? ¡Oh, no!).

Muy conocido es, en los círculos médicos, un análogo chiste por división. Un doctor pregunta a un joven paciente si en alguna época ha sido dominado por el vicio de la "masturba-

ción". La respuesta es: "O na, nie" (Onanie=onanismo; "O na, nie"="Oh, jamás".

En todos estos ejemplos, que juzgamos suficientes para dejar caracterizado el grupo a que pertenecen, descubrimos idéntica técnica: Un mismo nombre doblemente empleado, una vez en su totalidad y otra dividido en sus sílabas, división que le presta otro sentido diferente.

El múltiple empleo de la misma palabra, íntegra primero y dividida por sílabas, después, ha sido el primer caso por nosotros hallado de una técnica en la que no aparece el proceso de condensación. Tras de corta reflexión tenemos, sin embargo, que ver en la gran cantidad de ejemplos que a nuestro recuerdo acude, que la nueva técnica por nosotros descubierta no puede limitarse a este único medio. Existe seguramente una gran cantidad, no determinable por el momento, de posibilidades de dar en una frase, a la misma palabra o al mismo material verbal, más de un empleo. ¿Hemos de considerar como medios técnicos del chiste todas estas posibilidades? Así nos parece a primera vista, y los ejemplos que siguen se encargarán de demostrarlo.

Puede, en primer lugar, tomarse dos veces el mismo material alterando solamente su orden. Cuanto menor sea la alteración y cuanto antes se experimente la impresión de que se han dicho cosas distintas con las mismas palabras, tanto más excelente será el chiste, por lo que a la técnica se refiere:

Daniel Spitzer en su obra "Wiener Spaziergaenge" (t. II pág. 42):

"El matrimonio X. vive a lo grande. Según unos, el marido *ha ganado mucho y dado poco*; según otros, es la mujer la que *se ha dado un poco y ganado mucho*".

¡Excelente chiste, verdaderamente diabólico, y conseguido con un mínimum de medios! Ha ganado mucho y dado poco — (se) ha dado (un) poco y ganado mucho (1). Es tan sólo

(1) Conservaremos toda la intención de este chiste, variando algo su expresión verbal, intraducible literalmente. En alemán, las frases aplicadas al marido y a la mujer poseen idénticos elementos, siendo su orden lo único que cambia. La versión castellana se ve obligada a admitir dos nuevos elementos, que son los que colocamos entre paréntesis.—N. del T.

por una inversión de estas frases por lo que se distingue lo que se expresa del marido de lo que se sugiere de la mujer.

Un amplio campo se abre a la técnica del chiste extendiendo el "múltiple empleo del mismo material" a aquellos casos en que la palabra o palabras en las que reside el chiste se muestran una vez sin modificación alguna y otra habiendo sufrido una "pequeña modificación".

Véase, como ejemplo, otro chiste de N.:

Un individuo de origen judío, que hablando con N. se expresó despectivamente sobre los caracteres peculiares a sus correligionarios, obtuvo la siguiente respuesta: "Ya conocía yo su *antesemitismo*, señor Consejero, pero su *antisemitismo* es cosa nueva para mí".

La modificación consiste aquí en el cambio de una sola letra, cambio que apenas es perceptible en la expresión verbal. Recuerda este chiste a otros antes expuestos del mismo personaje, pero a diferencia de ellos, no tiene en él lugar condensación alguna. Expresa todo lo que su autor tenía que decir, o sea: "Sé que usted es de origen judío, y por lo tanto, me maravilla que hable usted así de los que fueron sus correligionarios".

Otro excelente ejemplo de un tal chiste de modificación, es la conocida frase: "¡Traduttore-tradittore!". La analogía de ambas palabras, lindante con la identidad, nos ofrece una precisa representación de la necesidad en que el traductor se halla a veces de pecar contra el autor traducido (1).

Es tan grande en estos chistes la variedad de las pequeñas modificaciones posibles, que ninguno es igual a otro.

Las palabras constituyen un material plástico de una gran maleabilidad. Existen algunas que llegan a perder totalmente su primitiva significación cuando se emplean en un determinado contexto. Un chiste de Lichtenberg se basa precisamente en esta circunstancia:

"*¿Cómo anda usted?* — preguntó el ciego al *paralítico.*— *Como usted ve* — respondió el paralítico al *ciego*".

También existen palabras que pueden ser empleadas en

(1) Brill cita un análogo chiste por modificación: Amantes-amentes (amantes-locos).

más de un sentido, despojándolas de su primitiva significación. De dos diferentes derivados de la misma raíz puede haberse desarrollado uno hasta formar una palabra llena de significación, y el otro no constituir más que un afijo, y conservar ambos, sin embargo, idéntico sonido. La identidad del sonido entre una palabra plenamente significativa y una sílaba vacía de sentido puede también ser casual. En ambos casos es dado a la técnica del chiste aprovechar tales peculiaridades del material verbal.

Así, se atribuye a Schleiermacher un chiste que constituye un puro ejemplo del empleo de tales medios técnicos: "*Eifersucht* ist eine *Leidenschaft* die mit *Eifer sucht*, was *Leiden schafft*". (1).

No puede negarse que esta frase constituye un chiste aunque no de gran efecto. Desaparece aquí una gran cantidad de factores que, en el análisis de otros chistes, pueden inducirnos en error al tener que investigar cada uno de ellos por separado. El pensamiento expresado en la frase carece de todo valor, no constituyendo más que una muy insignificante definición de los celos. No puede hablarse en este ejemplo de "sentido en lo desatinado", "sentido oculto" o "desconcierto y esclarecimiento". Asimismo, resulta imposible hallar un contraste de representaciones y sólo con gran esfuerzo puede sospecharse un contraste entre las palabras y lo que significan. No podemos hablar tampoco de contracción; la frase nos hace más bien un efecto de ampulosidad. Y sin embargo constituye un excelente chiste. Su única singularidad es, al mismo tiempo, aquel carácter cuya desaparición traería consigo la del chiste, esto es, el hecho de hallarse empleadas las mismas palabras en diferente forma. Podremos entonces escoger entre agregar este chiste a aquella subdivisión en la que las palabras son empleadas una vez completas y otra divididas (Rousseau, Antígona) o a aquella otra en la que la diversidad queda constituída por la posesión o carencia de sentido de partes de las

(1) "Los celos (Eifersucht) son una pasión (Leidenschaft) que con celo busca (mit Eifersucht) lo que dolor produce (was Leidenschafft)".

palabras. A más de este factor hallamos otro, digno de ser tenido en consideración para la técnica del chiste. Se constituye aquí una singular conexión, una especie de "unificación", por el hecho de que los celos quedan definidos por su nombre propio, esto es, por sí mismos. También esto constituye, como más adelante veremos, una técnica del chiste. Tales dos factores tienen, por lo tanto, que ser suficientes para dar a una expresión verbal el buscado carácter chistoso.

Penetrando aún más en la diversidad del "múltiple empleo" de la misma palabra, echamos de ver que tenemos ante nosotros formas del "doble sentido" o del "juego de palabras" que son generalmente conocidas, ha largo tiempo, como medios técnicos del chiste. ¿Para qué, entonces, nos hemos tomado el trabajo de descubrir, como nuevo, algo que hubiéramos podido hallar en cualquier obra sobre el chiste? Para justificarnos, sólo podemos alegar por ahora, que en tales fenómenos de la expresión oral hacemos nosotros resaltar una nueva faceta. Lo que los investigadores anteriores consideran como prueba del carácter "desinteresado" del chiste, lo incluímos nosotros en nuestro punto de vista del "múltiple empleo".

Los casos de múltiple empleo que por su "doble sentido" pueden reunirse para formar un tercer grupo, se dejan fácilmente incluir en subdivisiones que, como sucede con todo el tercer grupo con respecto al segundo, no se distinguen unas de otras por diferencias esenciales. De este modo, tendremos: a) Los casos de doble sentido de un nombre propio y su significado objetivo: "Pistola, corre, dispárate, y deja nuestra compañía". (Shakespeare).

Heine: "Aquí en Hamburgo no reina el inícuo Macbeth; aquí reina *Banco* (*Banquo*)".

Cuando el nombre propio no es utilizable, en su forma total, para el chiste, puede buscarse el doble sentido por medio de una de las pequeñas modificaciones que ya conocemos.

¿Por qué los franceses han silbado el "Lohengrin"? (Elsas wegen). A causa de $\frac{\text{Elsa}}{\text{Alsacia}}$. (Elsa =Elsa; Elsass= Alsacia).

b) El doble sentido de la significación "objetiva y metafórica" de una palabra, el cual es una generosa fuente de la técnica del chiste. Citaremos tan sólo un ejemplo: Uno de mis colegas, conocido por su fino ingenio, dijo una vez al poeta Arturo Schnitzler: "No me maravilla que hayas llegado a ser un gran poeta. Ya tu padre *hizo reflejarse en su espejo* a sus contemporáneos". El espejo usado por el padre de Schnitzler, reputado médico, era el "laringoscopio". Por otra parte, según una conocida frase shakespiriana (Hamlet, acto III, esc. II), el fin de la comedia, y por lo tanto, el del poeta, es "presentar un espejo a la naturaleza; mostrar a la virtud sus propios rasgos, su imagen al vicio, y a los tiempos sus caracteres y singularidades".

c) El doble sentido propiamente dicho o "juego de palabras", que es, por decirlo así, el caso ideal del múltiple empleo; la palabra no sufre aquí la menor violencia; no es dividida por sílabas ni sometida a modificación ninguna. Tampoco necesita abandonar la esfera a que pertenece — p. e., la de los nombres propios — e incluirse en otra diferente. Tal y como es y se halla dentro de la frase, debe, merced a determinadas circunstancias, expresar dos diferentes sentidos.

No faltan ejemplos de esta clase:

(K. Fischer). Uno de los primeros actos de Napoleón III al asumir el poder, fué la confiscación de los bienes de la casa de Orleans, acto que dió origen a un excelente juego de palabras: "C'est le premier *vol* de l'aigle" (Vol=vuelo y robo).

En una ocasión quiso Luis XV poner a prueba el ingenio de uno de sus cortesanos y le ordenó que hiciera un chiste sobre su propia real persona. El mismo monarca quería ser sujeto (sujet) del chiste. "Sire, — respondió el cortesano — le roi n'est pas sujet". (Sujet=sujeto y súbdito).

Un médico que acaba de reconocer a una señora, dice al marido de la enferma: "No me gusta nada". "Hace mucho tiempo que a mí tampoco", se apresura a confirmar el interpelado.

El médico se refiere, naturalmente, al estado de la mujer,

pero expresa su preocupación con tales palabras que el marido halla en ellas la confirmación de su desvío matrimonial.

Heine dijo de una comedia satírica: "Esta sátira no hubiese sido tan *mordiente* si el autor hubiese tenido más que *morder*". Este chiste es un ejemplo de doble sentido metafórico y común, más bien que un juego de palabras. ¿Pero quién puede fijar aquí los límites entre estos grupos?

El mismo escritor dice en el "Viaje por el Harz": "No recuerdo en este momento los nombres de todos los estudiantes, y entre los profesores hay algunos que todavía no lo tienen". Y más adelante: "El bedel S. me saludó muy afectuosamente, pues también él es escritor y me ha citado muchas veces, llevando su amabilidad hasta dejar escrita la cita con tiza sobre mi puerta cuando no me hallaba en mi casa".

Otro chiste, debido al ingenio de aquel nuestro chistoso colega que citamos en páginas anteriores, nos facilita la transición a una nueva especie de la técnica del doble sentido. En la época en que el asunto Dreyfus se hallaba a la orden del día, dijo nuestro burlón amigo:

"Esa muchacha me recuerda a Dreyfus; el ejército no cree en su *inocencia*."

La palabra "inocencia", sobre cuyo doble sentido se halla construído el chiste, tiene, al referirse a Dreyfus, la significación corriente opuesta a crimen o delito, y al referirse a la muchacha, una significación sexual opuesta a la experiencia en esta materia. Existen muchos ejemplos de esta clase de doble sentido y en todos ellos es el sentido sexual el esencial para el efecto del chiste. Pudiéramos reservar para este grupo la calificación de "equívoco".

El chiste de D. Spitzer incluído en páginas anteriores es un excelente ejemplo de un tal equívoco.

"Según unos, el marido *ha ganado mucho y dado poco*; según otros, es la mujer la que (*se*) *ha dado* (*un*) *poco y ganado mucho*."

Mas si comparamos este chiste de doble sentido con equívoco, con otros ejemplos, advertiremos en seguida una diferencia muy importante para la técnica. En el chiste de la "inocencia", ambos sentidos de la palabra se hallan igual-

mente cerca de nuestra comprensión; no sabríamos diferenciar cuál de los dos—el sexual o el no sexual—es el más corriente y conocido. Muy distinto es, en cambio, el ejemplo de Daniel Spitzer. En él, el sentido vulgar cubre casi por completo al sentido sexual, hasta el punto de hacerlo invisible para un espíritu poco malicioso. Esta diferente acentuación de las dos significaciones del doble sentido aparece también en los chistes desprovistos de toda relación sexual, bien por ser una de ellas la más usual y corriente, bien por colocarla en primer término su conexión con otros elementos de la frase (p. e. c'est le premier *vol* de l'aigle). Todos estos casos los reuniremos bajo la calificación de "doble sentido con alusión".

* * *

Hemos llegado a conocer ya tantas y tan diversas técnicas del chiste que convendrá formar una relación de ellas para evitar olvidos o confusiones. Tal relación será:

I. Condensación:
a) con formación de palabras mixtas,
b) con modificaciones.
II. Empleo de un mismo material:
c) total y fragmentariamente,
d) variación del orden,
e) ligera modificación,
f) las mismas palabras con su sentido o sin él.
III. Doble sentido:
g) nombre y significación objetiva,
h) significación metafórica y objetiva,
i) doble sentido propiamente dicho (juego de palabras).
j) equívoco,
k) doble sentido con alusión.

Tanta variedad nos confunde un poco. Pudiera hacernos lamentar el haber dedicado nuestro interés al examen de los medios técnicos del chiste e inducirnos a sospechar exagerada la importancia que a dichos medios hemos atribuído en la investigación de la esencia del mismo. Pero al paso de esta

sospecha sale siempre el hecho innegable de que el chiste desaparece en el momento en que prescindimos, en la expresión verbal, de los efectos de tales técnicas. Esta circunstancia nos indica, además, que debemos buscar la unidad dentro de la variedad que ante nuestros ojos se ofrece. Debe de ser posible reunir todas estas técnicas en un solo haz. Ya dijimos antes que la reunión de los grupos segundo y tercero, en uno solo, no presenta grandes dificultades. El doble sentido, el juego de palabras, es tan sólo el caso ideal del empleo del mismo material, concepto más amplio que lo comprende en sí. Los ejemplos de fragmentación, variación del orden dentro del mismo material y empleo múltiple con ligera modificación (c, d, e) podrían incluirse, aunque no sin esfuerzo, dentro del concepto del doble sentido. Mas ¿qué comunidad existe entre el primer grupo—condensación con formación sustitutiva—y cada uno de los dos restantes de empleo múltiple del mismo material?

La respuesta es, a mi juicio, harto sencilla. El empleo del mismo material es tan sólo un caso especial de la condensación. El juego de palabras no es más que una condensación "sin" formación de sustitutivo. De este modo permanece siendo la condensación la categoría superior. Una tendencia compresora o mejor dicho, economizante, domina todas estas técnicas. Todo parece ser—como dice el Príncipe Hamlet—cuestión de economía (Thrift, Horatio, thrift).

Probemos la existencia de esta tendencia economizadora en los ejemplos antes expuestos. "C'est le premier vol de l'aigle." Es el primer vuelo del águila; pero, además, es un vuelo en el que ha ejercitado su condición de ave de rapiña. "Vol", para dicha de la existencia de este chiste, significa tanto "vuelo" como "robo". ¿No existe aquí condensación o economía? Desde luego, pues toda la segunda idea ha sido omitida y, además, sin que aparezca sustitutivo alguno que la represente. El doble sentido de la palabra "vol" hace inútil tal sustitutivo o, mejor dicho: la palabra "vol" contiene en sí el sustitutivo del pensamiento reprimido, sin que por ello necesite la primera parte de agregado o modificación algunos. En ésto precisamente consiste la ventaja del doble sentido.

En estos ejemplos es innegable la condensación y, por

lo tanto. la economía. Pero debemos hallarla en todos los demás. ¿Y dónde se encuentra en otros chistes, tales como los de "Rousseau-roux et sot y Antigone-antik? o, nee", en los que vimos ya que no era posible descubrir condensación alguna y nos movieron, por lo tanto, a establecer la técnica del múltiple empleo del mismo material? Mas si el concepto de la condensación es inaplicable a tales casos, no sucede lo mismo con el de la economía, al que el primero está subordinado. Fácilmente advertimos qué es lo que nos ahorramos en los ejemplos citados: nos ahorramos expresar una crítica y formar un juicio, cosas ambas que aparecen implícitas ya en el nombre. En el ejemplo Eifersucht-Leidenschafft, nos ahorramos el esfuerzo de hallar una definición: Eifersucht—Leidenschaft y—Eifer sucht, Leiden schaft; unas cuantas palabras más de relleno, y la definición queda constituída. Análogamente, en todos los demás ejemplos hasta ahora analizados. El múltiple empleo de las mismas palabras en la interpelación y en la respuesta constituye también un "ahorro". Recordemos la frase en que Hamlet define la rapidez con que, tras de la muerte de su padre, contrajo su madre nuevas nupcias: "El asado del banquete funerario se sirvió fiambre en la comida de bodas."

Mas antes de aceptar la "tendencia al ahorro" como el carácter general del chiste y comenzar la investigación de su origen, significación y causas a que obedece la consecución de placer que motiva, entraremos en la discusión de una duda que merece ser tenida en cuenta. Es desde luego posible, que toda técnica del chiste muestre la tendencia al ahorro en la expresión verbal, mas esta relación no es susceptible de ser invertida. No toda economía en la expresión verbal es chistosa. Ya anteriormente topamos con esta conclusión cuando esperábamos hallar en todo chiste un proceso de condensación, y ya entonces hicimos observar que no toda expresión lacónica constituía un chiste. Tiene, por lo tanto, que ser una clase especial de abreviación y de ahorro la que traiga consigo el carácter de chiste, y hasta tanto que no conozcamos esta singularidad no será posible que el descubrimiento de los elementos comunes de la técnica del chiste nos aproxime al fin de nuestra investigación. Además, confesamos que

las economías que la técnica del chiste lleva a cabo, no nos parecen de gran importancia. Semejan más bien la forma de ahorrar de ciertas excelentes amas de casa, que toman un coche para adquirir en un extremo de la ciudad un artículo que hallan en él por algunos céntimos menos que en el mercado próximo a su casa. ¿Qué es lo que el chiste ahorra por medio de su técnica? Tan sólo el trabajo de buscar y ordenar unas cuantas palabras que hubieran acudido sin esfuerzo alguno. A cambio de esto tiene que tomarse el trabajo de descubrir aquella única palabra que cubra ambas ideas y para ello se ve, con frecuencia, obligado a variar la expresión verbal de una de las ideas haciéndola revestir una forma poco corriente que facilite la unión con la segunda. ¿No hubiera sido más sencillo, fácil y hasta económico expresar ambas ideas tal y como se presentaron, aunque de este modo no existiese una comunidad en su expresión? ¿No es compensado—o más bien superado—el ahorro en la expresión verbal por el gasto de rendimiento intelectual? ¿Y quién efectúa tal ahorro; a quién beneficia?

Evitemos por ahora estas dudas, desplazándolas. ¿Conocemos ya realmente todas las clases de chiste? Será sin duda más prudente reunir nuevos ejemplos y someterlos al análisis.

Influídos sin duda por la escasa estimación que se les concede, no nos hemos ocupado hasta ahora de aquellos chistes que forman el grupo más numeroso y conocido. Son éstos los denominados "retruécanos", que pasan por pertenecer a la clase más ínfima del chiste verbal, por ser los que con mayor facilidad y menor gasto de ingenio se producen. En realidad, el retruécano requiere escasísima técnica, en contraposición al juego de palabras, que es el chiste en el que la misma se hace más amplia y complicada. Si en este último tienen que hallar su expresión las dos significaciones de una misma palabra, empleada una sola vez, basta, en cambio, en el retruécano, que dos palabras — una para cada significación — se recuerden mutuamente por medio de cualquier manifiesta analogía, sea por una general semejanza de su estructura o por similicadencia, comunidad de algunas letras, etc. Una multitud de tales ejemplos, no muy acertadamente denominados "chistes por similicadencia", se halla incluída

en el parlamento del capuchino, de la primera parte del Wallenstein de Schiller.

Esta clase de chistes modifica con especial frecuencia una de las vocales de la palabra: De un poeta italiano que a pesar de su republicanismo se vió obligado a componer un poema en hexámetros alabando a un Emperador alemán, dice Hevessi (Almanacando, Reisen in Italien, pág. 87): "Ya que no podía destronar a los Cé*sa*res, prescindía de las ces*u*ras. (Caes*a*ren-Caes*u*ren)".

K. Fischer ha dedicado gran atención a esta clase de chistes, a la que separa definidamente de los "juegos de palabras" (pág. 78). "El retruécano es un mal juego de palabras, pues no juega con ellas como tales, sino únicamente como sonidos." En cambio el juego de palabras "pasa desde el sonido de la palabra a la palabra misma". Mas, por otra parte, incluye chistes como los de "famillonario", Antigone (antik? o, nee), etc., entre los chistes por similicadencia; inclusión, a nuestro juicio, equivocada. También en el juego de palabras, son éstas, para nosotros, únicamente una imagen sonora a la que atribuímos este o aquel sentido. Tampoco aquí hacen los usos del lenguaje grandes diferencias, y si tratamos despectivamente al retruécano y con cierto respeto al juego de palabras, ello se funda en consideraciones muy alejadas de la técnica. Obsérvese la naturaleza de aquellos chistes que denominamos "retruécanos". Hay personas que poseen el don de contestar con un chiste de esta clase (en alemán "Kalauer") a toda frase que se les dirija. Uno de mis colegas, modesto hasta el exceso cuando se trata de los importantes resultados de su labor científica, acostumbra a vanagloriarse de poseer esta cualidad. En una ocasión en la que su inagotable vena producía el asombro de una íntima reunión familiar, respondió a los aplausos que se le prodigaban: "Ja, ich liege hier auf der *Ka-Lauer*" (auf der *Lauer* liegen—estar en acecho, Ka*lauer*—retruécano); y luego, al pedirle que diera por terminada la prueba, repuso: "Bueno, pero con la condición de que se me conceda ahora mismo el título de poeta ka-laureado." Fácilmente advertimos que ambos retruécanos son excelentes chistes por condensación con formación de palabra mixta. (Estoy aquí en *acecho* (*Lauer*)

para hacer *retruécanos* (*Kalauer*) sobre todo lo que ustedes dicen).

De todos modos vemos ya, por estas discusiones sobre la delimitación entre el retruécano y el juego de palabras, que el primero no puede auxiliarnos mucho en la investigación de una nueva técnica del chiste. Cuando no hallamos en él el empleo en distintos sentidos de un mismo material, tropezamos en cambio con el retorno de lo ya conocido, retorno que se nos muestra en la coincidencia de las dos palabras puestas al servicio del chiste. Así, pues, el retruécano no es más que una subdivisión del grupo que culmina en el juego de palabras propiamente dicho.

* * *

Existen, sin embargo, chistes cuya técnica carece realmente de toda conexión con la de los grupos examinados hasta ahora.

Una conocida anécdota refiere que hallándose Heine una noche dialogando con el poeta Soulié, entró en el salón en que ambos escritores se hallaban, un conocido millonario, al que se solía comparar, y no sólo por su inmensa fortuna, con el fabuloso rey Midas. Un numeroso grupo de invitados rodeó en el acto con grandes muestras de obsequiosa admiración al recién llegado: "Observe usted — dijo entonces Soulié a Heine — cómo nuestro siglo diecinueve adora al becerro de oro." Y Heine, tras de contemplar la figura del personaje, confirmó: "Sí, ya veo, pero me parece que le quita usted años". (K. Fischer, pág. 82).

¿Cuál es la técnica de este excelente chiste? K. Fischer opina que se trata de un juego de palabras. La expresión "becerro de oro" puede referirse tanto al Mammon como al culto idolátrico. En el primer caso, lo principal es el oro; en el segundo, la imagen zoomórfica; también puede servir dicha expresión para designar en un sentido peyorativo a un individuo más rico en dinero que en inteligencia (pág. 82). Si realizamos la prueba y prescindimos de la expresión "be-

cerro de oro", desaparece, en efecto, el chiste. Hagamos decir a Soulié: "Mire usted cómo la gente rodea a ese imbécil, únicamente porque es rico", y no sólo desaparecerá el chiste, sino también la posibilidad de la réplica de Heine.

Pero reflexionemos y recordemos que no se trata de la comparación de Soulié, desde luego chistosa, sino de la réplica de Heine que aún lo es mucho más. Siendo así, no tenemos el derecho de tocar a la expresión "becerro de oro". la cual debe permanecer intacta como un antecedente de la frase de Heine, y la reducción tendrá que limitarse a esta última. Si hacemos desaparecer las palabras "pero me parece que le quita usted años", no podremos sustituirlas sino por la frase siguiente: "Eso ya no es un becerro, es todo un buey." Por lo tanto, el chiste de Heine se basa en que su autor no toma la expresión "becerro de oro" metafóricamente, sino en un sentido personal y la refiere directamente al rico personaje. Aunque quizá este doble sentido estuviera ya en la intención de Soulié.

Mas observamos ahora, que la reducción efectuada no destruye por completo el chiste de Heine, sino que deja intacto lo esencial del mismo. En la nueva redacción la anécdota sería como sigue: Dice Soulié: "Vea usted cómo nuestro siglo diecinueve adora al becerro de oro." Y Heine responde: "¡Oh; eso ya no es un becerro; es todo un buey!" En esta interpretación reducida, continúa vivo el chiste. Y es, además, la única reducción posible.

Lástima que este bello ejemplo contenga tan complicadas condiciones técnicas que nos sea imposible, por ahora, extraer de él esclarecimiento alguno. Debemos, pues, abandonarlo y buscar otro en el que sospechemos algún parentesco con los anteriormente analizados.

Sea este nuevo chiste uno de los muchos que pintan el horror de los judíos de la Galicia austríaca, a la hidroterapia. Observaremos, de paso, que no exigimos de nuestros ejemplos, cartas de nobleza; no nos preocupa su procedencia y sí solamente su calidad como tales chistes, siéndonos suficiente para acogerlos el que cumplan su cometido de despertar nuestra hilaridad y sean dignos de nuestro interés teórico. Y ta-

les chistes sobre los judíos llenan, mejor que otros ningunos, ambas condiciones.

"Dos judíos se encuentran cerca de un establecimiento de baños. *¿Has tomado un baño?*—pregunta uno de ellos—. *¿Cómo?*—responde el otro—. *¿Falta alguno?*"

Cuando un chiste nos hace reir no estamos en las mejores condiciones para investigar su técnica y se nos hace difícil llevar a cabo un penetrante análisis. En el ejemplo último lo primero que se nos ocurre es: "¡Qué equivocación más cómica!" ¿Pero cuál es la técnica de este chiste? Ciertamente el empleo en doble sentido de la palabra "tomar". Para uno de los interlocutores ha perdido este verbo su primitiva significación. En cambio, para el otro, la conserva plenamente. Nos hallamos, pues, ante un ejemplo de aquellos chistes en los que una misma palabra es tomada alternativamente con y sin su propio sentido (grupo II, f.). Sustituyamos la expresión "tomado un baño" por su equivalente "bañado" y el chiste desaparecerá. La respuesta resultaría ya inadecuada. Así, pues, el chiste se halla contenido en la expresión "tomado un baño".

Todo esto es cierto, mas también aquí observamos que hemos efectuado la reducción en lugar indebido. El chiste no reside en la pregunta del primer judío, sino en la respuesta del interpelado: "¿Cómo?" "¿Falta alguno?" Y esta réplica no puede ser despojada de su carácter chistoso por medio de ninguna ampliación o modificación que conserven su sentido. Sospechamos que en ella tiene más importancia el hecho de no acudir siquiera a la imaginación del judío la idea de que pudiera haberse bañado, que la mala inteligencia de la palabra "tomar". Pero tampoco aquí vemos claro. Busquemos un tercer ejemplo.

Será éste, otro chiste de protagonistas judíos, pero que contiene un nódulo general humano. Ciertamente también este ejemplo presenta complicaciones, mas por fortuna distintas de las que hasta ahora nos han impedido ver con claridad.

"Un individuo arruinado había conseguido que un amigo suyo, persona acomodada, le prestara veinticinco florines, compadecido por la pintura que de su situación le había hecho, recargándola con los más negros tonos. En el mismo día

le encuentra su favorecedor sentado en un restaurant ante un apetitoso plato de salmón con mayonesa y le reprocha, sorprendido, su prodigalidad: "¿Cómo? ¿Me pide usted un préstamo para aliviar su angustiosa situación y le veo ahora comiendo salmón con mayonesa? ¿Para eso necesitaba usted mi dinero?"—"No acierto a comprenderle—responde el inculpado—. Cuando no tengo dinero no *puedo* comer salmón con mayonesa; ahora que tengo dinero resulta que no *debo* comer salmón con mayonesa. *¿Entonces cuándo diablos voy a comer salmón con mayonesa?*"

Por fin aquí falta la más mínima huella de doble sentido. El retorno de las palabras "salmón con mayonesa" no puede constituir la técnica de este chiste, pues no se trata de un empleo repetido del mismo material, sino que es una verdadera repetición de lo idéntico, obligada por el contenido. Ante esta anécdota permanecemos un tanto perplejos y estamos quizá tentados de hallar una salida negándole, a pesar de habernos hecho reír, el carácter de chiste.

¿Qué pudiéramos observar de interesante en la respuesta del arruinado "gourmet"? En primer lugar la estricta lógica de su respuesta. Mas esta lógica es tan sólo aparente y se desvanece en cuanto reflexionamos un poco. El interpelado se defiende contra la acusación de haber invertido el dinero prestado en una golosina, y pregunta, con aparente fundamento, "cuándo" va a gozar de su plato favorito. Mas no es ésta la respuesta adecuada; su favorecedor no le reprocha el haber satisfecho su capricho en el mismo día de haber pedido y obtenido el préstamo, sino que le advierte que, dada su situación económica, "carece en absoluto" del derecho a pensar en tales lujos. Este único sentido posible del reproche, es echado a un lado por el alegre vividor, el cual responde, como si hubiera comprendido mal, a otra cosa totalmente distinta.

¿Se hallará, pues, la técnica de este chiste, precisamente en tal desviación de la respuesta, del sentido del reproche? Una tal variación del punto de apoyo o desplazamiento del acento psíquico podría entonces también demostrarse en los dos ejemplos anteriores, de reconocido parentesco con este último.

En efecto, tal demostración resulta ya facilísima y nos

descubre por completo la técnica de todos estos ejemplos. Soulié llama la atención a Heine sobre el hecho de que la sociedad ochocentista adora todavía al becerro de oro, como primitivamente los judíos en el desierto. La respuesta adecuada de Heine hubiera sido algo como: "Sí; la humana naturaleza es siempre igual; nada ha modificado en ella el transcurso de los siglos." Pero Heine se desvía del pensamiento verdadero y no responde a él, sino que se sirve del doble sentido posible de la expresión "becerro de oro" para torcer por un camino lateral; se apodera de uno de los elementos de dicha expresión, la palabra "becerro", y contesta, como si sobre tal concepto recayera el acento en la frase de Soulié: "Oh, ése ya no es un becerro, etc." (1).

Aún más visible se nos muestra la desviación en el chiste del baño. Podemos representarla gráficamente:

Pregunta el primero: ¿Has tomado un "baño"? El acento recae sobre el elemento baño.

El segundo responde como si la pregunta hubiera sido: ¿Has "tomado" un baño?

La expresión "tomado un baño" hace posible este desplazamiento del acento. Si en lugar de ella se dijese: "¿Te has bañado?" todo desplazamiento resultaría imposible. La respuesta, despojada de todo carácter chistoso, sería entonces: "¿Qué si me he bañado? No sé lo que es eso." La técnica del chiste reside exclusivamente en el desplazamiento del acento desde "baño" a "tomado" (2).

Volvamos al ejemplo del "salmón con mayonesa", como al de más pura calidad. Su novedad ocupará nuestra aten-

(1) La respuesta de Heine es una combinación de dos diferentes técnicas: desviación y alusión, pues no dice directamente: "Es un buey".

(2) La palabra "tomar" resulta, a consecuencia de sus múltiples posibilidades de empleo, muy apropiada para la elaboración de chistes, entre los cuales comunicaremos aquí un ejemplo puro que contrasta con el chiste por desplazamiento arriba analizado: "Un conocido banquero, del que se sabe que realiza arriesgadas operaciones de Bolsa, pasea con un amigo por una calle céntrica. Llegados ante un café, se detiene el banquero y propone: "Vamos a entrar y tomar algo." El amigo le sujeta y arguye: "¡Por Dios, señor consejero! ¿No ve usted que hay gente?"

ción en varias direcciones diferentes. Ante todo demos un nombre a la técnica que acabamos de descubrir. A mi juicio el que mejor le cuadra es el de "desplazamiento", pues lo esencial en ella es la desviación del proceso mental, el desplazamiento del acento psíquico sobre un tema distinto del iniciado. Establecida esta calificación, comenzaremos a investigar en qué relación se halla la técnica de desplazamiento con la expresión verbal del chiste. Nuestro ejemplo (salmón con mayonesa) nos deja reconocer que el chiste por desplazamiento es en alto grado independiente de la expresión verbal. No depende de las palabras, sino del proceso mental y, de este modo, resulta infructuosa toda sustitución que, dejando a salvo el sentido, intentemos en las palabras. La reducción sólo se hace posible alterando el sentido y haciendo que el desaprensivo "gourmet" conteste directamente al reproche en lugar de buscar, con el chiste, una evasiva. La forma reducida sería: "No puedo negarme el capricho de comer aquello que me gusta, y me tiene sin cuidado la procedencia del dinero que ello me cuesta. Ahí tiene usted por qué me encuentra saboreando un plato de salmón con mayonesa dos horas después de haber pedido un préstamo." Mas esto no sería chistoso, sino cínico.

Será harto instructivo comparar este chiste con otro muy semejante:

Un individuo entregado a la bebida, gana su vida dando lecciones en una pequeña ciudad. Mas poco a poco va siendo conocido el vicio que le domina y disminuyendo el número de sus alumnos. Compadecido de él, comienza un amigo a sermonearle: "Podría usted ser el profesor más solicitado de toda la ciudad, tan sólo con abandonar la bebida. ¿Por qué no hacerlo así?" — "¿Y eso es todo lo que a usted se le ocurre?" — responde indignado el bebedor—. "¡Pero si doy lecciones es para poder beber y voy a dejar de beber para tener lecciones!"

También este chiste presenta aquella apariencia de lógica que nos extrañó en el del "salmón con mayonesa", pero ya no es un chiste por desplazamiento. La respuesta es directa. El cinismo que dicha apariencia encubre, es confesado aquí abiertamente: "Para mí lo principal es beber." La técnica

de este chiste es realmente harto pobre y no explica el efecto del mismo. Reside exclusivamente en una variación del orden de un mismo material, o más precisamente, en la inversión de las relaciones de medio a fin entre el beber y el dar lecciones o ser encargado de ellas. En cuanto se deja de acentuar este factor en la reducción, desaparece el chiste. Veámoslo: "¿Qué tontería es esa? Para mí lo principal es la bebida y no las lecciones. Estas no las considero sino como un medio para poder seguir bebiendo." Así, pues, el chiste reside realmente en la expresión verbal.

En el chiste del baño es innegable la dependencia del chiste de la expresión verbal, (¿Has tomado un baño?) y la modificación de la misma trae consigo la desaparición de aquél. La técnica es aquí un tanto complicada, consistiendo en una unión del doble sentido (subgrupo f.) con el desplazamiento. La expresión verbal de la pregunta permite un doble sentido y el chiste queda constituído por el hecho de que la respuesta no se liga al sentido que a la pregunta se ha dado, sino a su sentido accesorio. Podemos, por lo tanto, hallar una reducción que deje subsistir el doble sentido en la expresión y, sin embargo, haga desaparecer el chiste, o sea una reducción que se limite a destruir los efectos del desplazamiento.

"¿Has tomado un baño?"— "¿Qué dices que si he tomado? ¿Un baño? ¿Qué es eso?"— En esta forma no hay chiste alguno y sí sólo una maligna o burlona exageración.

Un idéntico papel desempeña el doble sentido en el chiste de Heine sobre el "becerro de oro", facilitando la desviación de la respuesta, del proceso mental iniciado, desviación que en el chiste del "salmón con mayonesa" tiene lugar sin necesidad de un tal apoyo en la expresión verbal. Reducidas, la frase de Soulié y la respuesta de Heine, dirían, aproximadamente, así: "La forma en que los invitados rodean a ese hombre, tan sólo por su opulencia, recuerda la adoración del becerro de oro." Y Heine: "No es lo más indignante que ese hombre se vea tan obsequiado por su riqueza, sino que ésta haga olvidar o perdonar su imbecilidad". De este modo, quedando intacto el doble sentido, desaparece el chiste por desplazamiento.

Al llegar a este punto, debemos prepararnos contra la objeción, que no dejará de hacérsenos, de que todas estas sutiles distinciones intentan separar algo que debe constituir un todo coherente. ¿Acaso no da todo doble sentido ocasión a un desplazamiento, a una desviación del proceso mental desde un sentido a otro diferente? Y entonces, ¿cómo hacer del "doble sentido" y del "desplazamiento" los representantes de dos técnicas del chiste, completamente diferentes? Desde luego subsiste la consignada relación entre doble sentido y desplazamiento, pero es en absoluto independiente de nuestra diferenciación de las técnicas del chiste. En el doble sentido, no contiene el chiste más que una palabra susceptible de una múltiple interpretación que permite al oyente hallar el paso de un pensamiento a otro, paso que—siempre un tanto forzadamente — puede hacerse equivaler a un desplazamiento. Mas, en el chiste por desplazamiento, contiene el chiste mismo un proceso mental en el que aquél se ha llevado a cabo. El desplazamiento pertenece aquí a la labor que ha formado el chiste, no a aquella otra necesaria para su inteligencia. Si esta distinción no nos aclarara suficientemente la materia, tendremos en los experimentos de reducción un medio inagotable de presentarla con toda precisión ante nuestros ojos. Sin embargo, no queremos negar a la objeción expuesta un cierto valor, pues nos hace observar que no debemos confundir los procesos psíquicos que tienen lugar en la formación del chiste (elaboración del chiste) con aquellos otros que se verifican a su recepción (labor de comprensión). Sólo los primeros son, por ahora, objeto de nuestro interés investigador (1). De los segundos trataremos en capítulos posteriores.

Los chistes por desplazamiento son muy poco corrien-

(1) Quizá no sobre aquí un mayor esclarecimiento de esta cuestión: El desplazamiento tiene siempre lugar entre una oración y la respuesta que continúa el proceso mental en una dirección distinta de la iniciada en la primera. La justificación de separar el doble sentido del desplazamiento aparece claramente en aquellos ejemplos en que ambas técnicas se muestran combinadas, o sea, donde la expresión verbal de la oración permite un doble sentido que no se hallaba en la intención del orador, pero que indica a la respuesta el camino del desplazamiento.

tes. El que a continuación exponemos es un ejemplo puro de esta técnica, al que falta también aquella apariencia de lógica que tanto nos sorprendió hallar en otros anteriores:

Un chalán pondera las excelencias de un caballo a su presunto comprador. "Se monta usted en este caballo a las cuatro de la mañana y a las seis y media está usted en Presburgo"—. "¿Y qué hago yo en Presburgo a las seis y media de la mañana?"

El desplazamiento es aquí patentísimo. El chalán cita la temprana hora de llegada a Presburgo con la sola intención de demostrar con un dato concreto las grandes cualidades de su caballo. En cambio el comprador echa a un lado esta cuestión, que ni siquiera se toma el trabajo de poner en duda, y atiende tan sólo a las indicaciones de tiempo dadas por el chalán en el ejemplo que éste ha escogido como prueba. La reducción de este chiste resulta sencillísima.

Más dificultades nos ofrece otro ejemplo, de técnica nada transparente, pero que el análisis nos descubre al fin como un caso de doble sentido con desplazamiento. El protagonista de este ejemplo es uno de aquellos judíos que tienen por oficio concertar los matrimonios entre los de su raza, institución que ha dado lugar a infinidad de chistes que nos proporcionan un rico material para nuestra investigación.

El agente matrimonial ha asegurado al novio que el padre de su futura no vivía ya. Después de los esponsales, averigua el prometido que su suegro vive, pero que se halla en la cárcel cumpliendo condena, y reprocha el engaño al intermediario.—"No; no te he engañado—responde éste—. ¿Acaso es eso vivir?"

El doble sentido reside en la palabra "vivir", y el desplazamiento consiste en que el intermediario pasa del sentido corriente de la palabra, o sea la antítesis de "morir", al sentido que la palabra vivir toma en la frase: "Eso no es vivir." De este modo declara que sus anteriores manifestaciones escondían un doble sentido, aunque tal múltiple significación no pudiese sospecharse fácilmente. Hasta este punto, la técnica sería análoga a la de los chistes del "baño" y del "becerro de oro"; pero existe, en este ejemplo, otro factor, muy digno de ser tomado en consideración y que perturba por su

importunidad la comprensión de esta técnica. Pudiéramos decir que es éste un chiste "caracterizante", pues se esfuerza en ilustrar con un ejemplo aquella mezcla de mentirosa habilidad y pronto ingenio que caracteriza a tales judíos casamenteros. Más adelante veremos que esto es tan sólo la fachada del chiste, su aspecto exterior, y que su sentido, esto es, su intención, resulta por completo diferente. También aplazaremos por ahora el experimento de reducción (1).

Después de estos ejemplos, complicados y difíciles de analizar, nos descansará conocer un caso puro y transparente de chiste por desplazamiento. "Un sablista acude a un opulento barón en demanda de auxilio pecuniario para pasar una temporada en Ostende, pues el médico le ha recomendado los baños de mar. "Está bien—le responde el barón—. Pero, ¿por qué tiene usted que ir a Ostende, el más caro de los balnearios?"—"Señor barón,—replica el sablista—, siendo en bien de mi salud, no miro el dinero". Ciertamente es éste un acertado punto de vista, pero no precisamente para el peticionario. Su respuesta sería justa en labios de un individuo acomodado. El sablista se conduce como si fuera su propio dinero el que sacrificara en beneficio de su salud y como si salud y dinero se refirieran a la misma persona.

* * *

Volvamos ahora al instructivo ejemplo del "salmón con mayonesa". Una de sus facetas ofrecía a nuestra vista un proceso lógico que el análisis demostró estar destinado a encubrir un error intelectual, constituído en este caso, por un desplazamiento del proceso mental. Este hecho nos recuerda, por contraste, otros chistes que presentan abiertamente algo desatinado: un contrasentido o una simpleza. Veamos cuál es la técnica de estos últimos.

Expondremos desde luego el mejor y más puro ejemplo

(1) Véase el capítulo III.

de todo este grupo. Trátase nuevamente de un chiste sobre los judíos.

Salomón ha entrado en quintas y ha sido destinado a servir en la Artillería. Es un muchacho inteligente, pero algo indisciplinado y poco amante del servicio. Uno de sus jefes, que le profesa cierta simpatía, le llama aparte y le aconseja: "Salomón, tú no aprovechas para esta vida. *Cómprate un cañón y hazte independiente.*"

El risible consejo es un franco contrasentido. No hay cañones a la venta para todo aquel que quiera adquirirlos y, además, uno solo no constituye fuerza bastante para "hacerse independiente" o, como diríamos en términos comerciales, "establecerse por cuenta propia". Sin embargo no podemos dudar ni por un momento de que este consejo es algo más que una necedad, es una necedad chistosa, un excelente chiste. ¿Qué es, por lo tanto, lo que convierte la necedad en chiste?

No necesitaremos reflexionar largo tiempo. De las especulaciones de diversos autores sobre esta materia, que hemos expuesto en nuestra introducción, podemos adivinar que en tal necedad chistosa se esconde un sentido y que este sentido en lo desatinado es lo que convierte a la necedad en chiste. Tal sentido es fácil de hallar en nuestro ejemplo. El oficial que da a Salomón el desatinado consejo, se hace el tonto únicamente para demostrar a Salomón lo estúpido de su propia conducta. Imita a Salomón, como queriendo decirle: "Ahora te voy a dar un consejo tan estúpido como tú." Se apodera de la estupidez del judío y trata de mostrársela a sus propios ojos haciéndola servir de fundamento a una propuesta que tiene que corresponder a los deseos del mismo, pues si poseyera un cañón propio e hiciera la guerra por su propia cuenta, ¡cuánto brillarían entonces su inteligencia y su ambición! ¡Y cómo cuidaría de su cañón, teniéndolo siempre en buen estado y estudiando a fondo su mecanismo, para resistir la concurrencia de los demás poseedores del mismo artículo!

Interrumpiremos aquí el análisis de este ejemplo para demostrar en otro, más corto y sencillo, pero también menos agudo, el mismo sentido en el desatino.

"No nacer nunca sería lo mejor para los mortales humanos".—"En efecto — comentan los sabios del "Fliegende

Blaetter" (1)—; *pero es cosa que de cada cien mil hombres apenas si sucede a uno.*"

El moderno comentario al viejo aforismo es un claro desatino al que el prudente "apenas" presta un aire todavía más estúpido. Pero aparece ligado, como una limitación indiscutiblemente justa, a la primera frase y nos hace ver que la sabia sentencia que aceptamos con respeto no está tampoco muy lejos del desatino. Quien no ha nacido, no es un ser humano, y para él no hay nada bueno ni mejor. El desatino del chiste sirve aquí, por lo tanto, para descubrir y presentar otro desatino, lo mismo que en el ejemplo del cañón.

Podemos aún citar otro ejemplo de este género, que por su contenido y por la amplia exposición de que precisa, apenas sería digno de figurar en estas páginas, pero, en cambio, tiene la ventaja de presentar con especial claridad el empleo de un desatino en el chiste para conseguir la revelación de otro semejante:

"Un individuo confía a su hija, en vísperas de un largo viaje, a uno de sus amigos, rogándole vele por su virtud durante su ausencia. Meses después torna de su viaje y halla a su hija encinta. Naturalmente, colma de reproches al amigo, el cual no acierta a comprender cómo ha podido suceder aquello. "¿Dónde dormía mi hija?"—pregunta, por último, el indignado padre—. "En la alcoba de mi hijo."—"¿Pero cómo pones a los dos en una misma alcoba después de haberte yo encargado principalmente que velases por la virtud de mi hija?"— "Es que puse dos camas y, separándolas, un biombo."— "Bueno; ¿y si tu hijo ha dado la vuelta al biombo?"— "Sí—responde el celoso guardador, después de reflexionar un rato—; tienes razón. *Así, sí ha podido ser.*"

Este chiste, poco o nada brillante, tiene para nosotros el mérito de ser fácilmente reducible. Su reducción sería la siguiente: "No tienes derecho alguno a reprocharme nada. ¿No es una "estupidez" dejar a tu hija en una casa en la que necesariamente había de estar en constante contacto con un muchacho? ¡Creerás que es muy fácil para un extraño, velar en estas condiciones por la virtud de una joven!" La aparen-

(1) Semanario humorístico alemán.

te simpleza del amigo no es aquí, por lo tanto, más que el reflejo de la candidez del padre. Por medio de la reducción hemos hecho desaparecer del chiste toda simpleza y con ella el chiste mismo. Del elemento "simpleza" no hemos podido, sin embargo, prescindir, pues ha hallado otro lugar en la reducción efectuada.

Intentemos ahora reducir el chiste del cañón. El oficial quería decir: "Salomón, sé que eres un inteligente comerciante. Pero, créeme, es una *gran simpleza* no comprender que el servicio militar es algo muy diferente de la vida comercial, en la que cada uno trabaja para sí y contra los demás. En el servicio hay que subordinarse y actuar como parte de un conjunto."

La técnica de los chistes por desatino que hemos examinado hasta ahora, consiste, por lo tanto, realmente, en la introducción de algo simple o desatinado, cuyo sentido es la revelación de otro desatino o simpleza.

¿Tendrá, entonces, siempre, el empleo del desatino en la técnica del chiste, esta misma significación?

He aquí otro ejemplo que resuelve la cuestión afirmativamente:

Foción, calurosamente aplaudido al finalizar un discurso, se volvió hacia sus amigos y les preguntó: "¿He dicho acaso alguna tontería?"

Esta pregunta parece al principio falta de todo sentido. Pero no tardamos en comprenderla. Foción quiere decir: "¿Qué he dicho que haya podido gustar de tal manera a este estúpido pueblo? El éxito de mi discurso debiera avergonzarme. Aquello que ha gustado a los tontos no debe de ser cosa muy cuerda."

Otros ejemplos podrán mostrarnos, a su vez, que el contrasentido es empleado muchas veces en la técnica del chiste, sin que su fin sea la revelación de otro diferente desatino.

Un conocido catedrático de Universidad, que acostumbra a sazonar con numerosos chistes su poco amena disciplina, es felicitado por el nacimiento de un nuevo hijo, que llega al mundo hallándose el padre en edad harto avanzada. "Gracias, gracias—responde el felicitado—. Ya ve usted de qué maravillas es capaz la mano del hombre."—Esta respuesta nos

parece totalmente desprovista de sentido y fuera de lugar. Los niños suele decirse que son una divina bendición, en oposición, precisamente, a las obras de la mano del hombre. Mas no tardamos en comprender que la extraña frase tiene un sentido, y por cierto, marcadamente obsceno. No es que el feliz padre se haga el tonto para revelar la simpleza de otra cosa o persona. Su respuesta, aparentemente desatinada nos produce un efecto de sorpresa o como dicen los investigadores que anteriormente han tratado estas materias, de desconcierto. Ya hemos visto anteriormente que dichos autores derivan todo el efecto de estos chistes de la transición de "desconcierto y esclarecimiento". Más tarde trataremos de formar un juicio sobre este punto, contentándonos por ahora con hacer resaltar que la técnica de este chiste consiste en la introducción de dicho elemento desconcertante y desatinado.

Entre esta clase de chistes ocupa un lugar especialísimo uno debido a Lichtenberg.

Se maravilla este escritor de que los gatos presenten dos agujeros en la piel, precisamente en el sitio en que tienen los ojos. Maravillarse de algo naturalísimo es ciertamente una simpleza. Nos recuerda este chiste una exclamación que Michelet incluye con absoluta seriedad en su libro sobre la mujer, y que si mi memoria no me engaña, es poco más o menos, como sigue: "¡Cuán excelentemente se halla dispuesto por la Naturaleza que el niño encuentre en cuanto llega al mundo, una madre pronta a encargarse de su cuidado!" La frase de Michelet es, en realidad, una simpleza, pero la de Lichtenberg es un chiste que utiliza la simpleza para la consecución de un determinado fin tras del cual se esconde algo. ¿El qué? No podemos aún ni siquiera indicarlo.

* * *

Hemos visto, en dos grupos de ejemplos, que la elaboración del chiste se sirve de desviaciones del pensamiento normal, el desplazamiento y el contrasentido, como medio técnico para elaborar la expresión chistosa. Estará, pues, justi-

ficada la esperanza de que también otros errores intelectuales puedan hallar igual empleo. Realmente, podemos exponer algunos ejemplos de este género.

Un señor entra en una pastelería y pide en el mostrador una torta, pero la devuelve en seguida pidiendo, en cambio, una copa de licor. Después de beberla se aleja sin pagar. El dueño de la tienda le llama la atención. "¿Qué desea usted?" —pregunta el parroquiano—. "Se olvida usted de pagar la copa de licor que ha tomado."—"Ha sido a cambio del pastel."—"Sí, pero es que el pastel tampoco lo había usted pagado."—"¡Claro; como que no me lo he comido!"

También esta historieta tiene su apariencia de lógica, apariencia que reconocemos como una fachada destinada a encubrir un error intelectual. Este reside en el hecho de que el astuto parroquiano establece una relación inexistente entre la devolución del pastel y su cambio por una copa de licor. La cuestión se divide realmente en dos sucesos que para el vendedor son independientes uno de otro y sólo para la intención del parroquiano se hallan en una relación de cambio. El desaprensivo sujeto ha tomado el pastel y luego lo ha devuelto, quedando al hacerlo así libre de toda deuda. Pero luego ha bebido una copa de licor, y ésta es la que tiene que pagar. Podemos decir que el parroquiano emplea la relación "en cambio" en un doble sentido, o mejor dicho, que constituye, por medio de un doble sentido, una relación que objetivamente no existe (1).

Creemos llegado aquí el momento de hacer una importante confesión. Dedicamos nuestra labor a investigar en diferentes ejemplos la técnica del chiste y debiéramos, por lo tanto, estar seguros de que los ejemplos por nosotros reunidos, son realmente chistes. Mas sucede que en algunos casos dudamos si el ejemplo escogido merece ser considerado como tal,

---

(1) Una análoga técnica de contrasentido surge cuando el chiste quiere hacer subsistir una conexión que parece destruída por las condiciones especiales de su contenido. Así habla Lichtenberg de **un cuchillo sin hoja al que faltaba el mango.** Muy semejante es otro chiste que J. Falke relata en una de sus obras: "¿Es éste el lugar en que el duque de Wellington pronunció tales y cuales palabras?" — **"Sí; éste es el lugar, pero esas palabras no las pronunció jamás el duque."**

y además, no podemos disponer de un criterio fijo para resolver nuestras vacilaciones, hasta tanto que nuestra investigación nos lo proporcione. Tampoco podemos confiarnos a los usos y costumbres del lenguaje, los cuales necesitan asimismo de una prueba que los justifique. De este modo, nuestra decisión no puede apoyarse más que en una cierta "sensación", que podemos interpretar suponiendo que en nuestro juicio se verifica la decisión según criterios determinados no accesibles a nuestro conocimiento. Mas esta "sensación" no puede alegarse como fundamento suficiente. Así, ante el último ejemplo citado, dudamos si exponerlo como chiste, como un chiste sofístico, o simplemente como un sofisma. No sabemos todavía en qué reside el carácter de chiste.

En cambio, el ejemplo siguiente, que descubre el error intelectual que pudiéramos llamar complementario, es innegablemente un chiste. Trátase nuevamente de una historieta sobre los intermediarios matrimoniales judíos.

"El agente matrimonial defiende a la muchacha por él propuesta, contra los defectos que en ella encuentra el presunto marido: "Su madre—dice éste—es estúpida y perversa."—"¿Y eso qué le importa? ¿Se va usted a casar con la madre o con la hija?"—"Bueno; pero es que la hija no es joven ni bonita."—"Mejor; así no hay peligro de que le engañe."—"Además no tiene dinero."—"¿Y quién habla aquí de eso? Usted no quiere dinero; lo que quiere es una buena mujer."—"¡Pero si es jorobada!"—"¡Hombre; algún defecto había de tener!"

Trátase, pues, realmente de una mujer vieja, fea, pobre, contrahecha y con una madre harto peligrosa como suegra, condiciones poco recomendables, ciertamente, para casarse con ella. El intermediario se las arregla para oponer a cada defecto el punto de vista desde el cual resulta el mismo perdonable, y cuando llega a hablarse de la joroba, defecto inexcusable, lo trata como si fuese el único y constituyese aquella falta que hay que disculpar en toda persona. Muéstrase de nuevo aquí aquella apariencia de lógica que caracteriza al sofisma y tiene por objeto encubrir el error intelectual. La muchacha presenta múltiples defectos: varios que pudieran disculparse y uno imperdonable. La boda es, por lo tanto, im-

posible. El agente obra como si cada uno de los inconvenientes quedase salvado por su razonamiento, mientras que, en realidad, lo que sucede es que cada uno de ellos deja un resto de descrédito que se suma al siguiente. Se empeña en ver aisladamente cada factor y se niega a reunirlos en una suma.

Análoga omisión constituye el nódulo de otro sofisma, muy celebrado, pero al que no creemos justificado calificar de chiste.

B. ha prestado a A. un caldero de cobre. Al serle devuelto advierte que presenta un gran agujero en el fondo y reclama una indemnización. A. se defiende, diciendo: "Primeramente B. no me ha prestado ningún caldero; en segundo lugar el caldero estaba ya agujereado y, por último, yo he devuelto a B. el caldero completamente intacto." Cada uno de estos argumentos es válido por sí solo, pero excluye a los otros dos. A. trata aisladamente algo que tiene que ser considerado en conjunto, actuando así del mismo modo que el agente matrimonial con los defectos de la novia. Podríamos decir, asimismo, que A. constituye una suma allí donde únicamente es posible una alternativa.

En la siguiente historieta encontramos de nuevo un sofisma.

"Nuestro ya conocido intermediario judío, defiende a su elegida contra los reproches que fundándose en la marcada cojera que la misma padece, le hace el presunto novio: "No tiene usted razón—le dice—. Supongamos que se casa usted con una mujer que tenga todos sus miembros bien sanos y derechos. ¿Qué sale usted ganando con ello? Cualquier día se cae, se rompe una pierna y queda coja para toda su vida. Entonces tiene usted que soportar el disgusto, la enfermedad, la cojera y, para acabarlo de arreglar ¡la cuenta del médico! En cambio, casándose con la muchacha que le propongo, se librará de todo eso, pues se encuentra usted ya ante un "hecho consumado".

La apariencia de lógica es ciertamente, en este caso, harto fugitiva. Nadie prefiere una desgracia ya "consumada" a otra tan sólo posible. El error contenido en el proceso intelectual será más fácilmente demostrable en este otro ejemplo:

El gran rabino de Cracovia se halla orando con sus dis-

cípulos en la sinagoga. De pronto exhala un doloroso grito. Los fieles le rodean asustados. "En este momento—les dice—acaba de fallecer el gran rabino de Lemberg." La triste noticia cunde inmediatamente por la ciudad y todos los judíos visten luto. Mas al día siguiente se averigua que el gran rabino de Lemberg sigue bueno y sano, no habiéndole sucedido el menor accidente en el momento en que su colega de Cracovia sentía telepáticamente su muerte. Un forastero aprovecha la ocasión para burlarse de los judíos y dice a uno de ellos: "¡Vaya una plancha la de vuestro gran rabino! Ver morir a su colega de Lemberg, anunciar su visión a todo el mundo y resultar luego que todo era falso." "De todos modos — responde el judío — no me negará usted que eso "de ver desde aquí lo que sucede en Lemberg es una cosa maravillosa".

Muéstrase aquí abiertamente el error intelectual común a los dos ejemplos últimos. El valor de la representación imaginativa es considerado superior al de la realidad, la posibilidad se iguala casi a la verdad. La visión a distancia, desde Cracovia a Lemberg, habría sido realmente un maravilloso fenómeno telepático si sus resultados hubieran sido ciertos, pero esto último es lo de menos para el ferviente discípulo del gran rabino. Cabe siempre la posibilidad de que el rabino de Lemberg hubiese muerto en el momento en que el de Cracovia lo anunció. Pensando de este modo, desplaza el discípulo el acento psíquico, desde la condición necesaria para que la visión de su maestro fuese digna de admiración, a la incondicional admiración de la misma. "In magnis rebus voluisse sat est", sería la perfecta definición de un tal punto de vista. Así como en este ejemplo se desprecia la realidad en favor de la posibilidad, así supone, en el que le precede, el agente matrimonial, que el novio ha de dar la máxima importancia a la posibilidad de que su mujer encoje a causa de un accidente, quedando de este modo relegada a último término la cuestión de que la novia sea ya coja.

A este grupo de errores intelectuales "sofísticos" se agrega otro, muy interesante, en el que el error intelectual puede calificarse de "automático". Quizá por un capricho del azar, todos los ejemplos que de esta clase exponemos a con-

tinuación pertenecen, de nuevo, al grupo de historietas matrimoniales judías.

"Un agente matrimonial se ha hecho acompañar, para convencer al presunto novio, de un auxiliar que robustezca y confirme sus afirmaciones. "La muchacha—empieza el primero—es alta como un pino."—"Como un pino"—repite el complaciente eco—. "Y tiene unos ojos divinos."—"¡Pero qué ojos!"—, comenta el auxiliar—. "Además posee una educación excelente."—"¡Excelentísima!"—pondera el eco—. "Ahora le confesaré—prosigue el intermediario—que tiene un pequeño defecto. Es algo cargada de espaldas."—"Algo cargada de espaldas"—prorrumpe el eco, entusiasmado—; "lo que tiene es una joroba estupenda".

Los demás ejemplos son totalmente análogos, aunque más significativos:

"El intermediario presenta a su cliente la muchacha que le ha escogido para novia. Desagradablemente impresionado, llama el joven aparte a su acompañante y le llena de reproches: "¿Para qué me ha traído usted aquí? Es fea, vieja, bizca, desdentada y..."—"Puede usted hablar alto"—interrumpe el agente—; "también es sorda".

"El novio hace su primera visita a casa de la elegida y mientras espera en la sala le llama el intermediario la atención sobre una vitrina llena de espléndidos objetos de plata. "Ya ve usted cómo es gente de dinero"—le dice—. "¿Pero, no pudiera ser—pregunta el desconfiado joven—que todas estas cosas las hubiesen pedido prestadas para hacerme creer que son ricos?"—"¡Cá! — deniega el agente—. "¡Cualquiera les presta a éstos nada!"

En todos estos tres casos sucede lo mismo. Una persona que ha reaccionado varias veces sucesivas en la misma forma, continúa haciéndolo, una vez más, en ocasión en que sus manifestaciones resultan ya inadecuadas y opuestas a su propia intención. Olvida aquí el sujeto adaptarse a las circunstancias y se deja llevar por el automatismo de la costumbre. Así, el auxiliar de la primera historieta, olvida que ha venido para inclinar al joven que desea casarse, en favor de la muchacha

propuesta por el agente, y sabiendo que hasta entonces ha cumplido su cometido al ponderar las excelencias cantadas por el intermediario, pondera también la joroba, defecto tímidamente confesado y cuya importancia hubiera debido él aminorar. El protagonista de la segunda historieta queda tan fascinado por la indignada enumeración que su cliente le hace de los defectos y lañas de la propuesta novia, que olvida su papel y, contra su intención y sus intereses, completa la lista, añadiendo un achaque hasta el momento no advertido por el novio. Por último, en la tercera historia, se deja arrastrar el intermediario por su entusiasmo en convencer a su cliente del acomodo de su futura, hasta el punto de que para demostrarle la verdad de una sola de sus afirmaciones, aduce un argumento que necesariamente echa por tierra todos sus demás esfuerzos. En todos estos casos triunfa el automatismo sobre la adecuada variación del pensamiento y de la expresión.

Esta circunstancia, fácilmente visible, nos produce cierta confusión haciéndonos observar que las tres historietas expuestas por nosotros como "chistosas", pueden ser, con igual derecho, calificadas de cómicas. La revelación del automatismo psíquico pertenece a la técnica de lo cómico, como todo lo que consiste en arrancar un antifaz o provocar una auto-delación. Nos encontramos, por lo tanto, repentinamente, ante el problema de la relación del chiste con la comicidad, que pensábamos eludir. ¿Estas historietas serán sólo "cómicas" y no "chistosas" al mismo tiempo? ¿Labora en ellas la comicidad con los mismos medios que el chiste? Y nuevamente ¿en qué consiste el carácter especial de lo chistoso?

Dejaremos, desde luego, fijado, que la técnica del último grupo de chistes investigado, no reside sino en la revelación de "errores intelectuales", pero nos vemos obligados a confesar que su análisis no nos ha proporcionado luz alguna. No desesperamos, sin embargo, de llegar por medio de un más completo conocimiento de las técnicas del chiste, a un resultado que pueda servirnos de punto de partida para ulteriores descubrimientos.

* * *

Los primeros ejemplos de chiste con los que vamos a proseguir nuestra investigación no han de hacer muy difícil nuestra labor, pues su técnica nos recuerda algo ya conocido.

Un chiste de Lichtenberg:

"Enero es el mes en el que hacemos votos por la dicha de nuestros amigos, y los meses restantes son aquellos en los que vemos cómo dichos votos no se cumplen".

Dado que estos chistes se caracterizan más por su sutileza que por su gran efecto, y dado que laboran con medios poco enérgicos, preferimos robustecer su impresión exponiendo varios sucesivamente.

"La vida humana se divide en dos épocas. Durante la primera se desea que llegue la segunda y durante la segunda se desea que vuelva la primera".

"La experiencia consiste en experimentar aquello que no desearíamos haber experimentado".

Es inevitable, ante estos ejemplos, el recuerdo de aquel otro grupo, antes examinado, que se caracterizaba por el "múltiple empleo del mismo material". Especialmente, el último ejemplo nos induce a preguntarnos por qué no lo incluímos en aquel grupo en lugar de presentarlo aquí formando parte de otro nuevo. La experiencia es definida en él por su propio nombre como antes los celos (Eifersucht). Tampoco nosotros habríamos de poner grandes inconvenientes a dicha inclusión. Mas en los otros dos ejemplos, de un análogo carácter, opino sin embargo, que existe un factor más significativo e importante que el múltiple empleo de las mismas palabras, mecanismo que se separa aquí de todo lo que pudiera suponer doble sentido. Quisiera, además, hacer resaltar que en estos casos descubrimos nuevas e inesperadas unidades, relaciones recíprocas de representaciones y definiciones mutuas o por referencia a un tercer elemento común. Este

proceso, que denominaremos "unificación", es análogo a la condensación por compresión de dos elementos en la misma palabra. De este modo, se describen las dos mitades de la vida humana por medio de una recíproca relación entre ellas descubierta: en la primera se desea que la segunda llegue, y en la segunda que la primera vuelva. Dicho con mayor precisión: se trata de dos muy análogas relaciones que son escogidas para la exposición. A la analogía de las relaciones corresponde después la analogía de las palabras, que podía recordarnos el múltiple empleo del mismo material. En el chiste de Lichtenberg quedan caracterizados enero y los meses a él opuestos, por una relación, modificada, a un tercer elemento, constituído por las bienandanzas que se nos desean en el primer mes y luego, en los restantes, no se cumplen. La diferencia entre este grupo y el caracterizado por el múltiple empleo del mismo material, próximo ya al del doble sentido, es aquí muy visible.

El siguiente chiste, no necesitando de explicación alguna, es un bello ejemplo de unificación:

J. B. Rousseau, poeta francés cuya especialidad fueron las odas, escribió una titulada "Oda a la posteridad". Voltaire, opinando que el mérito de esta composición no era suficiente para pasar a las futuras generaciones, dijo chistosamente: "Esa poesía no llegará seguramente a su destino".

Este último ejemplo nos advierte que la unificación es el fundamento esencial de aquellos chistes que demuestran lo que denominamos un "ingenio rápido". Tal rapidez consiste en la inmediata sucesión de agresión y defensa, en "volver el arma contra el atacante" o "pagarle en la misma moneda", esto es, en la constitución de una inesperada unidad entre ataque y contraataque.

Por ejemplo: "El panadero dice al tabernero, el cual tiene un dedo malo: "¿Qué te pasa? ¿Es que has mojado el dedo en tu vino?"—"No—contesta el tabernero—; es que se me ha metido uno de tus panecillos debajo de una uña".

"Serenísimo recorre sus Estados. Entre la gente que acude a vitorearle, ve a un individuo que se le parece extraordi-

nariamente. Le hace acercarse y le pregunta: "¿Recuerda usted si su madre sirvió en Palacio alguna vez?" — "No, Alteza — responde el interrogado—; pero sí mi padre".

"Carlos, duque de Wuerttemberg, pasa a caballo ante la puerta de un tintorero. "¿Podrá usted teñir de azul mi caballo blanco?" — "Desde luego, Alteza, si soporta el agua hirviendo".

En este último y excelente ejemplo de contestación a una proposición desatinada con una condición más imposible si cabe, actúa aún otro factor técnico que no aparecería si la respuesta del tintorero hubiera sido la siguiente: "No, Alteza, temo que el caballo no soporte el agua hirviendo".

La unificación dispone aún de otro especialísimo y muy interesante medio técnico: la agregación por medio de la conjunción *y*. Esta agregación tiene necesariamente que significar conexión; otra cosa sería incomprensible para nosotros. Cuando Heine, en el "Viaje por el Harz", y hablando de la ciudad de Goettingen, dice que "en general, se dividen los habitantes de Goettingen en estudiantes, profesores, filisteos y ganado", comprendemos desde luego tal unión en el sentido que luego Heine subraya añadiendo: "...cuatro estados perfectamente delimitados". O cuando habla del colegio en que "tanto latín, tantas palizas y tanta geografía" tuvo que aguantar, la agregación, subrayada por la colocación de las palizas entre el latín y la geografía, nos indica el interés que en el escolar despertaban dichas dos asignaturas.

En Lipps hallamos, entre los ejemplos de "agregación chistosa" ("coordinación") y como el de mayor parentesco con el chiste de Heine "estudiantes, profesores, filisteos y ganado" el siguiente dicho:

"Con un bieldo y con esfuerzo le sacó su madre de entre la masa", como si el esfuerzo fuera, al igual del bieldo, un instrumento manejable. Sin embargo, sentimos la impresión de que este dicho no es chistoso, aunque sí muy cómico, mientras que la agregación de Heine constituye, indudablemente, un chiste. Más tarde, cuando no necesitemos eludir el problema de la relación entre el chiste y la comicidad, volveremos quizá sobre estos ejemplos.

* * *

En el ejemplo del duque y el tintorero hemos observado que continuaría siendo un chiste por unificación, aunque el tintorero contestase: "No, Alteza, temo que el caballo no resista el agua hirviendo." Pero la respuesta fué: "Desde luego, Alteza, si soporta el agua hirviendo." En la sustitución del realmente adecuado "no" por un "sí" reside un nuevo medio técnico del chiste, cuyo empleo perseguiremos en otros ejemplos.

Más sencillo es un chiste, análogo al anterior, que encontramos expuesto en la obra de K. Fischer: Federico el Grande oyó hablar de un predicador de Silesia que tenía fama de hallarse en tratos con los espíritus. Deseoso de averiguar lo que de verdad había en tales rumores, hizo acudir a su presencia al predicador y le recibió con la pregunta siguiente: "¿Puede usted conjurar a los espíritus?" "Sí, Majestad, pero nunca acuden." Claramente se ve que el medio técnico de este chiste no consiste sino en la sustitución del "no", única contestación posible, por su contrario. Para llevar a cabo esta sustitución tuvo que agregarse al "sí" un "pero", de tal manera que ambas palabras, unidas en la frase, equivalen a un "no".

Esta "representación antinómica", nombre que queremos dar a la nueva técnica, se pone al servicio de la elaboración del chiste en muy diversas circunstancias. En los dos ejemplos que a continuación exponemos aparece casi en su completa pureza.

Heine: "Aquella mujer se parecía en muchas cosas a la Venus de Milo. Como ella, era extraordinariamente vieja, no tenía dientes y presentaba algunas manchas blancas en la amarillenta superficie de su cuerpo."

Es esta una representación de la fealdad por coincidencia con la máxima belleza, coincidencia que naturalmente

sólo puede consistir en cualidades expresadas con doble sentido o accesorias. Esto último sucede en el ejemplo siguiente:

Lichtenberg. El genio:

"Había reunido en sí las cualidades de los más grandes hombres: llevaba la cabeza ladeada como Alejandro, se hurgaba continuamente el cabello como César, podía beber mucho café como Leibnitz, y cuando se arrellanaba en su sillón, se olvidaba de comer y beber, como Newton, y, como a éste, había que sacarle de su sueño; peinaba, por último, su peluca como el Dr. Johnson y llevaba siempre desabrochado un botón de la pretina como Cervantes."

De un viaje por Irlanda trajo J. v. Falke un excelente ejemplo de representación antinómica, en el cual se renuncia por completo al empleo de palabras de doble sentido. La escena sucede en una barraca de figuras de cera. El dueño acompaña a un grupo de visitantes, explicándoles lo que sus figuras representan. "Esta figura representa al duque de Wellington en su caballo." Burlonamente interroga una joven: "¿Cuál es el duque y cuál su caballo?" — "Como usted quiera, señorita — replica el guía—; ha pagado usted su entrada y tiene derecho a escoger." (Lebenserinnerungen, pág. 271.)

La reducción de este chiste irlandés sería como sigue: "¡Es inaudita la desvergüenza de estos saltimbanquis! ¡Atreverse a presentar al público tales mamarrachos anunciando pomposamente un museo de figuras de cera! No se sabe siquiera cuál es el caballo y cuál el jinete. (Exageración burlona.) ¡Y para ver esto le sacan a uno el dinero!". Estas indignadas reflexiones, cristalizan, dramatizándose, en la pequeña historieta. En representación del público general toma la palabra una señorita, y la figura de cera queda individualmente determinada. Tiene que ser el duque de Wellington, tan extraordinariamente popular en Irlanda. La desvergüenza del dueño de la barraca que saca el dinero al público por enseñarle cuatro mamarrachos, es representada antinómicamente, por una frase en la que el mismo se nos muestra como un concienzudo hombre de negocios, cuya única preocupación es respetar los derechos que el público ha adquirido al pagar su entrada. Observamos también que la técnica de este chiste no es nada sencilla. El hecho de haber hallado un medio de que el des-

aprensivo negociante pondere su estrecha conciencia comercial, incluye a este chiste entre los de representación antinómica, pero la circunstancia de hacerle pronunciar dicha frase en una ocasión en la que se le pide cosa muy distinta de la ratificación de su formalidad comercial, dado que la crítica va dirigida contra el parecido de las figuras, constituye un caso de desplazamiento. La técnica del chiste será, por lo tanto, una combinación de ambos medios.

No muy lejano a este ejemplo se halla un pequeño grupo de chistes que pudiéramos denominar "chistes de superación". En ellos se sustituye el "sí", que aparecería en la reducción, por un "no"; pero este "no" equivale por su contenido a una enérgica confirmación. El mismo mecanismo puede también tener lugar a la inversa. La contradicción aparece sustituyendo a una confirmación superada. Así, en el epigrama de Lessing:

"Dicen que la buena Galatea tiñe de negro sus cabellos, mas lo cierto es que éstos eran ya negros cuando los compró."

O la maligna defensa aparente que Lichtenberg hace de la filosofía universitaria:

"Hay más cosas en el cielo y sobre la tierra de las que supone vuestra filosofía" — dijo despectivamente Hamlet. Lichtenberg sabe que este juicio condenatorio no es aún suficientemente severo, pues no emplea todo lo que contra tal filosofía se puede objetar, y añade todavía: "Pero también hay en la filosofía muchas cosas que no existen en el cielo ni en la tierra." En esta frase se acentúa algo que parece compensar la falta observada por Hamlet, pero tal compensación entraña un nuevo y mayor reproche.

Más transparentes aún, por hallarse libres de toda huella de desplazamiento, son los dos siguientes chistes, un tanto groseros, ciertamente:

Dos judíos hablan de hidroterapia. "Yo — dice uno de ellos—, lo necesite o no, tomo un baño todos los años."

Claramente vemos que por la exagerada vanagloria de su limpieza, queda convicto el buen judío de todo lo contrario.

Un judío observa, en la barba de otro, restos de comida: "¿A que adivino lo que has comido ayer?" — "Dilo." — "Lentejas." — "Has perdido. Eso fué anteayer."

El siguiente chiste por superación, fácilmente reducible a una representación antinómica, es un excelente ejemplo de este grupo:

El rey se digna visitar una clínica quirúrgica y halla al médico director amputando una pierna a un enfermo. S. M. sigue con interés la marcha de la operación y expresa, en diferentes momentos, su admiración por la maestría del cirujano: "¡Bravo, bravo, querido doctor." Terminada su labor se acerca el médico al monarca, e inclinándose profundamente ante él, le pregunta: "¿Desea Vuestra Majestad que ampute la otra pierna?"

Mientras el rey expresaba su aprobación tan entusiásticamente, los pensamientos del médico hubieran podido expresarse, seguramente, en la siguiente forma: "Se diría que estoy amputándole la pierna a este infeliz por encargo expreso del rey y para proporcionarle un interesante espectáculo. Afortunadamente para mi conciencia, son muy distintas las razones que tengo para dejar cojo a este pobre diablo." Pero terminada su labor va hacia el rey y le dice: "La voluntad de Vuestra Majestad es suficiente para que yo opere a cualquiera, y la aprobación que se ha dignado manifestar me ha honrado tanto, que estoy dispuesto, si así lo desea, a amputar al enfermo la pierna sana que le queda." De este modo consigue el médico hacerse comprender indirectamente, expresando todo lo contrario de lo que piensa y tiene que guardar para sí.

La representación antinómica es, como vemos en estos ejemplos, un medio muy frecuentemente empleado y de poderoso efecto, de la técnica del chiste. Pero no debemos perder de vista otra circunstancia importantísima, y es que tal técnica no es privativa únicamente del chiste. Cuando Marco Antonio, después de haber conseguido con su discurso hacer variar totalmente la opinión del pueblo sobre la muerte de César, exclama de nuevo: "Pero Bruto es un hombre *honrado*", sabe ya que el pueblo le gritará el verdadero sentido de sus palabras: "*Son traidores,* esos hombres honrados."

Asimismo, cuando en el "Simplicissimus" (1) se publica una colección de inauditos cinismos y brutalidades bajo el epígrafe de "La bondad humana", se trata también de una exposición antinómica. Mas esto se denomina "ironía" y ya no "chiste". La técnica de la ironía es precisamente la representación antinómica. Oímos además hablar del "chiste irónico". No puede dudarse ya de que la técnica sola no basta para caracterizar al chiste. Tiene que agregarse a ella algo más que hasta ahora no hemos hallado. Mas por otra parte hemos demostrado, de un modo incontrovertible, que desteјiendo la labor de la técnica queda destruído el chiste. De todos modos nos es muy difícil imaginar unidos los dos puntos fijos que hemos conquistado para el esclarecimiento del chiste.

* * *

El hecho de que la representación antinómica pertenezca a los medios técnicos del chiste, despierta en nosotros la esperanza de que éste pueda hacer uso, asimismo, de un medio inverso, esto es, de la representación por lo "análogo" o próximo. Continuando nuestra investigación, hallamos, en efecto, que esta última técnica corresponde a un nuevo grupo de chistes intelectuales, especialmente amplio. Describiremos la peculiaridad de esta técnica con mucha mayor precisión, denominándola, en lugar de "representación por lo análogo", "representación por el homogéneo o conexo". Iniciemos desde luego nuestro examen de esta técnica por el último de los caracteres citados y aclaremos la cuestión con un ejemplo:

Es una anécdota americana: Dos hombres de negocios, nada escrupulosos, han logrado, merced a osadas especulaciones, reunir una considerable fortuna, y se esfuerzan ahora en conseguir su admisión en la buena sociedad. Uno de los medios que para ello ponen en práctica es encargar sus retratos

(1) Semanario satírico alemán. — N. del T.

al pintor más distinguido y caro de la ciudad, artista cuyas obras son siempre esperadas con gran interés por todo el pequeño mundo aristocrático. Terminados los retratos, los colocan en un salón, lado a lado, e invitan a sus conocimientos a una gran velada. Entre los invitados figura el crítico de arte más leído e influyente de la ciudad, el cual es acaparado desde su entrada en la casa por los dos retratados y conducido en el acto al salón en que sus efigies se hallan expuestas. Los avispados negociantes esperan de él un juicio admirativo que poder luego hacer cundir por toda la ciudad. Pero en lugar de esto, el crítico permanece un buen rato silencioso ante los cuadros, busca con la vista algo que parece echar de menos, y luego, indicando el espacio vacío que entre los retratos queda, pregunta: "¿And where is the Saviour?" ("¿Y el Redentor, dónde está?" o "Echo de menos la imagen del Redentor").

El sentido de esta frase se nos muestra en el acto. Trátase, una vez más, de la exteriorización de algo que no puede ser expresado directamente. ¿Mas cómo se forma tal "representación indirecta"? A través de una serie de asociaciones y conclusiones de fácil constitución podemos recorrer en sentido inverso el camino de su formación, partiendo del chiste mismo.

La pregunta "¿Y el Redentor (o la imagen del Redentor), dónde está?" nos deja adivinar que el crítico recuerda, ante los dos retratos, la composición pictórica, generalmente conocida, en la que aparece la figura de Cristo crucificado entre los dos ladrones. La analogía es facilitada por las dos imágenes presentes, que en el chiste son transportadas a derecha e izquierda del Salvador, y no puede consistir más que en el hecho de que las dos figuras que adornan el muro del salón sean también las de dos ladrones. Lo que el crítico quería y no podía decir, era: "Sois un par de bribones. ¿Qué me importan a mí vuestros retratos?" Este pensamiento es el que por fin ha exteriorizado, después de hacerlo pasar por algunas asociaciones y conclusiones, y en una forma que calificamos de "alusión".

Recordamos ahora que ya anteriormente tropezamos con esta forma alusiva, al ocuparnos del doble sentido. Cuando de las dos significaciones que encuentran su expresión en la mis-

ma palabra, se halla la primera, como la más usual y corriente tan en primer término que tiene que acudir antes que ninguna a nuestra imaginación, mientras que la segunda, como más lejana, queda retrasada, calificamos el caso como de doble sentido con alusión. En toda una serie de los ejemplos examinados hasta ahora observamos una técnica harto complicada y descubrimos la alusión como el factor ocasionante de tal complicación. (Véanse los chistes: "Ha ganado mucho y dado poco, etc." y "De qué maravillas es capaz la mano del hombre").

En la anécdota americana encontramos la alusión libre de todo doble sentido, y su carácter esencial se nos muestra como una sustitución por algo que se halla ligado a nuestros pensamientos sobre la materia. Fácilmente se adivina que tal conexión utilizable puede ser de muy diversos géneros. Para no perdernos en dicha variedad no examinaremos sino las variaciones más importantes, y éstas en escasos ejemplos:

La conexión utilizada para la sustitución puede ser una simple similicadencia, de manera que este grupo será análogo a aquel que en los chistes verbales comprende al retruécano. Mas, a diferencia de éste, no se trata aquí de la similicadencia de dos palabras, sino de la de dos frases enteras o de series características de palabras, etc.

Ejemplo: Lichtenberg ha hecho popular la frase "Baños nuevos curan bien" que nos recuerda en el acto al refrán "escobas nuevas barren bien", con el que tiene de común varias palabras, a más de la estructura general. Seguramente surgió esta frase en el cerebro del divertido pensador como una imitación del conocido proverbio. Es, pues, una alusión al mismo. Por medio de esta alusión se nos indica algo que no es expresado directamente, esto es, que en el efecto de los baños medicinales interviene un factor totalmente distinto de las cualidades constantes del agua termal.

De técnica muy semejante es otro chiste del mismo autor: "Una muchacha que apenas ha cumplido doce "*modas*". Esto suena como una determinación de tiempo ("Moden-modas; Monden-lunas-meses") y fué quizás, en un principio, una simple errata. Pero posee desde luego un excelente sen-

tido el emplear la cambiante moda en lugar de la cambiante luna. para fijar la edad de una mujer.

La conexión subsiste, por lo tanto, aunque tenga lugar una "pequeña modificación", circunstancia que nos muestra cómo esta técnica corre paralela a la técnica verbal. Ambos géneros de chistes provocan igual efecto, pero pueden diferenciarse muy bien por los procesos que se verifican en su respectiva elaboración.

Un ejemplo de un tal chiste verbal o retruécano: Un cantante, Edmundo de nombre, y tan famoso por su gordura como por su voz, tuvo que sufrir que se empleara el título de una obra teatral, inspirada en una conocidísima novela de Julio Verne, como alusión a su poco elegante físico. La frase "El viaje alrededor de Edmundo en ochenta días" se hizo pronto popular.

Otro ejemplo: "Cada toesa una reina", modificación de las famosas palabras shakespirianas: "Cada pulgada un rey", y alusión a ellas, fué frase que se aplicó una noble dama de estatura desmesurada. Ninguna objeción seria podría tampoco hacerse al que quisiera incluir este chiste entre aquellos que son producto de la condensación con modificaciones como formaciones sustitutivas (ej. tetê-à-bête).

Las partículas negativas hacen posible excelentes alusiones con pequeñísimas modificaciones: "Spinoza, mi compañero de *irreligión*", dice Heine, y Lichtenberg comienza con la frase: "Nosotros, por la *desgracia* de Dios, jornaleros, siervos, negros, etc.", un manifiesto de estos infelices que ciertamente tienen más derecho a tal título que los reyes y príncipes al no modificado.

Otra forma de la alusión es la "omisión", comparable a la condensación sin formación de sustitutivo. Realmente se omite algo en toda alusión, pues se omiten las rutas mentales que hasta ella conducen. La diferencia consiste en que lo más patente sea la solución de continuidad o el sustitutivo que en la expresión verbal de la alusión oculta a aquélla parcialmente. De este modo llegaríamos, a través de una serie de ejemplos, desde la simple omisión hasta la alusión propiamente dicha.

En el siguiente ejemplo hallamos una alusión sin sustitutivo: En Viena reside un ingenioso y agresivo escritor que repetidas veces ha sido maltratado de obra por aquellos a quienes su pluma satirizaba. Hablándose, en una reunión, de una fechoría cometida por uno de los habituales adversarios del escritor, exclamó un tercero: "Si X. oye esto, recibirá otra bofetada más." A la técnica de este chiste pertenece en primer lugar el desconcierto ante el aparente contrasentido expresado, pues no comprendemos cómo el haber oído algo puede tener, como inmediata consecuencia, el recibir una bofetada. El contrasentido desaparece en cuanto se llena el vacío dejado por la omisión: "Si X. oye esto, *escribirá un tremendo artículo contra Z., y entonces* recibirá otra bofetada más." Así, pues, los medios técnicos de este chiste son la alusión con omisión y el contrasentido.

Otro chiste judío: Dos judíos se encuentran delante de una casa de baños. "¡Ay! — suspira uno de ellos—. *¡Qué pronto ha pasado el año!*"

Estos ejemplos demuestran, sin dejar lugar a duda alguna, que la omisión pertenece a los medios de la alusión.

En otro ejemplo, que exponemos a continuación, y que es desde luego un auténtico y legítimo chiste alusivo, hallamos sin embargo una extraña solución de continuidad. Trátase de la siguiente singularísima sentencia:

"La mujer propia es como un paraguas. Siempre se acaba por tomar un simón."

Un paraguas no protege contra la lluvia. El "siempre se acaba" no puede significar más que: "cuando la lluvia aprieta", y un "simón" es el nombre corriente de los coches de alquiler. Mas como nos hallamos aquí ante una comparación, vamos a dejar el análisis de este chiste para cuando más adelante tratemos de ellas.

La obra "Los baños de Lucca", de Heine, es un avispero de punzantes alusiones. Su autor es maestro en el arte de utilizar esta forma del chiste para fines polémicos (contra el conde de Platen). Mucho antes que el lector pueda sospechar la finalidad polémica, comienza Heine a preludiar, por medio de alusiones sacadas del más variado material, un cierto tema muy poco apropiado para la exposición directa. Más

adelante, los sucesos relatados por el autor, toman un giro que al principio no parece obedecer más que a un grosero capricho de Heine, pero pronto descubren su relación simbólica con la intención polémica y se revelan, por lo tanto, como alusiones. Por último se desencadena el ataque contra Platen, y de cada frase que Heine dirige contra el talento y el carácter de su adversario, surgen inagotables alusiones al conocido tema de la homosexualidad del mismo.

"Aunque las musas no le son propicias, tiene en su poder el genio del idioma, o mejor dicho, sabe hacerle fuerza, pues no goza del espontáneo amor de este genio, sino que tiene que correr tras él como tras de otros efebos y no sabe sino apoderarse de sus formas exteriores, que a pesar de su bella redondez, carecen de nobleza en su expresión."

"Le sucede entonces como al avestruz, que se cree oculto enterrando su cabeza en la arena y dejando sólo visible la rabadilla. Nuestro noble pájaro hubiera obrado mejor enterrando su rabadilla en la arena y enseñándonos tan sólo su cabeza."

La alusión es quizás el más corriente y manejable de todos los medios del chiste y constituye el fundamento de la mayoría de los chistes de corta vida que acostumbramos a introducir en nuestra conversación, los cuales no pueden subsistir por sí mismos ni soportan ser desarraigados del terreno en que nacen. Pero precisamente en ellos observamos de nuevo aquella relación que comenzó a confundirnos en nuestra valoración del chiste. Tampoco la alusión es chistosa en sí: existen alusiones de correcta elaboración que no pueden pretender tal carácter. Sólo la alusión "chistosa" lo posee. Vemos, pues, que la característica del chiste, que hemos perseguido hasta las profundidades de la técnica, ha escapado a nuestros reiterados esfuerzos.

Calificamos ocasionalmente la alusión, de "representación indirecta", y observamos ahora, que podemos muy bien reunir en un solo grupo los diversos géneros de alusión, la representación antinómica y varias otras técnicas de que más adelante trataremos. La calificación más comprensiva para este considerable grupo sería la de "representación indirecta". Errores intelectuales, unificación y representación indirecta

serán, por lo tanto, los puntos de vista desde los cuales se dejan ordenar aquellas técnicas del chiste intelectual que hasta ahora hemos llegado a conocer.

Continuando la investigación de nuestro material creemos descubrir una nueva subdivisión de la representación indirecta, fácilmente caracterizable, pero de la que sólo poseemos escasos ejemplos. Es ésta el grupo de la representación "por una minucia", técnica que resuelve el problema de lograr por medio de un insignificante detalle la total expresión de un carácter. La agregación de este grupo a la alusión queda facilitada por la circunstancia de que tal minucia se halla en conexión con lo que de representar se trata, derivándose de ello como una consecuencia.

Ejemplo: Un judío de la Galicia austríaca hace un viaje en ferrocarril. Hallándose solo en el vagón se retrepa cómodamente en el respaldo, pone los pies en el asiento frontero y se desabrocha la túnica. En una parada sube al departamento un caballero vestido a la moderna, y el judío toma instantáneamente una posición más correcta. El recién llegado hojea un librito, calcula, reflexiona y se dirige, por último, al judío, con la pregunta: "Perdone usted. ¿Cuándo es Jomkipur? (día de reconciliación)" — "Aesoi" — responde el judío, y vuelve en el acto a recobrar su primitiva y cómoda postura.

No puede negarse que esta representación por una minucia se halla ligada a aquella tendencia al ahorro que tras de la investigación de la técnica del chiste verbal fijamos como el elemento común a todas las técnicas.

Otro ejemplo análogo: El médico llamado para asistir a la señora baronesa, próxima a dar a luz, propone al barón, que mientras llega el momento de intervenir, entretengan el tiempo jugando un "ecarté" en una habitación contigua. Al cabo de algún tiempo oyen quejarse a la paciente: "Ah, mon Dieu, que je souffre!" El marido se levanta, pero el médico le tranquiliza, diciendo: "No es nada, sigamos jugando." Pasa un rato y vuelve a oírse: "¡Dios mío, qué dolores!" — "¿No quiere usted pasar ya a la alcoba, doctor?", interroga el barón. —"No, no; todavía es pronto." — Por último se

oyen unos gritos ininteligibles: "¡Ay, aaay, aayy!" El médico tira las cartas y exclama: "Ahora es el momento."

Este chiste nos muestra excelentemente, con la modificación gradual de los quejidos de la distinguida parturienta, cómo el dolor deja abrirse paso a la naturaleza primitiva a través de las diferentes capas de la educación y cómo una importante decisión puede hacerse depender con plena justificación de una manifestación aparentemente nimia.

* *

De otro distinto género de representación indirecta de que el chiste se sirve — la metáfora — no hemos querido tratar hasta ahora por tropezar su investigación con nuevas dificultades a más de aquellas otras que ya en anteriores ocasiones nos han salido al paso. Ya convinimos antes en que, en muchos de los ejemplos sometidos al análisis, no lográbamos desterrar una cierta vacilación al considerarlos como chistes, y hemos reconocido, en esta inseguridad, una alarmante debilidad de los fundamentos de nuestra investigación. Con ningún otro material se hace más marcada y frecuente esta nuestra inseguridad como al analizar los chistes por comparación. La sensación que me hace decir — y no sólo a mí, sino en iguales circunstancias, a un gran número de personas—: esto es un chiste y hay que considerarlo como tal aun antes de haber descubierto el carácter esencial del chiste; esta sensación, me abandona con mayor frecuencia que en ningún otro caso en los chistes por comparación. Cuando sin reflexionar he calificado de chiste una metáfora, creo observar instantes después que el placer que me ha proporcionado es de diferente cualidad que aquel que suelo deber a los chistes, y la circunstancia de que las metáforas chistosas sólo rara vez provocan la explosión de risa que confirma a un buen chiste, me hace imposible salir de mis dudas obligándome a limitarme a los mejores y más eficaces ejemplos de este género.

La existencia de excelentes y eficaces ejemplos de metáforas que no nos hacen en absoluto la impresión de chistes, es fácilmente demostrable. La bella comparación de la ternura que corre a través del diario de Otilia, con el rojo hilo de los cordajes de la marina inglesa es una de ellas; otra, que aún no me he cansado de admirar y que siempre me produce una impresión igualmente viva, es aquella con la que Fernando Lassalle cierra una de sus famosas defensas (La ciencia y los trabajadores): "Un hombre que, como ya antes os he expuesto, ha consagrado su vida al lema "La Ciencia y los trabajadores", no sentirá, ante una condena, más impresión que aquella que la explosión de una retorta pudiera causar a un químico absorto en sus experimentos científicos. Con un ligero fruncimiento de cejas ante la resistencia de la materia, continuará el investigador serenamente — una vez terminada la interrupción — sus análisis y experimentos."

Las obras de Lichtenberg nos ofrecen un rico y selecto acervo de chistosas metáforas. De ellas tomaré el material necesario a nuestra investigación.

"Es casi imposible atravesar una muchedumbre llevando en la mano la antorcha de la verdad, sin chamuscar a alguien las barbas."

Realmente presenta esta frase apariencias de chiste, pero considerándola detenidamente se echa de ver que el efecto chistoso no parte de la comparación misma, sino de una cualidad accesoria. La "antorcha de la verdad" no es ciertamente una metáfora nueva, sino por lo contrario, muy usada, y convertida ha largo tiempo en frase hecha, como sucede con toda comparación que por su acierto es recogida por el uso verbal, mientras que en la expresión "la antorcha de la verdad" apenas si observamos ya la comparación, Lichtenberg vuelve a darla toda su energía primitiva edificando de nuevo sobre la metáfora y sacando de ella una consecuencia. Una tal vigorización de expresiones que han perdido su fuerza significativa nos es ya conocida como técnica del chiste y la incluímos en el múltiple empleo del mismo material. Pudiera muy bien suceder que la impresión chistosa producida por la frase de Lichtenberg procediese exclusivamente de esta conexión con la técnica del chiste.

Por un motivo distinto, pero igualmente explicable, parece chistosa la comparación siguiente:

"Las *recensiones* me parecen una especie de *enfermedad infantil* que ataca con mayor o menor virulencia a los libros recién nacidos acarreando a veces la muerte a los más saludables, mientras que los débiles suelen salir indemnes. Algunos, muy pocos, se libran de ella. Se ha intentado con frecuencia protegerlos por medio de *amuletos* tales como prólogos, *dedicatorias* y hasta *autocríticas*, pero todo ha sido en vano."

La comparación de las recensiones con las enfermedades infantiles se limita al principio a la circunstancia de atacar al libro o al sujeto, respectivamente, poco después de haber visto la luz. Hasta este punto no nos decidimos a atribuirla un carácter chistoso. Pero la comparación continúa: Resulta que el subsiguiente destino de los nuevos libros puede ser representado, dentro de la misma comparación, por medio de otras nuevas en ella fundadas. Esta prolongación de una comparación es indudablemente chistosa, pero ya sabemos merced a qué técnica nos aparece como tal: se trata de un caso de unificación, o sea de constitución de una conexión inesperada. El carácter de la unificación no varía, en cambio, por consistir ésta aquí en la agregación a una primera metáfora.

En varias otras comparaciones nos vemos inclinados a desplazar la innegable impresión chistosa sobre un factor totalmente extraño a la naturaleza de las mismas. Tales comparaciones contienen una singular yuxtaposición y a veces un enlace de absurda apariencia, o se sustituyen, por medio de uno de estos elementos, al resultado de la labor comparativa. La mayoría de los ejemplos de Lichtenberg pertenecen a este grupo.

"Todo hombre tiene también su trasero moral, que no enseña sin necesidad, y que cubre, mientras puede, con los calzones de la buena educación."

El "trasero moral" es la singular asociación que aparece como resultado de la labor comparativa. Mas a ella se agrega una continuación de la metáfora con un juego de palabras ("necesidad") y una segunda unión todavía más extraordinaria ("los calzones de la buena educación"), que quizá es chistosa por sí misma. No puede entonces maravillar-

nos recibir de la totalidad la impresión de una muy chistosa comparación y comenzamos a darnos cuenta de que tendemos generalmente a extender, en nuestra valoración, a una totalidad, el carácter que sólo corresponde a una parte de la misma. Los "calzones de la buena educación" nos recuerdan un verso de Heine, análogamente desconcertante:

"Hasta que, por fin, me estallaron todos los botones — del pantalón de la paciencia".

Es innegable que estos dos últimos ejemplos entrañan un carácter que no encontramos en todas las buenas y acertadas comparaciones. Son metáforas "depresivas", pues presentan un objeto de elevada categoría, una abstracción (la buena educación, la paciencia), unido a otro de naturaleza muy concreta y hasta de un bajo género (los calzones). Más adelante examinaremos la cuestión de si esta singularidad tiene o no algo que ver con el chiste. Intentemos, por ahora, analizar otro ejemplo en el que aparece con especial claridad este carácter "depresivo". El hortera Weinberl, personaje de una comedia burlesca de Nestroy, describe cómo recordará, cuando llegue a ser un acaudalado comerciante, los tiempos juveniles, y dice: "Cuando así, en una íntima conversación, *se barre la nieve que obstruye la entrada del almacén de los recuerdos, se abren de nuevo los cierres del pretérito y se colma el mostrador de la fantasía con las mercancías de tiempos pasados*. . ." Son éstas, ciertamente, comparaciones de abstracciones con objetos concretos muy vulgares, pero el chiste se halla — exclusiva o parcialmente — en la circunstancia de ser un hortera el que se sirve de tales comparaciones tomadas de los dominios de su cotidiana actividad. El hecho de poner en relación lo abstracto con lo vulgar, que le rodea de continuo, es un acto de "unificación".

Volvamos a las metáforas de Lichtenberg:

"Los motivos que para obrar tenemos los hombres, podrían ordenarse del mismo modo que los 32 vientos y recibir una denominación análogamente compuesta: p. e. pan-pan-fama o fama-fama-pan".

Como muy frecuentemente sucede en los chistes de Lichtenberg, es aquí la impresión de acierto, ingenio y sutileza tan predominante, que nuestro juicio sobre el carácter de lo chis-

oso es inducido en error. Cuando en un tal aforismo se mezcla algo de chiste al excelente sentido total, somos siempre inducidos a considerar la totalidad como un excelente chiste. Mas, a mí juicio, todo lo que en este ejemplo es chistoso surge de la extrañeza que nos produce la singular combinación "pan-pan-fama". Lo que en él hay de chiste, es, por lo tanto, una representación por contrasentido. La reunión singular o la asociación absurda pueden ser expuestas también aisladamente como resultado de una comparación.

Si hasta ahora hemos hallado que siempre que una comparación nos parecía chistosa, debía el producir esta impresión a una intromisión de alguna de las técnicas del chiste que ya conocemos, otros ejemplos parecen confirmar que una comparación puede también ser chistosa por sí misma.

Lichtenberg caracteriza determinadas odas con las siguientes palabras:

"Son, en la poesía, lo que en la prosa las inmortales obras de Jakob Boehme: "*una especie de picnic en que el autor pone las palabras y el lector el sentido*".

"Cuando filosofa, vierte generalmente sobre los objetos una agradable luz de luna que nos complace, pero que resulta insuficiente para hacernos distinguir con precisión uno solo de ellos".

Heine: "Su rostro semejaba un palimpsesto, en el que bajo la más reciente escritura de la copia monacal de un texto debido a un Padre de la Iglesia, aparecieran los medio borrados versos de un erótico poeta griego".

O la continuada comparación, de tendencia marcadamente depresiva, incluída en "Los Baños de Lucca".

"*El sacerdote católico* obra como un dependiente de una *gran casa comercial*: la Iglesia, cuyo principal es el Papa, y que le señala una actividad determinada y un salario fijo. De este modo, trabaja indolentemente, como quien no lo hace por cuenta propia, tiene muchos colegas y permanece fácilmente inobservado en medio del gran tráfico comercial. Sólo le interesa el crédito de la casa y su conservación, para evitar que la bancarrota le prive de sus medios de subsistir. *El cura protestante*, en cambio, es en todas partes su propio jefe y lleva por su cuenta los negocios religiosos. No comercia al por

mayor como su colega católico, sino solamente *al por menor*, y como tiene que atender personalmente a todo, es activo y vigilante, pondera a la gente sus *artículos de fe* y deprecia los de sus concurrentes. Como buen comerciante al por menor se halla siempre en su tenducho, lleno de envidia contra todas las grandes casas comerciales y especialmente contra la romana, que tiene a sueldo muchos millares de tenedores de libros y ha establecido factorías en las restantes partes del mundo".

Ante este ejemplo, como ante otros muchos, no podemos negar que una comparación puede ser chistosa por sí misma y sin que haya necesidad de achacar la impresión que produce a una complicación con una de las técnicas del chiste que nos son conocidas. Mas nos escapa entonces, por completo, qué es lo que determina el carácter chistoso de la comparación, dado que éste no reside desde luego en la forma de expresión del pensamiento ni en la operación de comparar. No podemos, por lo tanto, hacer otra cosa que incluir la comparación entre los géneros de "exposición indirecta", de los que se sirve la técnica del chiste, y tenemos que abandonar, sin resolverlo, este problema que, al tratar de la comparación, se ha alzado ante nosotros mucho más claramente que cuando examinamos los restantes medios del chiste. A razones especiales debe también de obedecer el hecho de que la decisión sobre si algo es o no un chiste nos haya presentado, en la comparación, una mayor dificultad que en anteriores formas expresivas.

Sin embargo, esta solución de continuidad en nuestra comprensión del chiste no es lo que pudiera hacernos lamentar que esta primera parte de nuestra investigación no haya tenido resultado. Dada la íntima conexión que teníamos que estar preparados a atribuir a las diversas cualidades del chiste, hubiera sido imprudente abrigar la esperanza de poder aclarar una faceta de la cuestión antes de haber dirigido nuestra mirada sobre las demás. Tendremos, pues, que atacar el problema por otro frente.

¿Estamos seguros de que ninguna de las posibles técnicas del chiste ha escapado a nuestra investigación? Desde luego no; pero continuando el examen de nuevo material, podemos

convencernos de que hemos llegado a conocer los más frecuentes y esenciales medios de la elaboración del chiste y, por lo menos, los suficientes para formarnos un juicio sobre la naturaleza de este proceso psíquico. Y aunque no lo hayamos formado aún, hemos descubierto, en cambio, valiosas indicaciones acerca de la dirección en que debemos buscar un más amplio esclarecimiento. Los interesantes procesos de la condensación con formación de sustitutivos, que se nos han revelado como el nódulo de la técnica del chiste verbal, nos orientaron hacia la formación de los sueños, en cuyo mecanismo han sido descubiertos los mismos procesos psíquicos. Igual orientación nos marcan también las técnicas del chiste intelectual: desplazamiento, errores intelectuales, contrasentido, representación indirecta y representación antinómica, que juntas o separadas, retornan en la técnica de la elaboración de los sueños. Al desplazamiento deben los sueños su extraña apariencia que nos impide ver en ellos la continuación de nuestros pensamientos diurnos. El empleo que en el sueño encuentran el contrasentido y el absurdo ha hecho perder a aquél la dignidad de producto psíquico e inducido a los investigadores a aceptar, como condiciones del mismo, el relajamiento de las actividades anímicas y la suspensión de la crítica, la moral y la lógica. La representación antinómica es, en el sueño, tan corriente, que hasta los mismos libritos populares, tan erróneos, sobre la interpretación de los sueños, suelen contar con ella.

La representación indirecta, la sustitución de la idea del sueño por una alusión, una nimiedad o un simbolismo análogo a la comparación, es precisamente aquello que diferencia la forma expresiva de los sueños de la de nuestra ideación despierta. Una tan amplia coincidencia como la que existe entre los medios de la elaboración del chiste y los de la del sueño, no creemos pueda ser casual. Demostrar detalladamente esta coincidencia e investigar sus fundamentos, será uno de los objetos de nuestra futura labor.

III

LAS TENDENCIAS DEL CHISTE

Cuando al final del capítulo precedente, copiaba yo las frases en que Heine compara al sacerdote católico con el dependiente de una gran casa comercial y al protestante con un tendero al por menor, establecido por su cuenta, me sentía un tanto cohibido, como si algo me aconsejara no citar "in extenso" tal comparación, advirtiéndome que entre mis lectores habria seguramente algunos para los que el máximo respeto debido a la religión se extiende a aquellos que la administran y representan. Estos lectores, indignados ante los atrevimientos de Heine, perderían todo interés en seguir investigando con nosotros si la comparación era chistosa en sí o únicamente merced a ciertos elementos accesorios. En otras comparaciones, tales como aquella que atribuye a determinada filosofía la vaguedad de la luz lunar, no teníamos que temer perjudicara a nuestra labor un tal influjo perturbador ejercido por el mismo ejemplo analizado, sobre una parte de nuestros lectores. El más piadoso de ellos no encontraría, en estos casos, nada que perturbase su capacidad de juicio sobre el problema por nosotros planteado.

Fácilmente se adivina cuál es el carácter del chiste del que depende la diversidad de la reacción que el mismo despierta en el que lo oye. El chiste tiene unas veces en sí mismo su fin y no se halla al servicio de intención determinada

alguna; otras, en cambio, se pone al servicio de una tal intención convirtiéndose en "tendencioso". Sólo aquellos chistes que poseen una tendencia, corren peligro de tropezar con personas para las que sea desagradable escucharlos.

El chiste no tendencioso ha sido calificado, por Th. Vischer, de chiste "abstracto". Nosotros preferimos denominarlo chiste "inocente".

Dado que antes hemos dividido el chiste, atendiendo al material objeto de la técnica, en verbal e intelectual, deberemos ahora investigar la relación existente entre esta clasificación y la que acabamos de verificar. Lo primero que observamos, es que dicha relación entre chiste verbal e intelectual de un lado, y chiste abstracto y tendencioso, del otro, no es, desde luego, una relación de influencia. Trátase de dos divisiones totalmente independientes una de otra. Quizás algún lector se haya formado la idea de que los chistes inocentes son generalmente verbales, mientras que la complicada técnica de los chistes intelectuales es puesta casi siempre al servicio de marcadas tendencias; pero lo cierto es que así como existen chistes inocentes que utilizan el juego de palabras y la similicadencia, hay otros, no menos abstractos e inofensivos, que se sirven de todos los medios del chiste intelectual. Con análoga facilidad cabe demostrar que el chiste tendencioso puede muy bien ser, por lo que a su técnica respecta, puramente verbal. Así, aquellos chistes que "juegan" con los nombres propios, suelen ser frecuentemente de naturaleza ofensiva, siendo, sin embargo, exclusivamente verbales. Esto no impide tampoco que los chistes más inocentes pertenezcan también a este género.

Entre las metáforas de Lichtenberg se encuentran excelentes ejemplos de chistes intelectuales abstractos o inocentes. A los ya expuestos en páginas anteriores añadiremos, por ahora, los siguientes:

"Habían enviado a Goettingen un tomito en octavo menor y recibían ahora en cuerpo y alma, un robusto "*in quarto*".

"Para dar a este edificio la solidez necesaria, debemos proveerle de buenos cimientos, y los más firmes, a mi juicio,

serán aquellos en los que una hilada en pro alterne con otra en contra".

"Uno crea la idea, el otro la bautiza, un tercero tiene hijos con ella, un cuarto la asiste en su agonía y el último la entierra". (Comparación con unificación).

"No sólo no creía en los fantasmas, sino que ni siquiera se asustaba de ellos". El chiste reside aquí exclusivamente en el contrasentido de la exposición. Renunciando a este ropaje chistoso, la idea sería: "Es más fácil desechar teóricamente el miedo a los fantasmas, que dominarlo cuando se nos aparece alguno". Falta ya aquí todo carácter de chiste y lo que resta es un hecho psicológico al que en general se concede menos importancia de la que posee: el mismo que Lessing expone en su conocida frase:

"No son libres todos aquellos que se burlan de sus cadenas".

Antes de seguir adelante, quiero salir al paso de una mala inteligencia posible. Los calificativos "inocente" o "abstracto", aplicados al chiste, no significan nada equivalente a "falto de contenido", sino que se limitan a caracterizar a un género determinado de chistes, oponiéndolos a los "tendenciosos" de que a continuación trataremos. Como en el último ejemplo hemos visto, un chiste "inocente", esto es, desprovisto de toda tendenciosidad, puede poseer un rico contenido y exponer algo muy valioso. El contenido de un chiste, por completo independiente del chiste mismo, es el contenido del pensamiento que, en estos casos, es expresado, merced a una disposición especial, de una manera chistosa. Cierto es, sin embargo, que así como los relojeros escogen una preciosa caja para encerrar en ella su más excelente maquinaria, así también suele suceder, en el chiste, que los mejores productos de la elaboración del mismo sean utilizados para revestir los pensamientos de más valioso contenido.

Examinando penetrantemente, en los chistes intelectuales, la dualidad de contenido ideológico y revestimiento chistoso, llegamos a descubrir algo que puede aclarar muchas de las dudas con que hemos tropezado en nuestra investigación. Resulta, para nuestra sorpresa, que la complacencia que un

chiste nos produce, nos la inspira la impresión conjunta de contenido y rendimiento chistoso, dándose el caso de que uno cualquiera de estos dos factores puede hacernos errar en la valoración del otro, hasta que, reduciendo el chiste, nos damos cuenta del engaño sufrido.

Análogamente sucede en el chiste verbal. Cuando oímos que "la experiencia consiste en experimentar lo que no desearíamos haber experimentado", quedamos un tanto desconcertados y creemos escuchar una nueva verdad. Mas en seguida advertimos que no se trata sino de una disfrazada trivialidad: "De los escarmentados nacen los avisados". El excelente rendimiento chistoso de definir la "experiencia" casi exclusivamente por el empleo de la palabra "experimentar", nos engaña de tal modo, que estimamos en más de lo que vale el contenido de la frase. Lo mismo nos sucede ante el chiste por unificación en que Lichtenberg opone el mes de enero a los demás del año, chiste que sólo nos dice algo que sabemos de toda la vida, esto es, que las felicidades que nuestros amigos nos desean en los días de Año Nuevo se cumplen tan raras veces como todos nuestros otros deseos.

Todo lo contrario sucede en otros ejemplos, en los cuales nos deslumbra lo acertado y justo del pensamiento, haciéndonos calificar de excelente chiste la frase en que el pensamiento queda expresado, aun siendo este último todo el mérito de la misma y, en cambio, muy deficiente el rendimiento de la elaboración chistosa. Precisamente en los chistes de Lichtenberg es el nódulo intelectual, con mucha frecuencia, harto más valioso que el revestimiento chistoso, al cual extendemos indebidamente desde el primero nuestra valoración. Así, la observación sobre la "antorcha de la verdad" es una comparación apenas chistosa, pero tan acertada, que la frase en que se expresa nos parece un excelente chiste.

Los chistes de Lichtenberg sobresalen, ante todo, por su contenido intelectual y la seguridad con que hieren en el punto preciso. Muy justificadamente dijo de él Goethe, que sus ocurrencias chistosas o chanceras esconden interesantísimos problemas o, mejor dicho, rozan la solución de los mismos. Así, cuando escribe: "Había leído tanto a Homero, que siem-

pre que topaba con la palabra "*angenommen*" ("admitido") leía "*Agamenón*" (técnica: simpleza+similicadencia)", descubre nada menos que el secreto de las equivocaciones en la lectura (1). Muy análogo es aquel otro chiste cuya técnica nos pareció antes harto insatisfactoria:

"Se maravillaba de que los gatos tuviesen dos agujeros en la piel, precisamente en el sitio de los ojos". La simpleza que en esta frase parece revelarse, es tan solo aparente; en realidad, detrás de la ingenua observación, se esconde el magno problema de la teleología en la anatomía animal. Hasta que la historia de la evolución no nos lo explique, no tenemos por qué considerar como natural y lógica la coincidencia de que la abertura de los párpados aparezca precisamente allí donde la córnea debe surgir al exterior.

Retengamos, por ahora, que de una frase chistosa recibimos una impresión de conjunto en la que no somos capaces de separar la participación del contenido intelectual de la que corresponde a la elaboración del chiste. Quizá encontremos más tarde otro hecho muy importante, paralelo a éste.

* * *

Para nuestro esclarecimiento teórico de la esencia del chiste, han de sernos más valiosos los chistes inocentes que los tendenciosos, y los faltos de contenido más que los profundos. Los juegos inocentes de palabras y los faltos de contenido nos presentarán el problema del chiste en su más puro aspecto, pues en ellos no corremos peligro alguno de que la tendencia nos confunda, o engañe nuestro juicio el acierto del pensamiento expresado. El análisis de este material puede hacer progresar considerablemente nuestros conocimientos.

Escogeremos un chiste de la mayor inocencia posible:

Hallándome cenando en casa de unos amigos, nos sirven de postre el plato conocido con el nombre de "roulard", cuya

(1) Véase la "Psicopatología de la vida cotidiana", volumen I de esta "Biblioteca".

confección exige cierta maestría culinaria. Otro de los invitados pregunta: "¿Lo han hecho ustedes en casa?". Y el anfitrión responde: "Sí, es un *home-roulard*". ("Home-rule").

Dejaremos para más adelante la investigación de la técnica de este ejemplo, dirigiendo ahora nuestra atención a otro factor que presenta la máxima importancia. El improvisado chiste produjo un general regocijo entre los circunstantes, que lo acogieron con grandes risas. En éste, como en otros muchos casos, la sensación de placer del auditorio no puede provenir de la tendencia ni tampoco del contenido intelectual del chiste. No nos queda, por lo tanto, más remedio que relacionar dicha sensación con la técnica del mismo. Los medios técnicos del chiste antes descritos por nosotros — condensación, desplazamiento, representación indirecta, etc. — son, pues, capaces de hacer surgir en el auditorio una sensación de placer, aunque no sepamos todavía cómo tal poder les es inherente. Este será el segundo resultado positivo de nuestra investigación, encaminada al esclarecimiento del chiste. El primero fué descubrir que el carácter del chiste depende de la forma expresiva. Mas, a poco que reflexionemos, no dejaremos de observar que nuestro segundo resultado, últimamente deducido, no es para nosotros, en realidad, nada nuevo. Se limita a presentar aislado algo ya contenido antes en nuestra experiencia. Recordamos muy bien que cuando nos fué dado reducir el chiste, esto es, sustituir por otra su expresión, conservando cuidadosamente el sentido, desaparecía, no sólo el carácter chistoso, sino también el efecto hilarante y, por lo tanto, el placer que en el chiste pudiera hallarse.

No podemos seguir adelante sin repasar lo que las autoridades filosóficas exponen sobre este punto de la cuestión.

Los filósofos que agregan el chiste a lo cómico e incluyen esta materia dentro de la Estética, caracterizan la manifestación estética por la condición de que en ella no queremos nada de las cosas, no las necesitamos para satisfacer una de nuestras grandes necesidades vitales, sino que nos contentamos con su contemplación y con el goce de la manifestación misma. "Esta clase de manifestación es la puramente estética, que no reposa sino en sí misma y tiene su única finalidad

en sí propia, con exclusión de todo otro fin vital". (K. Fischer, pág. 68)

Por nuestra parte, nos hallamos casi de completo acuerdo con estas palabras de K. Fischer. Quizá no hacemos más que traducir sus pensamientos a nuestro lenguaje particular cuando insistimos en que la actividad chistosa no puede calificarse de falta de objeto o de fin, dado que se propone, innegablemente, el de despertar la hilaridad del auditorio. No creo, además, que podamos emprender nada desprovisto por completo de intención. Cuando no nos es preciso nuestro aparato anímico para la consecución de alguna de nuestras imprescindibles necesidades, le dejamos trabajar por puro placer, esto es, buscamos extraer placer de su propia actividad. Sospecho que ésta es, en general, la condición primera de toda manifestación estética, pero mi conocimiento de la Estética es harto escaso para que me atreva a dejar fijada esta afirmación. Del chiste, en cambio, sí puedo afirmar, basándome en los conocimientos obtenidos en nuestra investigación, que es una actividad que tiende a extraer placer de los procesos psíquicos, sean éstos intelectuales o de otro género cualquiera. Ciertamente existen otras actividades de idéntico fin, pero que quizá se diferencien del chiste en el sector de la actividad anímica del que quieren extraer placer, o quizá en el procedimiento que para ello emplean. Por el momento no podemos dejar resuelta esta cuestión, mas sí dejaremos sentado el hecho de que la técnica del chiste y la tendencia economizadora que en parte la domina, se ponen en contacto para la producción de placer.

Antes de entrar a resolver el problema de cómo los medios técnicos de la elaboración del chiste pueden hacer surgir placer en el oyente, queremos recordar que para simplificar y hacer más transparente nuestra investigación, dejamos antes a un lado los chistes tendenciosos. Mas ahora tenemos obligadamente que intentar esclarecer cuáles son las tendencias del chiste y en qué forma obedece éste a las mismas.

Hay, sobre todo, una circunstancia que nos advierte la necesidad de no prescindir del chiste tendencioso en la investigación del origen del placer en el chiste. El efecto placiente

del chiste inocente es casi siempre mediano: una clara aprobación y una ligera sonrisa es lo más que llega a obtener del auditorio, y de este efecto hay todavía que atribuir una parte a su contenido intelectual. como ya lo hemos demostrado con apropiados ejemplos. Casi nunca logra el chiste inocente o abstracto aquella repentina explosión de risa que hace tan irresistible al tendencioso. Dado que la técnica puede en ambos ser la misma, estará justificado sospechar que el chiste tendencioso dispone, merced a su tendencia, de fuentes de placer inaccesibles al chiste inocente.

Las tendencias del chiste son fácilmente definibles. Cuando no tiene en sí mismo su fin, o sea cuando no es inocente, no se pone al servicio sino de dos únicas tendencias, que además pueden, desde un cierto punto de vista, reunirse en una sola. El chiste tendencioso será o bien hostil (destinado a la agresión, la sátira o la defensa) o bien obsceno (destinado a mostrarnos una desnudez). Desde luego la clase técnica del chiste — chiste verbal o chiste intelectual — no tiene relación alguna con estas dos tendencias.

Más difícil resulta fijar la forma en que el chiste las sirve. En esta investigación preferiremos anteponer el chiste desnudador, al hostil. El primero ha sido más raramente sometido al análisis, como si la repugnancia a tratar este género de asuntos se hubiese trasladado desde la materia a lo objetivo. Mas nosotros no queremos dejarnos inducir en error por este desplazamiento, pues tropezaremos en seguida con un caso límite del chiste, que promete proporcionarnos un amplio esclarecimiento sobre varios puntos obscuros.

Sabemos lo que se entiende por un dicho "verde", esto es, la acentuación intencionada, por medio de la expresión verbal, de hechos o circunstancias sexuales. Sin embargo, esta definición no es, ni mucho menos, completa. Una conferencia sobre la anatomía de los órganos sexuales o sobre la fisiología de la procreación, no presenta, a pesar de la anterior definición, punto de contacto alguno con el dicho "verde". Es preciso, además, que éste vaya dirigido a una persona determinada que nos excita sexualmente y que por medio de él se da cuenta de la excitación del que lo profiere, quedando, en unos

casos, contagiada, y en otros, avergonzada o confusa. Esto último no excluye la excitación sexual, sino que, por lo contrario, supone una reacción contra la misma y constituye su indirecta confesión. El dicho "verde" se dirigía, pues, originariamente, tan sólo a la mujer y suponía un intento de seducción. Cuando, después, un hombre se complace refiriendo o escuchando tales dichos en la compañía exclusiva de otros hombres, la situación primitiva, que a consecuencia de los obstáculos sociales no puede ya constituirse, queda con ello representada. Aquel que ríe del dicho referido, ríe como el espectador de una agresión sexual.

El contenido sexual del dicho "verde" comprende algo más de lo privativo de cada sexo; comprende también aquello que, aun siendo común a ambos, se considera como pudendo, o sea todo lo relativo a los excrementos. Más éste es precisamente el alcance que lo sexual tiene en la vida infantil, en la que el sujeto imagina la existencia de una cloaca dentro de la cual lo sexual y lo excrementicio quedan casi o por completo confundidos (1). Asimismo, en todo el dominio ideológico de la Psicología de las neurosis, lo sexual incluye lo excrementicio, esto es, queda interpretado en el antiguo sentido infantil.

El dicho "verde" es como un desnudamiento de la persona de diferente sexo a la cual va dirigido. Con sus palabras obscenas, obliga a la persona atacada a representarse la parte del cuerpo o el acto a que las mismas corresponden y la hace ver que el atacante se las representa ya. No puede dudarse que el placer de contemplar lo sexual sin velo alguno es el motivo originario de este género de dichos.

Retrocedamos ahora, para lograr un mayor esclarecimiento, hasta los fundamentos de esta cuestión. La tendencia a contemplar despojado de todo velo aquello que caracteriza a cada sexo, es uno de los componentes primitivos de nuestra libido. Probablemente constituye en sí mismo una sustitución obligada del placer, que hemos de suponer prima-

---

(1) Véase "Una teoría sexual", (Ediciones Ercilla).

rio, de tocar lo sexual. Como en otros muchos casos, también aquí la visión ha sustituído al tacto (1). La libido visual o táctil es, en todo individuo, de dos clases: activa y pasiva, masculina y femenina, y se desarrolla, según cuál de estos dos caracteres sexuales adquiera la supremacía, predominantemente en uno u otro sentido. En los niños de corta edad es fácil observar una tendencia a exponer su propia desnudez. Allí donde esta tendencia no experimenta, como generalmente sucede, una represión se desarrolla hasta constituir aquella obsesión perversa del adulto, denominada exhibicionismo. En la mujer, la tendencia exhibicionista pasiva queda vencida por la reacción del pudor sexual, pero dispone siempre del portillo de escape que la proporcionan los caprichos de la moda. No creo preciso insistir en lo elástico, convencional y variable de la cantidad de exhibición que queda siempre permitida a la mujer.

El hombre conserva una gran parte de esta tendencia como elemento constitutivo de la libido, puesto al servicio de la preparación del acto sexual. Cuando esta tendencia se manifiesta ante la proximidad femenina, tiene que servirse de la expresión verbal, por dos diferentes razones. En primer lugar, para darse a conocer a la mujer y, en segundo, por ser la expresión oral lo que despertando en aquélla la representación imaginativa, puede hacer surgir en ella la excitación correspondiente y provocar la tendencia recíproca a la exhibición pasiva. Esta demanda oral no es aún el dicho "verde", pero sí el estadio que lo precede. Allí donde la aquiescencia de la mujer aparece rápidamente, el discurso obsceno muere en seguida, pues cede el puesto, inmediatamente, al acto sexual. No así cuando no puede contarse con el pronto asentimiento de la mujer y aparecen, en cambio, intensas reacciones defensivas. En este caso, la oración sexual excitante encuentra, convirtiéndose en dicho "verde", en sí misma su propio fin. Quedando detenida la agresión sexual en su progreso hasta el acto, permanece en la génesis de excitación y extrae placer de los signos por los que la misma se manifiesta en la

(1) Instinto de contrectación de Moll. (Untersuchungen ueber die libido sexualis, 1898).

mujer. La agresión transforma también entonces su carácter en el mismo sentido que todo sentimiento libidinoso al que se opone un obstáculo, esto es, se hace directa, hostil y cruel, llamando en su auxilio, para combatir el obstáculo, a todos los componentes sadistas del instinto sexual.

La resistencia de la mujer es, por lo tanto, la primera condición para la génesis del dicho "verde", aunque sea de tal naturaleza que signifique tan sólo un aplazamiento y no haga desesperar del éxito de posteriores tentativas. El caso ideal de una tal resistencia femenina se da con la presencia simultánea de otro hombre, de un testigo, pues tal presencia excluye totalmente el rendimiento inmediato de la solicitada. Este tercer personaje adquiere rápidamente una máxima importancia para el desarrollo del dicho "verde". Mas primero trataremos de la presencia de la mujer. En los lugares a que acude el pueblo, por ejemplo, los cafés de segundo orden, puede observarse que es precisamente la entrada de la camarera lo que provoca el tiroteo de tales dichos. Inversamente, entre las clases sociales más elevadas, la presencia femenina pone inmediato fin a toda conversación de este género. Los hombres reservan aquí estas conversaciones, que primitivamente dependían de la presencia de una mujer a la que avergonzar, para cuando están entre ellos. De este modo, el espectador, ahora oyente, deviene poco a poco, en lugar de la mujer, la instancia a la que la procacidad va destinada y ésta se acerca ya, merced a tal transformación, al carácter del chiste.

Al llegar a este punto, es requerida nuestra atención por dos importantes factores: el papel desempeñado por el tercero, el oyente, y las condiciones de contenido del dicho mismo.

El chiste tendencioso precisa, en general, de tres personas. Además de aquella que lo dice, una segunda a la que se toma por objeto de la agresión hostil o sexual, y una tercera en la que se cumple la intención creadora de placer, del chiste. Más tarde buscaremos una más profunda fundamentación de estas circunstancias, contentándonos por ahora con dejar fijado el hecho de que no es el que dice el chiste quien lo ríe y goza, por lo tanto, de su efecto placiente, sino el inactivo oyente. En la misma relación se encuentran los tres

personajes que intervienen en el dicho "verde", cuyo proceso puede describirse en la siguiente forma: El impulso libidinoso del primero, desarrolla, al encontrar detenida su satisfacción por la resistencia de la mujer, una tendencia hostil hacia esta segunda persona, y llama en su auxilio, como aliado contra ella, a una tercera, que en la situación primitiva hubiera constituído un estorbo. Por el procaz discurso de la primera queda la mujer desnuda ante este tercero, en el que la satisfacción de su propia libido, conseguida sin esfuerzo alguno por parte suya, actúa a modo de soborno.

Es singular que este tiroteo de procacidades sea cosa tan amada por el pueblo bajo, hasta el punto de constituir algo que no deja nunca de formar parte integrante de sus regocijos. Mas también es digno de tenerse en cuenta el que en esta complicada manifestación, que lleva en sí tantos caracteres del chiste tendencioso, no se requiera al dicho "verde" ninguna de las condiciones formales que caracterizan al chiste. Expresar la plena desnudez produce placer al primero y hace reir al tercero.

Sólo cuando llegamos a un más alto grado social se agrega la condición formal del chiste. La procacidad no es ya tolerada más que siendo chistosa. El medio técnico de que más generalmente se sirve, es la alusión, esto es, la sustitución por una minucia o por algo muy lejano que el oyente recoge para reconstruir con ello la obscenidad plena y directa. Cuanto mayor es la heterogeneidad entre lo directamente expresado en la frase procaz y lo sugerido necesariamente por ello en el oyente, tanto más sutil será el chiste y tanto mayores sus posibilidades de acceso a la buena sociedad. A más de la alusión, grosera o sutil, dispone la procacidad—como fácilmente puede demostrarse con numerosos ejemplos—de todos los demás medios del chiste verbal o intelectual.

Vemos ya claramente lo que el chiste lleva a cabo en servicio de su tendencia. Hace posible la satisfacción de un instinto (el instinto libidinoso y hostil) en contra de un obstáculo que se le opone, y extrae, de este modo, placer de una fuente a la que el tal obstáculo impide el acceso. El impedimento que sale al paso del instinto no es otro que la incapa-

cidad de la mujer—creciente en razón directa de su cultura y grado social—para soportar lo abiertamente sexual. La mujer, que en la situación primitiva suponemos presente, sigue siendo considerada como tal, o su influencia actúa, aun hallándose ausente, intimidando a los hombres. Puede observarse cómo individuos de las más altas clases sociales abandonan, en la compañía de mujeres de clase más baja, la procacidad chistosa, para caer en la procacidad simple.

El poder que dificulta a la mujer, y en menor grado también al hombre, el goce de la obscenidad no encubierta, es aquel que nosotros denominamos "represión", y reconocemos en él el mismo proceso psíquico que en graves casos patológicos mantiene alejados de la conciencia complejos enteros de sentimientos en unión de todos sus derivados, proceso que se ha demostrado como un factor principal en la patogénesis de las llamadas psiconeurosis. Concedemos a la cultura y a la buena educación una gran influencia sobre el desarrollo de la represión y admitimos que tales factores llevan a cabo una transformación de la organización psíquica — que puede también ser un carácter hereditario y, por lo tanto, innato — merced a la cual, sensaciones que habrían de percibirse con agrado, resultan inaceptables y son rechazadas con todas nuestras energías psíquicas. Por la labor represora de la civilización se pierden posibilidades primarias de placer que son rechazadas por la censura psíquica. Mas para la psiquis del hombre es muy violenta cualquier renunciación, y halla un expediente en el chiste tendencioso, que nos proporciona un medio de hacer ineficaz dicha renuncia y ganar nuevamente lo perdido. Cuando reímos de un sutil chiste obsceno, reimos de lo mismo que hace reir a un campesino en una grosera procacidad; en ambos casos procede el placer de la misma fuente, pero una persona educada no ríe ante la procacidad grosera, sino que se avergüenza o la encuentra repugnante. Sólo podrá reir cuando el chiste le preste su auxilio.

Parece, pues, confirmarse, lo que al principio supusimos, esto es, que el chiste tendencioso dispone de fuentes de placer distintas de las del chiste inocente, en el cual todo el placer depende, en diversas formas, de la técnica. Podemos tam-

bién insistir de nuevo en que en el chiste tendencioso no nos es dado distinguir por nuestra propia sensación qué parte de placer es producida por la técnica y cuál otra por la tendencia. "No sabemos, por lo tanto, fijamente, de qué reímos". En todos los chistes obscenos sucumbimos a crasos errores de juicio sobre la "bondad" del chiste, en tanto cuanto ésta depende de condiciones formales; la técnica de estos chistes es con frecuencia harto pobre y, en cambio, su éxito de risa, extraordinario.

* * *

Queremos investigar ahora si es éste mismo el papel que el chiste desempeña al servicio de la tendencia hostil. Desde un principio tropezamos con las mismas condiciones. Los impulsos hostiles contra nuestros semejantes sucumben desde nuestra niñez individual, como desde la época infantil de la civilización humana, a iguales limitaciones y a la misma represión progresiva que nuestros impulsos sexuales. No hemos llegado todavía a amar a nuestros enemigos ni a ofrecerles la mejilla izquierda cuando nos han golpeado la derecha y, además, todos aquellos preceptos morales de la limitación del odio activo se resienten de un vicio de origen: el de no hallarse destinados, cuando fueron dictados, más que a una pequeña comunidad de hombres de igual raza. De este modo, en tanto cuanto los hombres modernos nos consideramos como parte integrante de una nación, nos permitimos prescindir en absoluto de tales preceptos con respecto a otro pueblo extranjero. Pero dentro de nuestro propio círculo hemos realizado, desde luego, grandes progresos en el dominio de los sentimientos hostiles. Lichtenberg expresa esta idea en la siguiente acertada frase: "En las ocasiones en que ahora decimos "usted dispense" se andaba antes a bofetadas." La hostilidad violenta, prohibida por la ley, ha quedado sustituída por la invectiva verbal, y nuestra mejor inteligencia del encadenamiento de los sentimientos humanos nos roba por su consecuencia: "Tout comprendre c'est tout pardonner", una

parte cada día mayor de nuestra capacidad de encolerizarnos contra aquellos de nuestros semejantes que entorpecen nuestro camino. Dotados, en nuestra niñez, de enérgica disposición a la hostilidad, la cultura personal nos enseña, después, que es indigno el insulto. Desde que hemos tenido que renunciar a la expresión de la hostilidad por medio de la acción — impedidos de ello por un tercero desapasionado en cuyo interés se halla la conservación de la seguridad personal — hemos desarrollado, del mismo modo que en la agresión sexual, una nueva técnica del insulto que tiende a hacernos, de dicha tercera persona desapasionada, un aliado contra nuestro enemigo. Presentando a este último como insignificante, despreciable y cómico, nos proporcionamos indirectamente el placer de su derrota, de la que testimonia la tercera persona, que no ha realizado ningún esfuerzo, con sus risas.

Suponemos, pues, cuál puede ser el papel del chiste en la agresión hostil. Nos permitirá emplear contra nuestro enemigo el arma del ridículo, a cuyo empleo directo se oponen obstáculos insuperables y, por lo tanto, "elude" nuevamente "determinadas limitaciones y abre fuentes de placer que habían devenido inaccesibles". Inclinará asimismo, al oyente, a ponerse a nuestro lado sin gran examen de la bondad de nuestra causa, de igual manera que en otras ocasiones obramos nosotros, concediendo mayor estimación de la merecida al contenido de una frase chistosa, sobornados por el efecto del chiste inocente.

Véanse, por ejemplo, los chistes de N. expuestos en el capítulo anterior. Todos ellos son insultos. Es como si N. quisiera gritar a toda voz: "¡El ministro de Agricultura es un buey! ¡No me habléis de X.; ¡revienta la vanidad! ¡En mi vida he leído nada más aburrido que los artículos de ese historiador sobre Napoleón!" Pero su propia categoría social le hace imposible dar a sus juicios tal forma directa. Llaman, pues, éstos en su ayuda al chiste, que les asegura en el oyente una acogida mucho más favorable de la que, no obstante su posible certeza, hubieran obtenido expresados en forma no chistosa. Uno de estos chistes, el del "rojo Fadian"—quizá

el más arrollador de todos—es altamente instructivo. ¿Qué es lo que en él nos obliga a reir y nos aparta tan por completo de la cuestión de si aquello constituye o no una injusticia para con el infeliz escritor? Desde luego la forma chistosa. ¿Mas de qué reímos? Indudablemente de la persona misma que se nos presenta calificada de "rojo Fadian" y especialmente del rojo color de su pelo. Mas el hombre culto se ha acostumbrado a no reir de los defectos físicos, y además el poseer rojos cabellos no es tampoco un defecto que excite nuestra hilaridad. En cambio, sí es considerado como tal entre los colegiales o entre el pueblo bajo y hasta en el grado de cultura de algunos de nuestros representantes municipales y parlamentarios. Y sin embargo este chiste de N. ha hecho posible que nosotros, personas adultas de fina sensibilidad, riamos, como colegiales, de los rojos cabellos de X. No era ésta seguramente la intención de N., pero es muy dudoso que aquel que lanza un chiste se dé exacta cuenta de toda la intención del mismo.

Si, en este caso, el obstáculo opuesto a la agresión y que el chiste ayudó a eludir, era de orden interior—la repulsión estética al insulto—, otras veces puede asimismo ser puramente externo. Así, en el ejemplo en que Serenísimo pregunta al desconocido, cuya semejanza con su real persona le ha extrañado: "¿Su madre de usted sirvió alguna vez en Palacio?" y obtiene la rápida respuesta: "No, Alteza, pero sí mi padre." El interrogado hubiera querido maltratar de obra al descarado que con su alusión osaba insultar la memoria de una persona amada; pero el tal descarado es nada menos que Serenísimo, al que es imposible no ya maltratar de obra, sino ni siquiera de palabra, a menos de pagar la venganza con la propia vida. No habría, por lo tanto, más remedio que tragar en silencio la ofensa. Mas, afortunadamente, abre el chiste el camino a una venganza exenta de todo peligro, recogiendo la alusión y volviéndola, merced al medio técnico de la unificación, contra el ofensor. La impresión de lo chistoso queda aquí tan determinada por la tendencia, que, ante la chistosa respuesta, olvidamos que la pregunta del atacante es también, por sí misma, chistosa.

El estorbo del insulto o de la respuesta ofensiva, por circunstancias exteriores, es un caso tan frecuente, que el chiste tendencioso es usado con especialísima preferencia para hacer viable la agresión o la crítica contra superiores provistos de autoridad. El chiste representa entonces una rebelión contra tal autoridad, una liberación del yugo de la misma. En este factor yace asimismo el encanto de la caricatura, de la cual reímos aunque su cierto sea mínimo, simplemente porque contamos como mérito de la misma dicha rebelión contra la autoridad.

Esta idea de que el chiste tendencioso es tan grandemente apropiado para el ataque contra lo elevado, digno y poderoso, que se halla protegido por obstáculos interiores o circunstancias externas contra todo rebajamiento directo, nos fuerza a una especial concepción de determinados grupos de chistes que parecen dirigirse a personas de menor valer y más indefensas. Me refiero a las historietas sobre los intermediarios matrimoniales judíos, de las cuales hemos expuesto algunas al investigar las diversas técnicas del chiste intelectual. En varias de ellas, por ejemplo las de "También es sorda" y "¡Quién se atreve a prestar nada a esta gente!", hemos reído del intermediario como de un hombre imprudente y ligero que se nos hace cómico por escapársele la verdad automáticamente. ¿Pero corresponde, tanto lo que hemos averiguado de la naturaleza del chiste tendencioso como la magnitud de nuestra complacencia ante estas historietas, a la infeliz condición de las personas sobre las que el chiste parece reír? ¿Son éstos, adversarios dignos del chiste? ¿No parece más bien que el mismo presenta en primer término al intermediario matrimonial para herir, encubiertamente, algo más importante? No debemos despreciar estas sospechas.

La anterior interpretación de las historietas sobre los intermediarios judíos permite aún ser continuada. Cierto es que puedo no intentarlo y contentarme con ver en estas historietas, simples "cuentos", negándolas el carácter de chistes. Existe, pues, también, una condicionalidad subjetiva del chiste, que ha llamado ahora nuestra atención y que deberemos investigar más adelante. Tal condicionalidad marca que sólo

es un chiste aquello que yo admito como tal. Lo que para mí es un chiste, puede, para otra persona, ser simplemente una cómica historieta. Mas si un chiste permite esta duda, ello no puede ser más que por el hecho de que posee una fachada—en este caso cómica—en la que se detiene satisfecha la mirada de unos, mientras que otros intentan ver lo que hay detrás. Podemos, igualmente, sospechar que esta fachada se halla destinada a deslumbrar la mirada inquisitiva y que, por lo tanto, tales historietas tienen algo que ocultar.

De todos modos, si estas historietas son chistes, lo son de excelente calidad, pues gracias a su fachada pueden ocultar no sólo lo que tienen que decir, sino hasta que tienen que decir algo prohibido. Pero podemos intentar una interpretación, que descubra lo prohibido y revele a estas historietas de cómica fachada como chistes tendenciosos: Todo aquel que en un momento de distracción deja escapar la verdad, se alegra en realidad de verse libre del impuesto disfraz. Esto es un probado hecho psicológico. Sin un tal consentimiento interior nadie se deja dominar por el automatismo que hace aquí surgir la verdad (1). Mas con tal automática confesión se transforma la ridícula personalidad del intermediario en simpática y digna de compasión. Qué felicidad debe de ser para el pobre hombre poder arrojar por fin la carga del engaño, cuando aprovecha en el acto la primera ocasión para gritar al novio toda la verdad. En cuanto se da cuenta de que todo se ha perdido y que la propuesta novia no es del gusto de su cliente, confiesa encantado todos los demás defectos de la primera, que el segundo no ha observado todavía, o aprovecha la ocasión para exponer, por medio de un detalle, un decisivo argumento con el que expresa su desprecio por las gentes a cuyo servicio viene actuando: "¡Quién se atreve a prestar nada a esta gente!" Todo el ridículo cae entonces, no sólo sobre la familia de la novia, de la que en el resto de la historieta apenas si se ha hablado y que es capaz de poner en prác-

(1) Es éste el mismo mecanismo que rige las "equivocaciones orales" y otros fenómenos en los que el sujeto descubre sus ocultos pensamientos. Véase la "Psicopatología de la vida cotidiana", volumen I de esta Biblioteca.

tica un tal engaño con tal de colocar a la muchacha, sino también sobre la miserable condición moral de tales mujeres, que se dejan casar de un modo tan poco decoroso, y sobre la indignidad de los matrimonios celebrados merced a semejantes manejos. El intermediario es, precisamente, el llamado a exponer esta crítica por ser el que mejor enterado está de tan vergonzosos expedientes, pero no puede hacerlo abiertamente, pues es un pobre diablo que tiene que vivir de ellos. En un idéntico conflicto se encuentra también el espíritu popular que ha creado esta historieta y otras semejantes, pues sabe muy bien que la santidad del matrimonio padece mucho con el descubrimiento de los incidentes que acompañaron su preparación.

Recordemos también cómo en la investigación de la técnica del chiste observamos que el contrasentido que aparece en el mismo es con frecuencia una sustitución de la burla o la crítica existente en los pensamientos que tras del chiste se esconden, cosa en la que la elaboración del chiste actúa en forma idéntica a la de los sueños. Ahora encontramos confirmado de nuevo este estado de cosas. Tales burla y crítica no se refieren al intermediario, según pudiera deducirse de los ejemplos anteriores, pues existe toda otra serie de chistes de igual género en los que el mismo nos es presentado, muy al contrario, como persona en extremo inteligente, cuya dialéctica sabe vencer toda dificultad. Son estas últimas, historietas de fachada lógica en lugar de cómica, chistes intelectuales sofísticos. En uno de ellos, el intermediario se las arregla para cerrar la boca al novio, que se queja de la cojera de la muchacha, con una razón incontrovertible en apariencia. La cojera de la novia es por lo menos un "hecho consumado", mientras que otra mujer libre de tal defecto, con la que pudiera casarse, estaría siempre en peligro de caer, rompiéndose una pierna, y entonces vendrían los dolores, la enfermedad y los gastos consiguientes, cosas todas que podría ahorrarse matrimoniando a la ya coja. Asimismo, en otra historieta análoga, se las arregla el intermediario para rechazar con excelentes argumentos toda una serie de inconvenientes aducidos por el novio y salir luego al paso del úl-

timo, irrefutable ya, con la exclamación: "¡Hombre, alguna falta había de tener!", como si de las anteriores alegaciones no hubiese de haber quedado necesariamente un suficiente resto. No es difícil señalar, en estos dos ejemplos, el punto débil de la argumentación y así lo hemos hecho al investigar su técnica. Mas ahora nuestro interés se dirige hacia otro lado. Si las frases del intermediario muestran una tal apariencia lógica, que se desvanece en cuanto las sometemos a un reflexivo examen, ello se debe a que, en el fondo, es a él a quien el chiste da la razón. Pero, no atreviéndose a dársela rigurosamente en su contenido ideológico, lo hace por medio de la apariencia lógica que presenta su expresión verbal. Sin embargo, en este caso, como en otros muchos, la chistosa fachada deja entrever la interior seriedad. No será, pues, equivocado, aceptar que todas las historietas que presentan una fachada lógica quieren realmente decir aquello que afirman basándose en fundamentos intencionadamente defectuosos. Este empleo del sofisma para la encubierta exposición de la verdad es precisamente lo que les presta el carácter de chiste, el cual depende, por lo tanto, principalmente, de la tendencia. Aquello que las dos historietas que ahora analizamos quieren indicar, es que el pretendiente resulta ridículo rebuscando tan cuidadosamente las cualidades de la novia, que todas le resultan negativas, sin tener en cuenta que, sea ésta u otra cualquiera la mujer que ha de hacer suya, siempre será una criatura humana con sus inevitables defectos, mientras que las únicas cualidades que harían posible el matrimonio, salvando la más o menos defectuosa personalidad de la mujer, serían la mutua inclinación y la recíproca disposición a adaptarse cariñosamente, cosas ambas a las que ni siquiera se hace la menor alusión en todo el trato.

La burla contra el pretendiente, contenida en todos estos ejemplos, en los que el intermediario desempeña, con gran propiedad, el papel de hombre superior, aparece mucho más definida en otras historietas análogas. Cuanto más precisas son estas historietas, menos técnica poseen, constituyendo tan sólo casos límites del chiste, con cuya técnica no presentan más punto común que la formación de una fachada. Pero a

causa de su tendencia y de la ocultación de la misma tras de una fachada, adquieren totalmente el efecto de un chiste. La pobreza de sus medios técnicos explica también que muchos chistes de esta clase no puedan prescindir, en su expresión, sin perder gran parte de su poder, del "argot", elemento cómico de efecto análogo al de la técnica del chiste.

Expondremos aquí una de estas historietas, que poseyendo toda la fuerza del chiste tendencioso, no deja traslucir indicio alguno de la técnica del mismo. El intermediario pregunta: "¿Qué cualidades exige usted de la novia?"—Respuesta: "Tiene que ser bonita, rica e instruída."—"Bien—replica el intermediario—; pero de eso hago yo tres partidos." Aquí la burla del intermediario es expresada directamente y ya no encubierta por los ropajes del chiste.

En los ejemplos expuestos hasta ahora, la encubierta agresión se dirigía aún contra personas; así, en los chistes matrimoniales, contra todas las partes interesadas en la boda: novia, pretendiente y familia. Mas el chiste puede atacar igualmente a aquellas instituciones, personas representativas de las mismas, preceptos morales o religiosos, e ideas, que por gozar de elevada consideración, sólo bajo la máscara del chiste, y precisamente de un chiste cubierto por su correspondiente fachada, nos atrevemos a arremeter contra ellas. Obraremos, a mi juicio, acertadamente, reuniendo estos chistes bajo una denominación especial, que determinaremos después de analizar algunos ejemplos de esta clase.

Recordemos ahora los ejemplos del arruinado "gourmet" y el alcohólico profesor, que incluímos entre los chistes sofísticos por desplazamiento, y prosigamos su interpretación. Hemos visto, después, que cuando la fachada de una historieta muestra una apariencia lógica, el pensamiento de la misma da la razón a su protagonista, pero cohibido por determinados obstáculos, no se ha atrevido a verificarlo más que en un solo punto en el que la sinrazón del sujeto es fácilmente demostrable. La "pointe" elegida, es la justa transacción entre su razón y su sinrazón, término medio que, naturalmente, no resuelve el dilema, pero sí corresponde al conflicto que en nosotros mismos nace al tratar de enjuiciar el

caso. Ambas historietas son, sencillamente, epicúreas, pues lo que quieren decir es: "Sí; ese hombre tiene razón; no hay nada superior al placer y es indiferente la forma en que podamos proporcionárnoslo." Esto parece francamente inmoral y en el fondo no es otra cosa que el "carpe diem" del poeta, basado en la inseguridad de la vida humana y en la esterilidad de la renunciación virtuosa. Si la idea de que el arruinado "gourmet" del chiste obra justamente no privándose de su plato favorito, repugna tanto a nuestra conciencia, ello se debe tan solo a tratarse aquí de un placer inferior que nos parece fácilmente renunciable. En realidad, todos y cada uno de nosotros hemos tenido épocas en las que hemos dado la razón a esta filosofía, rebelándonos contra una moral que sólo sabe exigirnos continuos sacrificios sin ofrecernos compensación alguna. Desde que la existencia de un más allá, en el que toda renunciación ha de ser premiada, no es aceptada ya por los hombres—y habría además muy pocos creyentes si la fe se midiera por la capacidad de renunciación—, se ha convertido el "carpe diem" en una seria advertencia. Quisiéramos aplazar la satisfacción ¿pero sabemos acaso si mañana nos hallaremos aún en vida?

"Di doman' non c'è certezza" (1).

Renunciaríamos con gusto a aquellos caminos de la satisfacción que la sociedad nos prohibe, ¿mas estamos seguros de que aquélla premiará tal renuncia abriéndonos — aunque sea tras de una larga espera—un camino permitido? Puede decirse en alta voz lo que estos chistes se atreven tan sólo a murmurar, esto es, que los deseos y anhelos de los hombres tienen un derecho a hacerse oir al lado de las amplias y desconsideradas exigencias de la moral, y no ha faltado en nuestros días quien con acertada y firme frase ha dicho que nuestra moral es únicamente la egoísta prescripción de una minoría de ricos y poderosos que pueden satisfacer a toda hora, sin aplazamiento alguno, todos sus deseos. Hasta tanto que la medicina no haya logrado asegurar nuestra vida, y contribuyan las normas sociales a hacerla más satisfactoria, no podrá ser ahogada en nosotros la voz que se alza contra las

(1) Lorenzo de Médicis.

exigencias de la Moral. Por lo menos, todo hombre sincero ha de hacerse íntimamente esta confesión. Sólo indirectamente y mediante una nueva ideología es posible resolver este conflicto. Debemos ligar nuestra vida a la de los demás e identificarnos con ellos de tal modo, que la brevedad de la propia duración resulte superable. Pensando así, no debemos intentar a toda costa la satisfacción de nuestras necesidades, aun por caminos indebidos, sino que deberemos dejarlas insatisfechas, dado que sólo la perduración de tantos deseos incumplidos puede desarrollar un día poder suficiente para transformar el orden social. Mas como no todas las necesidades personales pueden ser desplazadas de este modo y transferidas a otros, no existirá, por lo tanto, una general y definitiva solución del conflicto.

Sabemos, pues, ya, cómo hemos de denominar los chistes del género últimamente analizado: son chistes "cínicos". Lo que en ellos ocultan es un "cinismo".

Entre las instituciones que el chiste cínico acostumbra a atacar, ninguna posee mayor importancia ni se halla más protegida por los preceptos morales, que el matrimonio, pero también ninguna otra invita más al ataque. De aquí que sea aquella sobre la que ha caído mayor cantidad de chistes cínicos. No existe aspiración personal más enérgica que la de la libertad sexual, y en ningún otro sector ha intentado ejercer la civilización una opresión más fuerte que en el de la sexualidad. Para nuestras intenciones nos bastará con un único ejemplo que ya expusimos en páginas anteriores.

"La mujer propia es como un paraguas. Siempre se acaba por tomar un simón." Ya analizamos la complicada técnica de este ejemplo. Se trata de una comparación desconcertante y, en apariencia, imposible, pero que como ahora vemos, no es chistosa en sí. A más, una alusión ("simón" o "coche público") y, en calidad de enérgico medio técnico, una omisión que la hace casi ininteligible. La comparación podría explicarse en la siguiente forma: Se casa uno para asegurarse contra los ataques de la sexualidad y luego resulta que el matrimonio no permite la total satisfacción de la misma, exactamente como sucede cuando se toma un paraguas para librarse de la lluvia y, sin embargo, se moja uno en cuanto

el agua cae con cierta violencia. En ambos casos tiene uno que buscar una más eficaz protección, un coche público o una mujer asequible por dinero. De este modo queda el chiste casi por completo sustituído por un cinismo. Que el matrimonio no es suficiente a satisfacer la sexualidad del hombre es cosa que no nos atrevemos a declarar abierta y públicamente, a menos que no nos impulse a ello un amor a la verdad y un celo reformador como los de Cristián von Ehrenfels (1). La fuerza de este chiste consiste en haber expresado tal idea, aunque con toda clase de rodeos.

Un caso especialmente favorable para el chiste tendencioso, aparece cuando la crítica rebelde se dirige contra la propia persona, en tanto cuanto forma parte de una colectividad; por ejemplo, la propia raza o nacionalidad. Esta condición de la autocrítica nos explica que precisamente sobre el suelo de la vida popular judía haya fructificado una gran cosecha de excelentes chistes, de la que hemos dado suficientes muestras en páginas anteriores. Son historietas creadas por individuos del pueblo judío y dirigidas contra peculiaridades de su propia raza. Los chistes que sobre los judíos han sido hechos por personas no pertenecientes a su pueblo, son generalmente brutales chanzas, en las que todo chiste es ahorrado por el hecho de constituir siempre el judío, para los extraños, una figura cómica. También los chistes de los judíos sobre sí mismos conceden este hecho, pero su mejor conocimiento de sus verdaderos defectos y de la conexión de éstos con sus buenas cualidades, así como la participación de la propia persona en lo criticable, crean la condición subjetiva de la elaboración del chiste, muy difícil de establecer en otro caso.

Como ejemplo de este género, indicaremos aquella historieta, ya antes expuesta, en la que un judío depone toda corrección en cuanto ve que su nuevo compañero de viaje es un correligionario. Hemos examinado este chiste como un caso de exposición por una minucia, y su misión es indicarnos la democrática manera de pensar de los judíos, que no reconocen entre ellos superiores e inferiores, concepción que, si

(1) Politisch-anthropologischen Revue II, 1903.

bien tiene su lado bueno, impide también toda disciplina y toda acción conjunta. Otra serie de chistes, especialmente interesante, describe las relaciones entre los judíos ricos y sus correligionarios pobres. Los héroes de estas historias son el mísero "sablista" y el rico negociante o ennoblecido barón: "El sablista, que acude a almorzar todos los domingos a la misma casa, aparece un día acompañado de un joven desconocido que pasa con él al comedor. "¿Quién es este joven?", pregunta el dueño de la casa. "Mi yerno—responde el invitado—; se casó con mi hija la semana pasada y me he comprometido a darle de comer durante un año." Todos estos chistes poseen igual tendencia, que se nos muestra claramente en otra historieta ya expuesta: "El sablista pide al rico barón el dinero necesario para pasar una temporada en Ostende, pues el médico le ha recomendado los baños de mar. El barón encuentra que Ostende es un lugar carísimo y que en cualquiera otra playa más modesta tendrían los baños iguales efectos medicinales. Pero el sablista rechaza la idea, exclamando: "Tratándose de mi salud, nada me parece caro." Es éste un excelente chiste por desplazamiento, que podemos tomar como modelo de su género. El barón quiere ahorrarse dinero, mas el sablista le responde como si el dinero del barón fuera el suyo propio, que sí podría él sacrificar a su salud. El descaro de su pretensión nos invita a reir, pero, excepcionalmente, no están estos chistes provistos de una fachada que induzca en error su comprensión. La verdad que en ellos se esconde es que el sablista, que trata imaginativamente el dinero del barón como si fuese suyo, tiene—conforme a los sagrados preceptos del pueblo judío—un casi pleno derecho a obrar así. Naturalmente, la rebelión que ha dado origen a este chiste se dirige contra tal ley, que constituye una penosa carga para los más piadosos.

Otra historieta: "Un sablista encuentra en la escalera de un rico negociante, a otro pobre diablo del mismo oficio, que le aconseja no continúe su camino: "No subas hoy; el barón está de mal humor. Lo más que da es un florín".—"¡Ya lo creo que subo!—responde el primero—. ¿Por qué he de regalarle un florín? ¿Acaso me regala él algo a mí?"

Este chiste se sirve de la técnica del contrasentido, ha-

ciendo afirmar al sablista, que el barón no le regala nada en el mismo momento en que se dispone a mendigar su regalo. Pero el contrasentido es tan sólo aparente, pues es casi cierto que el rico barón no le regala nada, obligado como está por la ley religiosa a dar limosna, y debe incluso agradecer al sablista que le dé ocasión de ejercer la caridad. La vulgar concepción burguesa de la limosna se halla aquí en contradicción con la religiosa, y se rebela abiertamente contra ella en otra historieta en la que el barón, emocionado ante la lamentable historia que el sablista le cuenta, llama a sus criados y exclama: "¡Echad a este hombre. Me está angustiando con sus lástimas!" Esta franca exposición de la tendencia constituye un nuevo caso límite del chiste. De la queja no chistosa: "No es realmente ventaja ninguna ser rico, siendo judío. La miseria ajena no le deja a uno gozar de la propia felicidad", no se alejan estas dos últimas historietas casi más que por su exposición en forma anecdótica.

Otras historietas que representan asimismo, técnicamente, casos límites del chiste, testimonian de un cinismo profundamente pesimista: "Un sordo consulta su dolencia al médico, el cual diagnostica que la sordera es debida al abuso que el paciente hace de las bebidas espirituosas, y como primera medida curativa le aconseja una completa abstención. Tiempo después, el médico encuentra en la calle al enfermo y le pregunta, alzando la voz, por su estado de salud. "Ya estoy bien — responde el interrogado—. No necesita usted gritarme. Dejé de beber aguardiente y he recobrado el oído." De nuevo pasa el tiempo y vuelven a encontrarse ambos individuos. El médico se dirige ya esta vez a su cliente en voz natural, pero advierte que no le oye. "Me parece que ha vuelto usted a beber — le grita entonces — y por eso no oye bien otra vez." "Puede que tenga usted razón — responde el sordo—. He vuelto a beber aguardiente y le voy a explicar a usted por qué. Mientras dejé de beber oía bien, pero nada de lo que oía era tan bueno como el aguardiente." Este chiste carece de todo medio técnico; el "argot" y las artes del relato tienen que contribuir a provocar la risa, mas detrás de ella espía una triste interrogación: ¿No tendrá el individuo razón sobrada en elegir como lo ha hecho?

Estas historietas pesimistas aluden todas ellas a la diversa y desesperanzada miseria de los judíos, y a causa de esta conexión tenemos que incluirlas entre los chistes tendenciosos.

Otros chistes, cínicos en análogo sentido, y no todos judíos, atacan a los dogmas religiosos y a la misma fe. La historia de la "visión del rabino", cuya técnica consistía en el error intelectual de la equivalencia de fantasía y realidad (también sería defendible su inclusión entre los chistes por desplazamiento), es uno de tales chistes cínicos o críticos, que se dirige contra los hacedores de milagros y seguramente contra la fe en estos últimos. Un chiste directamente blasfemo sería el que se atribuye a Heine en su agonía. Cuando el sacerdote le exhortaba cariñosamente a confiar en la gracia divina y a esperar que hallaría en Dios perdón para sus pecados, hubo de contestar: "Bien sûr qu'il me pardonnera; *c'est son métier.*" Es ésta una depresiva comparación y, técnicamente, no posee más valor que el de una alusión. Mas la fuerza del chiste se halla en su tendencia. Lo que quiere decir es: "Claro que me perdonará, para eso está y para eso, precisamente, me lo he procurado" (como se procura uno un médico o un abogado). De este modo se halla viva aún, en el impotente agonizante, la conciencia de haber creado a Dios y haberle conferido un determinado poder para servirse de él en la ocasión propicia. La criatura mortal se da a conocer, aun en el momento de su destrucción, como creadora.

* * *

A las especies, hasta ahora examinadas, del chiste tendencioso, o sea a los chistes desnudador u obsceno, agresivo (hostil) y cínico (crítico, blasfemo), queremos agregar, como la más rara, una nueva, cuyo carácter aclararemos por medio de un excelente ejemplo:

"Dos judíos se encuentran en un vagón de un ferrocarril de Galicia. "¿Dónde vas?", pregunta uno de ellos. "A Cracovia", responde el otro. "¿Ves lo mentiroso que eres? —

salta indignado el primero—. Si dices que vas a Cracovia es para hacerme creer que vas a Lemberg. Pero ahora sé que de verdad vas a Cracovia. ¿Entonces para qué mientes?"

Esta graciosísima historieta, que demuestra un gran ingenio, actúa claramente por medio de la técnica del contrasentido. ¿De manera que el judío se ve acusado de mentiroso por haber dicho que va a Cracovia, término efectivo de su viaje? Este enérgico medio técnico — el contrasentido — se halla sin embargo apareado en este caso con una técnica distinta, la exposición antinómica, pues conforme a la no rebatida afirmación del primero, el segundo miente cuando dice la verdad y dice la verdad por medio de una mentira. El más serio contenido de este chiste es, sin embargo, la interrogación que abre sobre las condiciones de la verdad: señala nuevamente un problema y aprovecha la inseguridad de uno de nuestros usuales conceptos. ¿Decimos verdad cuando describimos las cosas tal y como son, sin ocuparnos de cómo interpretará nuestras palabras el que nos oye? ¿O es ésta tan sólo una verdad jesuítica y la legítima veracidad consistirá más bien en tener en cuenta al que nos escucha y procurarle un fiel retrato de su propio conocimiento? Los chistes de este género me parecen suficientemente distintos de los demás para colocarlos en lugar aparte. Aquello que atacan no es una persona ni una institución, sino la seguridad de nuestro conocimiento mismo, uno de nuestros bienes especulativos. Les corresponderá, por lo tanto, el nombre de chistes "escépticos".

* * *

En el curso de nuestro examen de las tendencias del chiste hemos conseguido numerosas aclaraciones y hallado muchas cosas que nos impulsan a proseguir nuestra investigación; pero los resultados obtenidos en este capítulo plantean, al agregarse a los que deducimos en el anterior, un difícil problema. Si es cierto que el placer que el chiste produce depende, por un lado, de la técnica, y por otro, de la tendencia; ¿desde qué punto de vista común se dejarán reunir estas dos fuentes de placer — tan diversas — del chiste?

B. PARTE SINTETICA

IV

EL MECANISMO DE PLACER Y LA PSICOGENESIS DEL CHISTE

Conocemos ya de qué fuente proviene el singular placer que el chiste nos proporciona. Podemos incurrir en el error de confundir el agrado que el contenido ideológico del dicho chistoso nos produce, con el placer privativo del chiste mismo, pero sabemos que este placer posee dos fuentes esenciales, la técnica y las tendencias del chiste. Lo que ahora quisiéramos averiguar es en qué forma surge el placer, de estas fuentes, o sea cuál es el mecanismo del efecto de placer; y como suponemos que esta investigación nos ha de ser más fácil en el chiste tendencioso que en el inocente, comenzaremos por el primero nuestro análisis.

En el chiste tendencioso, surge el placer ante la satisfacción de una tendencia que, sin el chiste, hubiera permanecido incumplida. No creo ya necesario insistir en las causas de que una tal satisfacción constituya una fuente de placer. Mas la forma en que el chiste la consigue se halla ligada a condiciones especiales, cuyo examen puede ampliar considerablemente nuestros conocimientos. Debemos distinguir dos casos. El más sencillo es aquel en que a la satisfacción de la tendencia se opone un obstáculo exterior que es eludido por el

chiste. Así, en la respuesta que Serenísimo recibe a su impertinente pregunta y en la frase del crítico de arte al que los enriquecidos especuladores muestran sus retratos. En el primer ejemplo, la tendencia es la de replicar a una ofensa con otra equivalente; en el segundo, la de pronunciar un insulto en lugar de las esperadas manifestaciones admirativas. Y lo que en ambos se opone a dichas tendencias es un factor puramente externo: el poder o la autoridad de las personas a quienes la ofensa va dirigida. Extrañamos, sin embargo, que estos chistes y otros análogos de naturaleza tendenciosa, carezcan, a pesar de obtener nuestro beneplácito, de la facultad de producir un intenso efecto hilarante.

Muy distinta es la cuestión cuando no son factores externos sino un obstáculo interior lo que se opone a la directa satisfacción de la tendencia, esto es, cuando un sentimiento íntimo se coloca frente a ella. Así sucede, a nuestro juicio, en los agresivos chistes de N., persona en la que una marcada tendencia a la invectiva aparece vigilada y contenida por una elevada cultura estética. Mas, con ayuda del chiste, queda, en este caso, vencido el obstáculo interior y suprimida la coerción, proceso que, como en los ejemplos de obstáculos exteriores, hace posible la satisfacción de la tendencia y evita, además, una cohibición y el "estancamiento psíquico" que la acompaña.

Al llegar a este punto de nuestra labor, nos sentimos inclinados a penetrar más profundamente en las diferencias que la situación psicológica ha de presentar, según la clase del obstáculo, pues sospechamos que la aportación de placer es mucho más grande al ser removido un obstáculo interno que cuando se trata de uno exterior. Pero creemos será más prudente declararnos satisfechos, por el momento, con uno de los resultados ya obtenidos, esencial para la prosecución de nuestro trabajo y que podemos formular en la forma siguiente: Los casos de obstáculo exterior y los de obstáculo interior se diferencian entre sí tan sólo en que en los segundos se remueve una coerción preexistente, y en los primeros lo que se hace es evitar la formación de una nueva.

No creemos constituya ningún atrevimiento especulativo afirmar ahora, que tanto para la formación como para el man-

tenimiento de una coerción psíquica es necesario un "gasto psíquico". Y si agregamos a esto, que en ambos casos del empleo del chiste tendencioso se consigue una aportación de placer, no será muy aventurada la hipótesis "de que tal aportación de placer corresponde al gasto psíquico ahorrado."

De este modo habríamos llegado de nuevo al principio de la "economía", con el que topamos por vez primera al ocuparnos de la técnica del chiste verbal. Mas, si entonces creímos hallar el ahorro en el empleo del menor número posible de palabras o en el de palabras iguales, sospechamos ahora la existencia de una más amplia y general economía de gasto psíquico y tenemos que dar paso a la esperanza de que una más precisa determinación de este concepto — aún oscuro — del "gasto psíquico", nos aproxime considerablemente al conocimiento de la esencia del chiste.

Al examinar el mecanismo del placer en el chiste tendencioso, no pudimos vencer, por completo, una cierta imprecisión, y tuvimos que aceptarla resignadamente, como castigo a nuestro atrevimiento de anteponer lo complicado a lo sencillo, intentando esclarecer el chiste tendencioso antes que el inocente. Pasaremos, pues, ahora, al examen de este último; mas, antes de hacerlo, dejaremos establecida nuestra hipótesis de que el secreto del efecto de placer del chiste tendencioso consiste en el "ahorro de gasto de coerción o cohibición."

De aquellos ejemplos de chiste inocente en los que no existía peligro alguno de que nuestro juicio fuera inducido en error por el contenido o la tendencia, tuvimos que deducir la conclusión de que las técnicas del chiste son, por sí mismas, fuentes de placer. Examinemos ahora si tal placer puede ser atribuído al ahorro de gasto psíquico. En un grupo de estos chistes (los juegos de palabras), consistía la técnica en dirigir nuestra atención psíquica hacia el sonido de las palabras en lugar de hacia su sentido y dejar que la imagen verbal (acústica) se sustituyese a la significación determinada por relaciones con las representaciones objetivas. Parece justificado sospechar que este proceso origina una considerable minoración del trabajo psíquico y que, inversamente, el abs-

tenernos de este cómodo procedimiento, en el apropiado y riguroso empleo de las palabras, es cosa que no llevamos a cabo sin un cierto esfuerzo. Podemos, asimismo, observar que en aquellos estados patológicos de la actividad mental en los que se halla efectivamente limitada la posibilidad de concentrar gasto psíquico en un punto determinado, la imagen sonora de las palabras se sustituye a la significación de las mismas, y el enfermo avanza en su discurso siguiendo las asociaciones "externas" de la representación verbal, en lugar de las "internas". También en el niño, acostumbrado aún a manejar las palabras como objetos, observamos la tendencia a buscar tras de un mismo o análogo sonido verbal, igual significación, tendencia que es fuente de graciosos errores que hacen reír a los adultos. Cuando después, en el chiste, hallamos un innegable placer al trasladarnos, por el uso de la misma palabra o de otra análoga, de un círculo de representación a otro muy lejano (como en el ejemplo del "home-roulard", desde el de la cocina al de la política), este placer puede muy bien atribuirse al ahorro de gasto psíquico. El placer que proporciona un tal "corto circuito" parece asimismo ser tanto mayor cuanto más extraños son entre sí los dos círculos de representaciones enlazados por la palabra igual, esto es, cuanto más alejados se hallan uno de otro y, por lo tanto, cuanto mayor es el ahorro de camino mental procurado por el medio técnico del chiste. Anotemos, por último, que el chiste se sirve aquí de un medio de conexión que es rechazado y cuidadosamente evitado por el pensamiento regular (1).

---

(1) Adelantándome a la exposición que en el texto voy realizando, aclararé aquí la condición que parece servirnos de norma para declarar que un chiste es "bueno o malo". Cuando, mediante una palabra de doble sentido o escasamente modificada, nos hemos trasladado, por un brevísimo camino, de un círculo de representaciones a otro, pero sin que entre ambos aparezca simultáneamente una significativa conexión, habremos hecho un "mal" chiste. En este mal chiste, la palabra que lo produce es la única conexión existente entre las dos representaciones dispares. Un tal caso es el ejemplo "home-roulard", antes indicado. En cambio, surge un buen chiste cuando queda realizada la esperanza infantil de que a la analogía de las palabras corresponda real y simultáneamente una esencial analogía del sentido. Así, en el ejemplo "traduttore-tradittore". Las dos representaciones dispares, que son aquí enlazadas por una asociación exterior, se

Un segundo grupo de medios técnicos del chiste — unificación, similicadencia, múltiple empleo, modificación de conocidos modismos, alusión a citas literarias — muestra el definido carácter común de ofrecernos algo ya conocido allí donde esperábamos encontrar algo nuevo. Este reencuentro de lo conocido es en extremo placiente y no hallamos dificultad alguna para reconocer tal placer como placer de ahorro y atribuirlo al ahorro de gasto psíquico.

Parece generalmente aceptado el hecho de que el reencuentro de lo conocido produce placer. Así, escribe Groos (1): "El reconocimiento se halla siempre ligado, allí donde no ha llegado a mecanizarse excesivamente (como en el acto de vestirnos, etc.), a sensaciones de placer. Ya la simple cualidad de lo conocido se muestra acompañada por aquel suave bienestar que invade a Fausto cuando tras de un sospechoso encuentro penetra de nuevo en su laboratorio"... "Si el acto del reconocimiento es, de este modo, productor de placer, podremos esperar que el hombre incurra en el deseo de ejercitar esta facultad por sí misma y, por lo tanto, experimente con ella en juego. Efectivamente, Aristóteles ve en la alegría del reconocimiento la base del goce artístico, y no puede negarse que este principio no debe ser perdido de vista aunque no posea una tan amplia significación como Aristóteles le atribuye."

Groos analiza después los juegos, cuyo carácter consiste en intensificar la alegría del reconocimiento, colocando obs-

---

hallan, además, en una conexión plena de sentido, que demuestra la existencia de un parentesco de esencia entre las mismas. La asociación exterior no hace más que sustituirse a la conexión interna y sirve para indicarla o precisarla. El "traductor" no sólo tiene un nombre parecido al de "traidor", sino que es también una especie de traidor; lleva, pues, con toda razón, un nombre análogo.

La diferencia aquí señalada, coincide con la distinción, que más adelante estableceremos, entre "chanza" y "chiste". Pero no sería justo excluir ejemplos como el del "home-roulard" de la discusión sobre la naturaleza del chiste, pues atendiendo al singular placer que el mismo nos proporciona, hemos de reconocer que los chistes "malos" no son malos como tales chistes, esto es, no son incapaces de producir placer.

(1) Die Spiele des Menschen, 1899.

táculos en el camino del mismo, esto es, provocando un "estancamiento psíquico" que es suprimido por el acto del reconocimiento. Mas en su intento explicativo, abandona la hipótesis de que el reconocimiento es placiente por sí mismo y refiere el placer que en estos juegos, se produce a la "alegría" de la conciencia del "poder" o de la superación de una dificultad. A nuestro juicio, este último factor es secundario y no vemos en él motivo alguno para abandonar nuestra más sencilla hipótesis de que el reconocimiento es placiente en sí, esto es, por la aminoración del gasto psíquico, y que los juegos fundados en la consecución de este placer se sirven del mecanismo del estancamiento psíquico, exclusivamente para elevar la magnitud del mismo.

Se acepta, asimismo, que la rima, la aliteración, el estribillo y otras formas de la repetición de sonidos verbales análogos, en la poesía, utilizan la misma fuente de placer, o sea, el reencuentro de lo conocido. En estas técnicas que tantas coincidencias muestran con la del "múltiple empleo", en el chiste, no desempeña papel alguno visible un "sentimiento de poder".

Dada la estrecha relación existente entre reconocimiento y recuerdo, no creemos muy aventurada la hipótesis de que existe también un placer de recuerdo, esto es, que el acto de recordar produce por sí mismo una sensación de placer de análogo origen. Groos no parece muy contrario a una tal hipótesis, pero deriva nuevamente el placer del recuerdo, de aquella "sensación de poder" en la que, erróneamente, a nuestro juicio, busca la razón principal del goce en casi todos los juegos.

En el "reencuentro de lo conocido" reposa también el empleo de otro medio auxiliar técnico del chiste, del que no hemos hablado hasta ahora. Me refiero al factor "actualidad" que, a más de constituir en muchos chistes una generosa fuente de placer, explica varias singularidades de la historia vital del dicho chistoso.

Por razones harto comprensibles no nos es posible utilizar como ejemplos, en un tratado sobre el chiste, más que aquellos que precisamente carecen de esta condición de "actualidad". Pero no debemos olvidar que quizá más que de tales

chistes perennes, hemos reído de otros que ahora ya no nos decidimos a comunicar, porque necesitarían de largos comentarios y ni con este auxilio llegarían a producir el efecto que antes alcanzaron. Tales chistes no contenían más que alusiones a personas o sucesos que en épocas pasadas fueron "de actualidad", habiendo despertado y conservado durante un cierto tiempo el interés general. Extinguido este interés y terminado el suceso correspondiente, perdieron ya estos chistes una gran parte de su efecto placiente. Así, el chiste que sobre el postre que nos servían hizo nuestro anfitrión, calificándolo de "home-roulard", no me parece ahora tan bueno como entonces cuando el Home-Rule era uno de los temas imprescindibles en la sección política de todo periódico. Si ahora intento realzar el mérito de este chiste por la circunstancia de que la palabra en la que reside nos conduce, ahorrándonos un largo rodeo mental, desde el círculo de representaciones de la cocina al tan lejano a éste, de la política, en aquella época hubiera tenido que modificar mi descripción, diciendo que "la palabra chistosa nos conducía desde el círculo de representaciones de la cocina al de la política, muy alejado del primero, pero que había seguramente de interesarnos por estar ocupando de continuo nuestra atención". Otro chiste: "Esa muchacha me recuerda a Dreyfus; el ejército no cree en su inocencia", ha perdido hoy también gran parte de su efecto, a pesar de que sus medios técnicos no han sufrido modificación alguna. El desconcierto producido por la comparación en él expuesta y el doble sentido de la palabra "inocencia", no son suficientes para compensar la pérdida de efecto que supone el que la alusión, dirigida entonces a un suceso reciente y revestido de interés inmediato, recuerde hoy tan sólo algo ya indiferente y casi olvidado. Otros chistes de esta clase, que hoy nos producen irresistible efecto, lo perderán en gran parte dentro de poco tiempo y, más tarde, cuando sea imposible relatarlos sin el auxilio de un comentario aclaratorio, serán totalmente nulos a pesar de todas las excelencias de su técnica.

Una gran cantidad de los chistes lanzados a la circulación recorre de este modo un curso vital, en el que a una época de florecimiento sucede otra de decadencia y luego

un total olvido. Mas por cada chiste que de este modo perece creamos, impulsados por la necesidad de extraer placer de nuestros propios procesos mentales, y apoyándonos en los nuevos intereses "de actualidad", otro que lo sustituye. La fuerza vital de este género de chistes no es algo a ellos inherente, sino tomado, por medio de la alusión, de aquellos otros intereses cuyo curso determina los destinos del chiste. El factor actualidad, que se agrega como una pasajera pero generosa fuente de placer a las propias del chiste mismo, no puede ser juzgado equivalente al reencuentro de lo conocido. Trátase más bien de una serie de cualidades especiales de lo conocido, o sea las de ser reciente y preciso y no hallarse aún empañado por el olvido. También en la formación de los sueños hallamos una especial preferencia por lo reciente y no podemos por menos de sospechar que la asociación con lo inmediato es recompensada con una especial prima de placer, o sea facilitada.

La unificación, que no es otra cosa que la repetición, pero ya no en el sector del material verbal, sino en el del contenido ideológico, ha sido considerada por Th. Fechner como una especial fuente de placer del chiste. Así, escribe este autor (Vorschule der Aesthetik, I, XVII): "A mi juicio, el principio de la conexión unitaria de lo diverso, desempeña, en el sector de que nos ocupamos, el papel principal: mas precisa, sin embargo, de circunstancias accesorias que le apoyen, para hacer surgir, con su singular carácter, el placer que los casos de que tratamos pueden proporcionar."

En todos estos casos de repetición del mismo contexto o del mismo material verbal, o de reencuentro de lo conocido y reciente, no podrá discutírsenos la facultad de derivar el placer que experimentamos, del ahorro de gasto psíquico, siempre y cuando este punto de vista demuestre ser utilísimo, no sólo para esclarecer numerosos detalles del problema investigado, sino también para el descubrimiento de nuevas generalidades. Mas antes de entrar en la aplicación de nuestra hipótesis, deberemos poner en claro la forma en que tal ahorro se efectúa, y determinar con mayor precisión el sentido de la expresión "gasto psíquico".

El tercer grupo de las técnicas del chiste — sobre todo del chiste intelectual — en el que quedan comprendidos los errores intelectuales, el desplazamiento, el contrasentido, la exposición antinómica, etc., puede presentar a primera vista un carácter especial y no delatar parentesco alguno con las técnicas del reencuentro de lo conocido o de la sustitución de las asociaciones objetivas por las asociaciones verbales; esto no obstante, resulta harto fácil aplicar también a estos casos el punto de vista del ahorro o minoración del gasto psíquico.

No puede dudarse de que es más fácil y cómodo desviarse de una ruta mental iniciada que conservarse en ella, confundir lo heterogéneo que establecer marcadas antítesis y, sobre todo, admitir, como válidas, consecuencias que la lógica rechaza, o prescindir, en la unión de palabras o pensamientos, de la condición de que formen un sentido.

Y precisamente es esto lo que realizan las técnicas de que ahora tratamos. Mas lo extraño es que tal actividad de la elaboración del chiste constituya una fuente de placer, siendo así que todos estos rendimientos defectuosos de la actividad mental, sólo sensaciones de displacer nos proporcionan en otros sectores diferentes.

El "placer de disparatar" — como pudiéramos denominarlo abreviadamente, — se halla encubierto, hasta su completa ocultación, en la vida corriente. Para descubrirlo tenemos que colocarnos ante dos casos especiales en los que es aún visible o se hace visible de nuevo: la conducta del niño mientras aprende a manejar su idioma, y la del adulto que se halla bajo los efectos de una acción tóxica. En la época en que el niño aprende a manejar el tesoro verbal de su lengua materna, le proporciona un franco placer el "experimentar en juego" (Groos) con este material, y une las palabras, sin tener en cuenta para nada su sentido, con el único objeto de alcanzar de este modo el efecto placiente del ritmo o de la rima. Este placer va siéndole prohibido al niño cada día más por su propia razón, hasta dejarlo limitado a aquellas uniones de palabras que forman un sentido. Todavía, en años posteriores, da, la tendencia a superar las aprendidas limitaciones en el uso del material verbal, muestras de su actividad en el sujeto, haciéndole modificar las palabras por

medio de determinados afijos, transformar sus formas merced a dispositivos especiales (reduplicación) o hasta crear, para entenderse con sus camaradas de juego, un idioma especial, esfuerzos todos que después surgen de nuevo en determinadas categorías de enfermos mentales.

A mi juicio, sea cualquiera el motivo a que obedeció el niño al comenzar estos juegos, más adelante los prosigue dándose perfecta cuenta de que son desatinados y hallando el placer en el atractivo de infringir las prohibiciones de la razón. No utiliza el juego más que para eludir el peso de la razón crítica. Pero las limitaciones que la misma establece en este punto son bien poca cosa comparadas con las que luego, durante la educación, tienen que ser constituídas para lograr la exactitud del pensamiento y enseñarle a distinguir, en la realidad, lo verdadero de lo falso. A estas más poderosas limitaciones corresponde una más honda y duradera rebeldía del sujeto contra la coerción intelectual y real, rebeldía en la que quedan comprendidos los fenómenos de la actividad imaginativa. El poder de la crítica llega a ser tan grande en el último estadio de la niñez y en el período de aprendizaje que va más allá de la pubertad, que el "placer de disparatar" no se aventura ya a manifestarse directamente sino muy raras veces. Los muchachos ya casi adolescentes no se atreven a disparatar sin rebozo alguno, pero su característica tendencia a una actividad sin objeto, me parece ser una derivación del placer de disparatar. En los casos patológicos se ve muy frecuentemente cómo esta tendencia se intensifica hasta el punto de volver a dominar las conferencias y respuestas de los escolares; en algunos de éstos, atacados de neurosis, he podido comprobar que el placer inconsciente que les producían sus propios desatinos tenía, en lo equivocado de sus respuestas, una participación equivalente a la de su ignorancia.

Más tarde, el estudiante no prescinde tampoco de manifestar esta rebeldía contra la coerción intelectual y real, cuyo dominio sobre su individualidad siente hacerse cada vez más ilimitado e intolerante. Una gran parte de los chistes estudiantiles tienen su origen en esta reacción. Con el alegre disparatar que reina en las reuniones juveniles en torno de

la mesa de una cervecería, intenta el estudiante salvar el placer de la libertad del pensamiento, que la disciplina universitaria va aminorando cada vez más. Todavía en épocas posteriores, cuando el alegre estudiante se ha convertido en hombre maduro, y reunido con otros de su talla en un Congreso científico, se ha sentido trasladado de nuevo a su época de aprendizaje, busca, al terminar las sesiones, un periódico satírico o una humorística conversación, que tomando a burla disparatadamente los nuevos conocimientos adquiridos, le compense de las nuevas coerciones intelectuales que los mismos han traído consigo.

Mas, en la edad adulta, la crítica que ha reprimido el placer de disparatar llega ya a adquirir una tal fuerza, que no puede ser eludida, ni siquiera temporalmente, sin la cooperación de medios auxiliares tóxicos. El valioso servicio que el alcohol rinde al hombre, es el de transformar su estado de ánimo; de aquí que no en todos los casos sea fácil prescindir de tal "veneno". El buen humor surgido endógenamente o tóxicamente provocado, debilita las fuerzas coercitivas, entre ellas la crítica, y hace accesibles, de este modo, fuentes de placer sobre las que pesaba la coerción. Es harto instructivo ver cómo conforme el buen humor va imponiendo su reinado, van disminuyendo las cualidades que del chiste se exigen. El buen humor sustituye al chiste, como éste tiene, a su vez, que esforzarse en sustituir al primero, cuando falta, para evitar que permanezcan reprimidas duraderamente determinadas posibilidades de placer, entre ellas el placer de disparatar.

Bajo la influencia del alcohol, el adulto se convierte nuevamente en niño al que proporciona placer la libre disposición del curso de sus pensamientos sin observación de la coerción lógica.

Esperamos haber demostrado que las técnicas de contrasentido del chiste corresponden a una fuente de placer. Recordemos ahora, únicamente, que este placer surge del ahorro de gasto psíquico y de la liberación de la coerción de la crítica.

Una revisión de las técnicas del chiste, que antes dividimos en tres grupos, nos hace observar que el primero y el ter-

cero de ellos, la sustitución de las asociaciones objetivas por asociaciones verbales y el empleo del contrasentido, pueden reunirse en uno solo como procedimientos de restablecer antiguas libertades y de descargar al sujeto del peso de las coerciones impuestas por la educación intelectual. Estas técnicas, son, por decirlo así, "reducciones de la carga psíquica" y podemos colocarlas, hasta cierto punto, en contraposición al ahorro que la técnica realiza en el segundo grupo. Por lo tanto, la reducción del gasto psíquico ya existente y el ahorro del venidero son los dos principios sobre los que descansa la técnica del chiste y todo el placer que la misma produce. Las dos clases de técnica y de aportación de placer coinciden por lo demás — en conjunto — con la división del chiste en verbal e intelectual.

* * *

Las reflexiones que anteceden nos han aproximado al conocimiento de una psicogénesis del chiste, en la que intentaremos penetrar ahora más hondamente. Hemos llegado a conocer ciertos grados preliminares del chiste, cuyo desarrollo hasta el chiste tendencioso nos puede seguramente descubrir nuevas relaciones entre los diversos caracteres del chiste. Anterior a éste es algo que podemos calificar de juego y que aparece en el niño mientras aprende a emplear palabras y a unir ideas, obedeciendo probablemente a uno de los instintos que obligan al niño a ejercitar sus facultades (Groos). En este ejercicio, descubre el sujeto infantil efectos de placer, surgidos de la repetición de lo análogo y del reencuentro de lo conocido, que demuestran ser inesperados ahorros de gasto psíquico. No es de admirar que estos efectos de placer impulsen al niño a dedicarse con entusiasmo a su juego sin tener para nada en cuenta la significación de las palabras y la coherencia de las frases. Así, pues, el primer grado preliminar del chiste sería el juego con palabras e ideas, motivado por determinados efectos placientes del ahorro.

A este juego pone fin el robustecimiento de un factor que merece ser calificado de crítica o razón. El juego es entonces rechazado como falto de sentido o francamente disparatado; la crítica le ha hecho ya imposible. Al mismo tiempo, queda también excluída por completo la consecución de placer de fuentes tales como el reencuentro de lo conocido, etc., salvo casualmente cuando se apodere del sujeto un alegre estado de ánimo que, como la alegría infantil, suprima la coerción crítica. Sólo en este caso se hace de nuevo posible el antiguo juego aportador de placer; pero el hombre no se conforma con esperar la aparición de estas circunstancias, renunciando a procurarse el placer a voluntad, sino que busca medios que hagan al mismo independiente de su estado de ánimo. El subsiguiente desarrollo del juego, hasta el chiste, es regido por dos aspiraciones: la de eludir la crítica y la de sustituir el estado de ánimo.

De este modo se constituye el segundo grado preliminar del chiste, o sea la "chanza". Se trata de continuar la aportación de placer del juego y amordazar las exigencias de la crítica, que no dejarían surgir la sensación de placer. Para alcanzar este fin no existe sino un único camino. La yuxtaposición disparatada de palabras, o la sucesión, contra sentido, de pensamientos, tienen, forzosamente, que adquirir un sentido. Todo el arte de la elaboración del chiste se dedica a hallar aquellas palabras o constelaciones de ideas en que esta condición se muestre cumplida. Ya aquí, en la chanza, encuentran empleo todos los medios técnicos del chiste, y los usos del lenguaje no hacen entre chanza y chiste ninguna distinción importante. Lo que diferencia a la chanza del chiste, es que el sentido de la frase arrancada a la crítica no necesita ser valioso, nuevo, ni siquiera bueno; basta con que pueda expresarse en la forma escogida, aunque sea desacostumbrado, superfluo e inútil expresarlo así. En la chanza aparece, en primer término, la satisfacción de haber realizado lo que la crítica prohibía.

Así, es únicamente una chanza cuando Schleiermacher define los celos como la pasión que busca con celo lo que dolor produce ("Eifersucht" ist eine "Leindenschaft, die mit "Eifer sucht", más "Leidenschafft"). También constituye una

chanza el siguiente dicho del profesor Kaestner, que en el siglo XVIII explicaba Física — y hacía chistes — en la Universidad de Goettingen: "Viendo, al pasar lista a sus alumnos, que había uno cuyo nombre era Guerra, le preguntó qué edad tenía. "30 años", contestó el estudiante.— "Ah, entonces tengo el honor de contemplar la guerra de los Treinta Años" (1). Con una chanza respondió Rokitansky a un individuo que le preguntaba qué profesión había escogido cada uno de sus cuatro hijos: "Dos curan (heilen) y dos aullan (heulen)—similicadencia "heilen, heulen"—; esto es, dos son médicos, y los otros dos, cantantes. La respuesta era justa y en ella no se decía nada que no estuviese expresado en la frase normal: "Dos son médicos y otros dos, cantantes". Es, por lo tanto, indudable que si la frase tomó una forma anormal fué tan sólo por el placer derivado de la unificación y la similicadencia de los dos verbos empleados.

Me parece que vamos viendo ya claramente en esta cuestión. Hemos visto estorbada de continuo nuestra valoración de las técnicas del chiste por el hecho de no ser éstas privativas del mismo y, sin embargo, parecía depender de ellas toda su esencia, dado que suprimiéndolas por medio de la reducción, desaparecían tanto el placer como el carácter mismo del chiste. Mas observamos, ahora, que lo que hemos descrito como técnicas del chiste y, en un cierto sentido, tenemos que seguir denominando así, son más bien las fuentes de las que el chiste extrae el placer. No podremos, por lo tanto, extrañar, en adelante, que otros procedimientos encaminados al mismo fin extraigan placer de las mismas fuentes. En cambio, la técnica peculiar y exclusiva del chiste se hallará en su procedimiento de proteger el empleo de estos medios productores de placer, contra las exigencias de la crítica, que motivarían la desaparición del mismo. De este procedimiento no podemos por ahora decir casi nada con carácter general; la elaboración del chiste se manifiesta, como ya hemos indicado, en la selección de aquel material verbal y aquellas situaciones intelectuales que permiten al antiguo juego con palabras e ideas soportar

---

(1) En alemán el sustantivo "guerra" es masculino, con lo cual queda facilitada la chanza.—**N. del T.**

victoriosamente el examen de la crítica. Para este fin, tienen que ser aprovechadas, con máxima habilidad, todas las peculiaridades del tesoro verbal y todas las constelaciones de la conexión ideológica. Quizá nos hallemos más adelante en situación de caracterizar la elaboración del chiste por medio de una determinada cualidad; mas por lo pronto tenemos que dejar inexplicado cómo se realiza la selección necesaria al chiste. La tendencia y la función del chiste, consistentes en proteger de la crítica las conexiones verbales e ideológicas productoras del placer, se muestran ya en la chanza como sus más esenciales características. Desde el principio, su función es la de suprimir coerciones internas y alumbrar fuentes que las mismas habían cegado. Más adelante hallaremos cómo permanece fiel a este carácter a través de todo su desarrollo.

Nos hallamos ahora en situación de fijar al factor del "sentido en lo desatinado", al que los autores conceden una tan grande importancia para la caracterización del chiste y para la explicación de su efecto de placer, su justa situación. Los dos puntos fijos de la condicionalidad del chiste: su tendencia a continuar el juego productor de placer y su esfuerzo en protegerlo de la crítica de la razón, aclaran, sin necesidad de más amplias explicaciones, por qué el chiste aislado, cuando se nos muestra disparatado desde un punto de vista, tiene, desde otro, que parecernos sensato, o por lo menos, admisible. A la elaboración del chiste corresponde lograr este efecto; allí donde no lo consigue, es rechazado aquél como un desatino. Más no tenemos necesidad de derivar el efecto de placer del chiste, de la pugna de las sensaciones que surgen del sentido y al mismo tiempo desatino del mismo, sea directamente, sea por el camino del "desconcierto y esclarecimiento". Tampoco nos vemos precisados a aproximarnos más al problema de cómo puede surgir el placer, de la alternativa de tener por disparatado y reconocer como sensato el chiste. La psicogénesis del mismo nos ha enseñado que el placer del chiste procede del juego con palabras o del desencadenamiento del desatino y que su sentido se halla destinado exclusivamente a proteger este placer contra su supresión por la crítica.

Con esto habríamos explicado, en la "chanza", el esencial carácter del chiste. Podremos, por lo tanto, dirigir aho-

ra nuestra atención al subsiguiente desarrollo de la chanza hasta culminar en el chiste tendencioso. La chanza coloca aún en primer término la tendencia a agradarnos y se contenta con que su expresión no nos parezca desatinada o falta de todo contenido. Cuando esta misma expresión se muestra plena de contenido o de valor, se transforma la chanza en chiste. Un pensamiento que hubiera sido digno de todo nuestro interés, aun expresado en la forma más sencilla, aparece revestido de una forma que tiene que despertar, por sí misma, nuestro agrado, haciéndonos pensar, además, que una tal coincidencia no ha surgido, ciertamente, sin propósito determinado. Impulsados por esta idea, nos esforzamos en adivinar las intenciones en que la formación del chiste se basa. Una observación que antes hicimos como de pasada, nos servirá ahora de guía. Hemos advertido antes, que un buen chiste nos produce un agradable efecto de conjunto, en el que no podemos distinguir qué parte del placer se debe a la forma chistosa y qué otra al excelente contenido ideológico. Constantemente nos equivocamos en esta valoración, sobreestimando unas veces la bondad del chiste, a consecuencia de nuestra admiración por el pensamiento en él contenido, y otras el valor de tal pensamiento, impulsados por el placer que el revestimiento chistoso nos proporciona. No sabemos lo que nos causa placer ni de qué reímos. Esta inseguridad de nuestro juicio puede quizá haber proporcionado el motivo para la formación de lo que estrictamente denominamos "chiste". El pensamiento busca el ropaje chistoso porque por medio del mismo se recomienda a nuestra atención y puede parecernos más importante y valioso, pero ante todo, porque tales vestiduras sobornan y confunden a nuestra crítica. Nos inclinamos a atribuir al pensamiento la complacencia que la forma chistosa nos ha producido y tendemos a no hallar equivocado lo que nos ha causado placer, para no cegar de este modo una fuente del mismo. Si el chiste nos hace reír, queda establecida en nosotros una disposición desfavorable a la crítica, pues se nos impone desde el exterior aquel estado de ánimo que antes se satisfacía con el juego y que el chiste se ha esforzado en sustituir por todos los medios. Aunque, anteriormente, hemos establecido que

tales chistes debían denominarse inocentes, esto es, no tendenciosos, nos vemos ahora obligados a reconocer que, en sentido estricto, sólo la chanza carece de toda tendencia, no obedeciendo a otra intención que a la de crear placer. El chiste — aunque el pensamiento que contenga carezca de todo propósito y sirva, por lo tanto, únicamente, a un interés intelectual teórico — no carece nunca de tendencia, pues persigue una segunda intención: la de mejorar el pensamiento, fortificándolo, y asegurarlo así contra la crítica. De este modo exterioriza el chiste su naturaleza primitiva, colocándose enfrente de un poder limitador y coercitivo: el juicio crítico.

Esta primera utilidad del chiste, que va más allá de la producción de placer, señala el camino a sus demás funciones. El chiste queda ya reconocido como un factor de poder psíquico, cuya intervención puede ser decisiva. Los grandes instintos y tendencias de la vida anímica lo toman a su servicio para alcanzar sus fines. El chiste, primitivamente exento de tendencias y que comenzó como juego, entra, "secundariamente", en relación con tendencias a las que, en definitiva, nada de lo que se constituye en la vida anímica puede escapar. Sabemos ya lo que puede rendir al servicio de las tendencias desnudadora, hostil, cínica y escéptica. En el chiste obsceno, derivado del chiste "verde", convierte a aquella tercera persona que constituía un estorbo en la situación sexual primitiva — sobornándola al compartir con ella el placer conquistado — en un aliado ante el que la mujer tiene que avergonzarse. En la tendencia agresiva, transforma por igual medio al oyente, imparcial al principio, en un secuaz de su odio o su desprecio y hace surgir contra el enemigo un poderoso ejército allí donde antes no existía sino un solo combatiente. En el primer caso, domina la coerción del pudor y de la decencia por medio de la prima de placer que ofrece; en el segundo, elude de nuevo el juicio crítico, que sin él hubiese examinado el caso discutido. En los casos tercero y cuarto, al servicio de la tendencia cínica y escéptica, destruye el chiste, fortificando el argumento aducido y constituyendo un nuevo modo de ataque, el respeto a instituciones y verdades admitidas por el oyente. Allí don-

de el argumento intenta atraer la crítica de aquél, tiende el chiste a evitarlo, dándola de lado. No cabe duda de que el chiste ha escogido el camino más eficaz, psicológicamente.

En esta revisión de las funciones del chiste tendencioso hemos hallado, en primer término, algo muy fácil de observar: el efecto del chiste en aquel que lo escucha. Pero mucho más importantes para la inteligencia de estos problemas son las funciones que el chiste lleva a cabo en la vida anímica de aquel que lo dice, o dicho con mayor precisión, de aquel a quien se le ocurre. Ya antes nos propusimos — y hallamos aquí ocasión para renovar nuestros propósitos — estudiar los procesos psíquicos del chiste, teniendo en cuenta su relación a dos personas diferentes. Por lo pronto, manifestaremos nuestra sospecha de que el proceso estimulado por el chiste en el oyente, reproduce, en la mayoría de los casos, el que antes ha tenido lugar en el autor. Al obstáculo exterior que ha de ser vencido en el primero, corresponde en este último un obstáculo interno, que, como mínimum, será la representación coercitiva del obstáculo externo que ha de vencer. En algunos casos, el obstáculo interno que es vencido por el chiste tendencioso, resulta evidente. Así, de los chistes de N. tenemos que suponer que no se limitan a proporcionar al oyente el placer de la agresión injuriosa, sino que, ante todo, facilitan al mismo N. la producción de dichas injurias, constituyendo el único camino por el que le es posible exteriorizarlas. Entre las especies de la coerción o cohibición interna, existe una especialmente digna de nuestro interés, por ser la de mayor amplitud. Es ésta la que conocemos con el nombre de "represión", y se caracteriza por sus efectos, consistentes en excluir de la conciencia los sentimientos que caen bajo su acción, con todos sus derivados y ramificaciones. Ya veremos, más adelante, cómo el chiste tendencioso consigue extraer placer incluso de estas fuentes sometidas a la represión. Si, como antes indicamos, es posible referir de este modo el vencimiento de obstáculos exteriores al de coerciones y represiones interiores, podremos decir que el chiste tendencioso demuestra más claramente que ningún otro de los grados evolutivos del chiste, el carácter esencial de la elaboración del mismo, constituído por el hecho de dar

libertad a magnitudes de placer por medio de la remoción de coerciones. El chiste tendencioso fortifica las tendencias a cuyo servicio se coloca, aportándolas auxilios procedentes de sentimientos reprimidos, o entra, abiertamente, al servicio de tendencias reprimidas.

Podemos admitir sin dificultad que éstas son las funciones del chiste tendencioso, pero, al hacerlo, reflexionamos que no hemos llegado aún a comprender en qué forma le es posible llevarlas a cabo. Toda la fuerza de estos chistes se halla en el placer que extraen del juego con palabras y de la liberación del disparate, y si hemos de juzgar por la impresión que hemos recibido de las chanzas desprovistas de tendencia, no podemos atribuir a este placer una tan considerable magnitud, que nos sea dable suponerle poder suficiente para remover arraigados obstáculos e intensas represiones. Pero lo que realmente sucede, en este punto concreto, es que no se trata de la sencilla actuación de una fuerza, sino de un complicado sistema de fuerzas combinadas. En lugar de exponer aquí el largo rodeo por el que he llegado al conocimiento de esta circunstancia, trataré de representarla por un corto camino sintético.

G. Th. Fechner ha establecido en su "Introducción a la Estética" (T. I. V.) el "principio de la cooperación o puja estética", exponiéndolo en la forma siguiente: "De la unión de condiciones de placer, de escasa potencia cada una, surge un resultado de placer, superior, a veces considerablemente, al que corresponde al valor de placer de tales condiciones tomadas por separado, y mayor aún de lo que pudiera explicarse por la suma de cada uno de los efectos. Por medio de una tal reunión puede hasta conseguirse un positivo resultado de placer, incluso cuando cada uno de los factores es por sí solo incapaz de lograrlo". A mi juicio, el tema del chiste no nos ofrece grandes ocasiones de confirmar la certeza de este principio, demostrable en muchas otras creaciones artísticas. Sin embargo, nuestra investigación nos ha enseñado algo que, por lo menos, muestra una cierta relación con la hipótesis de Fechner; pues hemos visto, que en la actuación conjunta de varios factores productores de placer, no

nos es posible atribuir a cada uno de ellos la parte que realmente le corresponde en el resultado. Lo que sí haremos es modificar la situación supuesta en el principio de la cooperación y establecer para estas nuevas condiciones una serie de interrogantes merecedoras de aclaración.

¿Qué sucede, en general, cuando en una constelación aparecen condiciones de placer junto a condiciones de displacer? ¿De qué depende entonces el resultado y en qué se manifiesta? El caso del chiste tendencioso es un caso especial entre estas posibilidades. Existe un sentimiento o aspiración que quería extraer placer de una determinada fuente y lo hubiera conseguido de no tropezar con un obstáculo; de otra parte, existe otra aspiración que actúa en contra de este desarrollo de placer, estorbándolo o reprimiéndolo. La aspiración represora tiene que ser, como lo demuestra el resultado, más fuerte, en una cierta magnitud, que la reprimida, la cual no por ello desaparece.

Agrégase ahora una nueva aspiración que extraería placer del mismo proceso, aunque de distintas fuentes, aspiración que actúa, por lo tanto, en el mismo sentido que la reprimida. ¿Cuál será en este caso el resultado? Un ejemplo nos orientará mejor que cualquier esquematización. Supongamos existente la aspiración a insultar a una determinada persona; mas al paso de esta aspiración salen el sentimiento del propio decoro y la cultura estética, con tal fuerza, que el insulto tiene que ser retenido, y si pudiera surgir mediante una transformación de la situación afectiva o del estado de ánimo, esta victoria de la tendencia insultante sería sentida después con displacer. Queda, pues, suprimido el insulto. Mas se ofrece la posibilidad de extraer un buen chiste del material de palabras y pensamientos que habían de servir para expresarlo, o sea una ocasión de extraer placer de otras fuentes distintas, cuyo acceso no está prohibido por la misma represión. Sin embargo, esta segunda conquista de placer no podría realizarse si el insulto hubiera de ser abandonado; mas en cuanto éste es admitido, en su nueva forma expresiva, queda ligada también a él la nueva consecución de placer. Nuestra experiencia del chiste tendencioso nos muestra que en tales circunstancias puede recibir la tenden-

cia reprimida, con la ayuda del placer del chiste, la energía suficiente para vencer la coerción, que de otro modo la superaría en energía. Se insulta, porque con ello se hace posible el chiste. Pero el placer a que se aspira no es el producido por el chiste; es incomparablemente superior, y tanto mayor que el placer del chiste, cuanto que debemos suponer que la tendencia antes reprimida ha conseguido imponerse y manifestarse por entero. En estas circunstancias el chiste tendencioso excita más nuestra hilaridad.

La investigación de las condiciones de la risa nos llevará quizás a una más definida representación del proceso por el que el chiste coadyuva a la lucha contra la represión. Pero vemos también ahora, que el caso del chiste tendencioso es un caso especial del principio de la cooperación. Una posibilidad de desarrollo de placer se agrega a una situación en la que otra posibilidad se halla cohibida de tal manera que no podría por sí sola producir placer ninguno. El resultado de esta agregación es un desarrollo de placer muy superior al de la posibilidad agregada, la cual ha actuado como "prima de atracción"; por medio de la oferta de una pequeña magnitud de placer se ha conquistado una gran cantidad del mismo, que de otro modo hubiera sido difícil de lograr. Resulta ahora muy justificada la sospecha de que este principio corresponde a un proceso que se verifica en muchos y muy alejados dominios de la vida anímica y creo muy apropiado calificar de placer "preliminar" ("Vorlust") el placer que actúa como prima de atracción para conseguir la libertad de una magnitud mucho más considerable. El principio que, de este modo, dejamos establecido, será, pues, el "principio del placer preliminar".

Podemos ya exponer la fórmula del mecanismo del chiste tendencioso. Se pone éste al servicio de determinadas tendencias con el fin de engendrar nuevo placer, suprimiendo retenciones y represiones por medio del placer del chiste, que actúa en calidad de placer preliminar. Examinando su desarrollo, podemos decir que el chiste ha permanecido fiel a su esencia desde su origen hasta su perfección. Comienza como un juego dedicado a extraer placer del libre empleo de palabras e ideas. Luego, en cuanto el robustecimiento de la razón rechaza, como falto de sentido, el juego con las palabras, y co-

mo disparatado aquél en que intervienen ideas, se transforma en chanza para conservar estas fuentes de placer y poder conquistar nuevo placer por medio de la liberación del disparate. Como chiste propiamente dicho, aun exento de toda tendencia, presta su ayuda a las ideas y las fortalece contra los ataques del juicio crítico, actividad en la que se sirve del principio de la confusión de las fuentes de placer; por último, entra al servicio de considerables tendencias que luchan contra la represión y se consagra a suprimir obstáculos interiores conforme al principio del placer preliminar. La razón — el juicio crítico — y la represión, son los poderes que uno tras otro va combatiendo, mientras conserva las primitivas fuentes de placer verbal y se abre paso, a partir del grado de la chanza, hasta otras nuevas, por medio de la remoción de obstáculos. El placer que produce, sea placer de juego o de remoción, lo podemos derivar. en cada caso, del ahorro de gasto psíquico, siempre que esta concepción no se manifieste contraria a la esencia del placer y demuestre ser fructífera en otros campos (1).

(1) Los chistes disparatados merecen aquí un corto examen, ya que en nuestra exposición no les hemos concedido la atención a que son acreedores.

Dada la importancia que en nuestra teoría concedemos al factor "sentido en lo desatinado", podríamos sentirnos inclinados a exigir que todo chiste fuera un chiste disparatado. Mas esto no es necesario, pues únicamente el juego con ideas conduce inevitablemente al desatino; la otra fuente del placer del chiste, el juego con palabras, sólo en ocasiones produce esta impresión y no despierta siempre la crítica con ella ligada. La doble raíz del placer del chiste, que puede provenir del juego con palabras y del juego con ideas —dualidad en que se basa la principal división del chiste en verbal e intelectual— hace muy difícil toda generalización. El juego con palabras produce un franco placer a consecuencia de los ya citados factores del reconocimiento, etcétera, y no queda, por lo tanto, sometido a la represión más que en muy escasa medida. El juego con ideas no puede ser motivado por tal placer; ha sido objeto de una muy enérgica represión, y el placer que producir puede es tan sólo placer por la remoción del obstáculo; podemos, pues, decir, que el placer del chiste muestra un nódulo de primitivo placer de juego y una envoltura de placer de remoción. En el chiste disparatado, no aceptamos, desde luego, y sin explicación ninguna, que el placer que nos produce sea debido a la liberación de un desatino de las ligaduras de la represión; en cambio, sí observamos desde luego

V

Los motivos del chiste. — El chiste como fenómeno social

Habiendo reconocido, como motivo suficiente de la elaboración del chiste, la intención de conseguir placer, parece ahora inútil resucitar esta cuestión. Mas, por un lado, no es

---

que un juego con palabras nos ha producido placer.—El desatino, privativo del chiste intelectual, adquiere secundariamente la función de intensificar nuestra atención por medio del desconcierto. Sirve, pues, para robustecer el efecto del chiste, pero tan sólo cuando se presenta de manera que el desconcierto pueda preceder en un preciso lapso a la comprensión. En algunos ejemplos hemos visto que el desatino en el chiste puede ser empleado para la exposición de un juicio contenido en el pensamiento. Pero tampoco es esta la significación primaria del disparate en el chiste.

A los chistes desatinados podemos agregar una serie de productos análogos al chiste, para los que no poseemos un nombre apropiado, pero que quizá merezcan la calificación de "disparates de apariencia chistosa". Esta clase de disparates es infinitamente numerosa, mas nos limitaremos a presentar dos muestras: Un individuo que está cenando, mete, al serle servido el pescado, ambas manos en la salsa mayonesa y se unta el pelo con ella. Al observar el asombro de sus vecinos de mesa, parece luego advertir su error, y exclama, en son de disculpa: "¡Perdón! Creí que eran espinacas."

Otro: "La vida es un puente colgante", dice uno.—"¿Cómo es eso?", le preguntan.—"¿Y yo qué sé?", responde.

Estos ejemplos extremos producen su efecto por suponer el oyente que se trata de un chiste y afanarse en descubrir tras del disparate un sentido oculto. Pero no le es posible hallar ninguno; se trata de un simple desatino. Bajo la apariencia chistosa, se ha conseguido, por un momento, dar libertad al placer de disparatar. Estos chistes no están del todo desprovistos de tendencia: son "engañabobos" o "camelos", que proporcionan, al que los dice, un cierto placer viendo engañado y molesto al oyente, el cual aplaca su molestia, prometiéndose hacer caer, a su vez, a otros en la trampa.

imposible que otros motivos diferentes tomen parte en la producción del chiste, y por otro, no debemos dejar de incluir en nuestra investigación el problema de la condicionalidad subjetiva del mismo.

Dos hechos nos impulsan, ante todo, a hacerlo así. La elaboración del chiste es, desde luego, un excelente medio de extraer placer de los procesos psíquicos, mas no todos los hombres se hallan igualmente capacitados para servirse de él. No se halla a disposición de todo el mundo y, ampliamente, sólo a la de contadas personas, a las que caracterizamos diciendo que tienen "chiste". En este sentido, se nos muestra el "chiste" como una especial capacidad perteneciente a la categoría de las antiguas "potencias del alma", pero casi por completo independiente de las restantes: inteligencia, fantasía, memoria, etc. Deberemos, pues, suponer, en los sujetos chistosos, especiales disposiciones o condiciones psíquicas que permiten o favorecen la elaboración del chiste.

Temo que no nos ha de ser posible profundizar mucho en este punto. Sólo en ocasiones aisladas, logramos avanzar desde la comprensión de un chiste hasta el conocimiento de las condiciones subjetivas existentes en el espíritu de su autor. A una feliz casualidad se debe, no más, que precisamente el ejemplo con cuyo análisis hemos inaugurado nuestra investigación de las técnicas nos permita penetrar hasta la condicionalidad subjetiva del chiste. Me refiero a la chistosa frase de Heine que antes que nosotros analizaron ya Heyman y Lipps:

"Tan cierto como que de Dios proviene todo lo bueno, señor doctor, es que una vez me hallaba yo sentado junto a Salomón Rothschild y que me trató como a un igual suyo, muy familionarmente (famillionär)".

Esta frase la pone Heine en boca de un personaje cómico, el hamburgués Hirsch-Hyacinth, colector de lotería, tasador, callista y ayuda de cámara del distinguido barón Cristóforo Gumpelino (antes Gumpel). Se ve que el poeta siente especial predilección por esta su criatura, pues la hace llevar la voz cantante en el relato y enunciar las más osadas y divertidas ideas, prestándole la práctica sabiduría de un Sancho Panza. Lástima que, llevado Heine por su falta de afición a

la forma dramática, deje perderse tan pronto esta deliciosa figura. Sin embargo, en más de una ocasión, nos quiere parecer que Hirsch-Hyacinth no es sino una transparente máscara, detrás de la cual es el poeta mismo quien habla, y a poco que reflexionemos, adquirimos la certeza de que el cómico personaje constituye una auto-parodia del propio Heine. Así, cuando Hirsch relata la razón de haber abandonado su verdadero nombre, adoptando el de Hyacinth. "Este nombre — dice — lo escogí porque empezaba con H, como el mío y me evitaba hacer grabar de nuevo mis iniciales". Es esto, exactamente, lo que sucedió a Heine cuando, al bautizarse, cambió su nombre — Harry — por el de Heinrich. Además, todo aquel que conozca la biografía de Heine, recordará que el poeta tenía en Hamburgo, ciudad de la que hace natural a Hirsch-Hyacinth, un tío de su mismo apellido, que desempeñaba en la familia el papel de pariente adinerado y ejerció en la vida de nuestro autor una decisiva influencia. Su nombre era Salomón, como el del viejo Rothschild que hubo de acoger al infeliz Hirsch tan "familionarmente". De este modo, lo que en boca de Hirsch-Hyacinth nos parecía una chanza, muestra un fondo de amargura atribuído al sobrino Harry-Heinrich. Sabemos que éste quiso estrechar los lazos de unión con esta parte de su familia y que fué su más ardiente deseo contraer matrimonio con una hija de su tío Salomón, pero la muchacha le rechazó y el padre le trató siempre harto "familionarmente", como a un pariente pobre. Sus opulentos primos de Hamburgo nunca le miraron tampoco con afecto. Recuerdo aquí lo que me contó una anciana tía mía que por su matrimonio entró a formar parte de la familia Heine. Un día en que, recién casada, fué a comer a casa de Salomón, tuvo por vecino de mesa a un joven silencioso y desganado, al que los demás trataban con cierto desdén. Por su parte, tampoco tuvo ella ocasión de mostrarse muy afectuosa con su vecino y sólo muchos años después supo que aquel taciturno y desdeñado joven era el poeta Enrique Heine. Este desvío de sus ricos parientes, hizo sufrir mucho a Heine, tanto en su juventud como en años posteriores, y tales emociones subjetivas dieron cuerpo al chiste cuyo análisis nos ocupa.

También en otros chistes de este gran humorista pode-

mos suponer la existencia de análogas condiciones subjetivas, pero no conozco ningún ejemplo más, en el que las mismas aparezcan tan evidentemente. No es, por lo tanto, nada sencillo precisar la naturaleza de tales condiciones subjetivas, ni podemos suponer, a priori, a cada chiste, producto de una tan complicada génesis. Tampoco en las producciones chistosas de otros famosos ingenios hallamos camino más accesible para nuestra investigación. A veces, como cuando nos enteramos de que Lichtenberg era un hipocondríaco, sujeto a las más originales rarezas, nos inclinamos a pensar que las condiciones subjetivas de la elaboración del chiste no se hallan muy alejadas de las de la enfermedad neurótica. La gran mayoría de los chistes, especialmente de aquellos que surgen apoyándose en los nuevos intereses de cada día, es de procedencia anónima y nos hace preguntarnos, con curiosidad, qué clase de personas serán sus autores. Cuando, en el ejercicio de la Medicina, se tiene ocasión de conocer a uno de aquellos individuos que sin presentar, por lo demás, sobresalientes cualidades, son conocidos, en su círculo, como chistosos y autores de muchos de los chistes en circulación, se experimenta, con frecuencia, la sorpresa de ver que se trata de sujetos predispuestos a enfermedades nerviosas. Mas por insuficiencia de pruebas nos abstenemos, desde luego, de erigir una tal constitución psiconeurótica en condición subjetiva necesaria o regular de la formación del chiste.

Constituyen, en cambio, un caso más transparente, aquellos chistes judíos, que ya conocemos, debidos a individuos de raza israelita, pues los que proceden de personas extrañas no pasan nunca, como ya hemos visto, del nivel de la comicidad o de la burla brutal. En ellos, parece cumplirse, como en el chiste de Heine antes examinado, la condición de que la propia persona participe en el contenido del chiste, condición cuya importancia estriba en el hecho de dificultar al sujeto la crítica o agresión directa, obligándole a buscar un rodeo.

Otras condiciones, que hacen posible o favorecen la elaboración del chiste, se muestran más claramente ante nuestros ojos. El móvil de la producción de chistes inocentes es, con gran frecuencia, el vanidoso impulso de mostrar nuestro

propio ingenio, dándonos en espectáculo, esto es, un instinto equivalente a la exhibición en el terreno sexual. La existencia de numerosos instintos retenidos, cuya cohibición presente un cierto grado de inestabilidad, producirá la disposición favorable a la producción del chiste tendencioso. Componentes aislados de la constitución sexual de un individuo pueden, de este modo, actuar como motivos de la formación de chistes. Toda una serie de chistes obscenos permite deducir, en sus autores, una oculta tendencia a la exhibición. Los chistes tendenciosos agresivos resultan especialmente fáciles para aquellos sujetos en cuya sexualidad puede demostrarse la existencia de poderosos componentes sadistas, más o menos cohibidos en su vida individual.

La otra circunstancia que nos impulsa a investigar la condicionalidad subjetiva del chiste, es el hecho generalmente conocido de que nadie se contenta con hacer un chiste únicamente para sí. A la elaboración del chiste se halla indisolublemente ligado el impulso a comunicarlo, y este impulso es tan poderoso, que se impone, con frecuencia, a despecho de importantes consideraciones. También la comunicación de lo cómico nos proporciona un placer, pero el impulso que a ella nos lleva no es ya tan imperativo: lo cómico puede ser gozado aisladamente allí donde surge ante nosotros. En cambio, nos vemos obligados a comunicar el chiste. El proceso psíquico de la formación del chiste no parece terminar con el acto de ocurrírsenos; queda aún algo que tiende a cerrar, con la comunicación de la ocurrencia, el desconocido mecanismo de su producción.

No nos es dado adivinar, al principio, en qué puede fundarse esta tendencia a la comunicación del chiste. Mas observamos en éste una nueva peculiaridad que agregar a aquellas que lo diferencian de lo cómico. Cuando lo cómico surge ante nosotros, lo primero que hacemos es reír de ello, sin ocuparnos de hacer a nadie partícipe de nuestra risa. Posteriormente, después de haber reído a nuestro gusto, es cuando quizá encontremos un nuevo placer en comunicar lo que nos ha divertido. En cambio, no reímos jamás del chiste que se nos ocurre, a pesar del innegable contento que el mismo nos produce. Es, por lo tanto, posible, que nuestra necesidad de co-

municar el chiste se halle relacionada de algún modo con tal efecto hilarante, que nos es negado como autores, pero que se manifiesta con todo su poder en las personas a las que comunicamos nuestra ocurrencia.

¿Por qué no reímos de nuestros propios chistes? ¿Y qué papel desempeña el oyente?

Examinemos, en primer lugar, esta última interrogación. En lo cómico, toman parte dos personas: a más de nuestro propio Yo, aquella otra en la que hallamos la comicidad. Asimismo, cuando encontramos cómico un objeto, es merced a una especie de personificación, nada rara en nuestra vida ideológica. Estas dos personas, el Yo, y la persona-objeto, son suficientes para el proceso cómico. Puede agregarse a ellas una tercera, mas no obligada ni necesariamente. Cuando el chiste no es aún sino un juego con las propias palabras o ideas, prescinde todavía de una persona-objeto, pero ya en el grado preliminar de la chanza, cuando ha conseguido proteger el juego y el desatino de la censura de la razón, requiere una segunda persona a la que poder comunicar su resultado. Mas esta segunda persona del chiste, no corresponde a la persona-objeto de la comicidad, sino a aquella tercera persona a la que se comunica el hallazgo cómico. En la chanza, parece someterse a la segunda persona la decisión de si la elaboración del chiste ha cumplido o no su cometido, como si el Yo no confiase en la seguridad de su propio juicio. También el chiste inocente, que sabemos destinado a robustecer los pensamientos, necesita una segunda persona para probar si ha alcanzado su intención. Cuando el chiste se pone al servicio de tendencias desnudadoras u hostiles, podemos describirlo como un proceso psíquico entre tres personas, las mismas que participan en la comicidad, pero el papel desempeñado por la tercera es muy distinto: el proceso psíquico del chiste se cumple entre la primera, o sea el Yo, y la tercera, o sea, el oyente, y no como en la comicidad, entre el Yo y la persona-objeto.

También en la tercera persona del chiste tropieza éste con condiciones subjetivas que pueden privarle de alcanzar su fin de conseguir placer. Como Shakespeare advierte (Love's labour's lost, V. 2):

"A jest's prosperity lies in the ear
of him that hears it, never in the tongue
of him that makes it..." (1)

Aquel cuyo estado de ánimo depende de graves pensamientos, no será el juez más apropiado para confirmar con sus risas, que el chiste ha conseguido su propósito de salvar el placer verbal. Para poder constituir la tercera persona del chiste, tiene el sujeto que hallarse de buen humor, o por lo menos, indiferente. Idéntico obstáculo encuentran el chiste inocente y el tendencioso, agregándose en este último un nuevo peligro posible: la oposición a la tendencia que el mismo intenta favorecer. La disposición a reír de un excelente chiste obsceno no podrá constituirse cuando el mismo se refiera a una persona estimada por el oyente o ligada a él por lazos de familia. En una reunión de sacerdotes católicos y pastores evangélicos no se atreverá nadie a citar la comparación de Heine que antes expusimos, y ante un auditorio compuesto de amigos de un adversario mío, las más chistosas invectivas que contra éste pudieran ocurrírseme, no serían acogidas como chistes, sino como invectivas y producirían indignación en lugar de placer. Un cierto grado de complicidad o de indiferencia y la falta de todos aquellos factores que pudieran hacer surgir poderosos sentimientos contrarios a la tendencia, son condiciones precisas para que la tercera persona pueda coadyuvar a la perfección del chiste.

Allí donde no aparecen estos obstáculos, oponiéndose al efecto del chiste, surge el fenómeno cuya investigación nos ocupa, o sea, el de que el placer que el chiste ha producido se muestra con mucha más claridad en la tercera persona, que en su propio autor. Tenemos que contentarnos con decir "más claramente", aunque nuestro deseo sería preguntarnos si el placer del oyente no es mucho más intenso que el del autor, pero, como puede comprenderse, nos falta todo medio de comparación o medida. Vemos, sin embargo, que el oyente testimonia su placer con grandes risas después que la primera per-

(1) "El éxito de un chiste depende de quien lo oye, no de quien lo dice."

sona ha relatado, generalmente con grave gesto, el chiste, y que, al contar de nuevo un chiste que hemos oído, nos vemos obligados, para no echar por tierra su efecto, a conducirnos, en el relato, en la misma forma que su autor se condujo al comunicárnoslo. Surge aquí la cuestión de si podremos deducir de esta condicionalidad de la risa alguna conclusión sobre el proceso psíquico de la elaboración del chiste.

No podemos intentar una revisión de todo lo que se ha afirmado y publicado sobre la naturaleza de la risa. De tal propósito nos apartaría, además, la frase que Dugas, un discípulo de Ribot, coloca al frente de su libro "Psychologie du rire" (1902): "Il n'est pas de fait plus banal et plus étudié que le rire· il n'en est pas qui ait eu le don d'exciter davantage la curiosité du vulgaire et celle des philosophes, il n'en est pas sur lequel on ait recueilli plus d'observations et bâti plus des théories et avec cela il n'en est pas qui demeure plus inexpliqué; on serait tenté de dire avec les sceptiques qu'il faut être content de rire et de ne pas chercher á savoir pourquoi on rit, d'autant que peut-être la réflexion tue le rire, et qu'il serait alors contradictoire qu'elle en decouvrit les causes".

No dejaremos en cambio de aprovechar, para nuestros propósitos, una hipótesis sobre el mecanismo de la risa que se incluye excelentemente en nuestro círculo de ideas. Me refiero al intento de explicación de dicho mecanismo, que Spencer lleva a cabo en su "Physiology of Laughter" (1).

Según Spencer, la risa es un fenómeno de la descarga de excitación anímica y constituye una prueba de que el empleo psíquico de tal excitación ha tropezado, bruscamente, con un obstáculo. La situación psicológica que se resuelve en la risa es descrita por este autor en la forma siguiente: "Laughter naturally results only when consciousness is unawares transferred from great things to small—only when there is what we may call a "descendig" "incongruity" (2).

---

(1) H. Spencer, The physiology of laughter (first published in Macmillans Magazin for March 1860), Essays, T. II, 1901.

(2) Varios extremos de esta afirmación necesitarían ser cuidadosamente comprobados en una investigación del placer cómico, comprobación que ya ha sido emprendida por otros autores y que, de todos modos, cae fuera de los límites de nuestra labor.

En un análogo sentido, definen los autores franceses (Dugas) la risa, como una "detente", o sea un fenómeno de distensión. También la fórmula de A. Bain: "Laughter a relief from restraint", se aparta, a mi juicio, de la teoría de Spencer, menos de lo que algunos investigadores intentan hacernos creer.

Sentimos, ciertamente, la necesidad de modificar el pensamiento de Spencer, determinando, en parte, más precisamente, las representaciones en él contenidas y, en parte, transformándolas. Diríamos nosotros que la risa surge cuando una cierta magnitud de energía psíquica, dedicada anteriormente al revestimiento de determinados caminos psíquicos, llega a hacerse inutilizable y puede, por lo tanto, experimentar una libre descarga. Tenemos perfecta conciencia de la peligrosa sombra que arroja sobre nosotros este enunciado, mas, para que nos sirva de escudo, citaremos una frase de la obra de Lipps sobre la comicidad y el humor, obra en la que podemos hallar luminosos esclarecimientos sobre muy distintos problemas: "Al fin y al cabo, todo problema psicológico nos conduce a las profundidades de la psicología, de modo que, en el fondo, ninguno de ellos se deja tratar aisladamente". Los conceptos "energía psíquica" y "descarga", y el manejo de la energía psíquica como una cantidad, son familiares a mi pensamiento desde que he comenzado a considerar filosóficamente los hechos de la Psicopatología. Ya en mi "In-

A mi juicio, no estuvo muy feliz Spencer en la explicación de por qué la descarga encuentra precisamente aquellos caminos cuya excitación produce el cuadro somático de la risa. Una sola aportación quisiera yo incluir aquí al tema, tan minuciosamente tratado desde Darwin, pero aún no agotado, de la explicación fisiológica de la risa, o sea, de la derivación o interpretación de los actos musculares característicos de la misma. Mi opinión es que el gesto que caracteriza la sonrisa —la contracción de las comisuras de los labios— aparece, por vez primera, en el niño de pecho, cuando, satisfecho y harto, abandona el seno materno y se queda dormido. La sonrisa es, en este caso, un movimiento expresivo, pues corresponde a la decisión de no ingerir más alimento, y representa, por lo tanto, un "basta", o, más bien, un "sobra". Este primitivo sentido de la sonrisa —la placiente saciedad— proporciona quizá a la misma —que es el fenómeno fundamental de la risa— su posterior conexión con los placientes procesos de descarga.

terpretación de los sueños" (1900) he intentado estatuir, de acuerdo con la idea de Lipps, los procesos psíquicos inconscientes en sí y no los contenidos de la conciencia, como lo "psíquicamente eficiente" (1). Tan sólo al hablar del "revestimiento de caminos psíquicos" parece que me alejo de las metáforas usadas por Lipps. Las experiencias sobre la capacidad de desplazamiento de la energía psíquica a lo largo de determinadas asociaciones y sobre la casi indeleble conservación de las huellas de los procesos psíquicos, es lo que me ha inducido a intentar representar en esta forma lo desconocido. Para evitar una mala inteligencia posible, debo añadir que no intento proclamar como tales caminos a las células y fibras o, en su lugar, al moderno sistema de las neuronas, aunque los mismos deberían poder representarse, en una forma aún no determinable, por elementos orgánicos del sistema nervioso.

Así, pues, según nuestra hipótesis, se dan en la risa las condiciones para que una suma de energía psíquica, utilizada hasta entonces como carga o revestimiento (Besetzung), sucumba a una libre descarga, y dado que, aunque no toda risa, ni aquella que es producida por el chiste, es un signo de placer, nos inclinaremos a referir tal placer a la remoción de la carga. Cuando vemos que el oyente ríe y, en cambio, el autor del chiste no, tenemos que pensar que en el primero es removido y derivado un gasto de revestimiento (Besetzungsaufwand), mientras que en la elaboración del chiste surgen obstáculos que se oponen, ora a la remoción, ora a la descarga. Podemos caracterizar con gran precisión el proceso que

(1) Cf. el capítulo VIII del citado libro de Lipps y el del mismo número en mi "Interpretación de los sueños".—"Resulta, pues, válido el siguiente principio general. Los factores de la vida psíquica no son los contenidos de la conciencia, sino los procesos psíquicos inconscientes en sí. La labor de la Psicología, si no quiere limitarse a describir tan sólo contenidos de conciencia, consistirá en deducir de la constitución de éstos y de su conexión temporal, la naturaleza de tales procesos inconscientes. La Psicología tiene que ser una teoría de estos procesos. Mas, una tal Psicología hallará, en seguida, que existen varias cualidades de tales procesos, que no aparecen representadas en los correspondientes contenidos de conciencia." (Lipps, l. c. pág. 123).

se verifica en el oyente — la tercera persona del chiste — haciendo resaltar el hecho de que el mismo se proporciona con escasísimo gasto por su parte, el placer del chiste. Se diría que tal placer le resultaba regalado. Las palabras del chiste hacen surgir en su espíritu aquella representación o asociación de ideas, cuya formación tropezaba también en él con grandes obstáculos. Para constituir espontáneamente, como primera persona, dicha representación o asociación, hubiera tenido que poner en juego un esfuerzo propio, equivalente por lo menos a la cantidad de gasto psíquico necesario para vencer la energía del estorbo, cohibición o represión. Resulta, pues, que el oyente se ahorra todo este gasto psíquico y, conforme a nuestros anteriores resultados, diríamos que su placer corresponde a este ahorro. Mas, ahora, tras de nuestro conocimiento del mecanismo de la risa, diremos más bien que la energía del revestimiento dedicada a la retención, ha devenido, a causa del establecimiento de la representación prohibida, logrado por medio de la percepción auditiva, repentinamente superflua, quedando removida y dispuesta a descargarse en la risa. De todos modos, ambas explicaciones de este proceso corren paralelas, pues el gasto ahorrado corresponde exactamente a la retención devenida superflua. Pero la segunda es más evidente, y además nos permite decir que el oyente del chiste ríe con la magnitud de energía psíquica que ha quedado en libertad por la remoción de la carga de retención (Hemmungsbesetzung); el oyente gasta, riendo, esta magnitud.

Dijimos antes, que la circunstancia de que la persona en la que el chiste se forma no pudiera reir, indicaba que el proceso se verificaba en ella de una manera diferente a como en la tercera persona, diferencia que podría hallarse en la remoción de la carga de retención, o en la posibilidad de descarga de la misma. Mas el primero de estos dos casos tiene que ser excluído, como en seguida veremos. La carga de retención debe ser removida también en la primera persona, pues si no, ni hubiera llegado a existir el chiste, cuya formación supone el vencimiento de una tal resistencia, ni sería posible que la primera persona sintiera el placer que al mismo acompaña y que tenemos que derivar de la remoción de

la retención. No queda, pues, más que el otro caso, o sea, que la primera persona no puede reir, aunque siente placer, porque la posibilidad de descarga se halla perturbada. Una tal perturbación en la posibilidad de la descarga que constituye una condición de la risa, puede ser producida por el inmediato destino de la energía de revestimiento libertada a un distinto empleo endopsíquico. Esta posibilidad es, a nuestro juicio, importantísima, y habremos de dedicarle todo nuestro interés. Mas, en la primera persona del chiste, puede hallarse realizada otra condición que conduce al mismo resultado. A pesar de la conseguida remoción del revestimiento de retención, puede no haber quedado libre una magnitud de energía capaz de exteriorizarse. En la primera persona del chiste se verifica el trabajo de elaboración del mismo que, necesariamente, ha de exigir una cierta magnitud de nuevo gasto psíquico. La primera persona hace, pues, surgir, por sí misma, la energía que remueve la retención, de lo cual extrae, sin duda, un placer que, en el caso del chiste tendencioso, llega a ser muy considerable, dado que el placer preliminar conquistado por la elaboración del chiste toma a su cargo la restante remoción de la retención. Pero la cuantía del gasto producido por la elaboración del chiste minora como un sustraendo la ganancia conseguida por dicha remoción. Este gasto es el mismo que tiene lugar en el oyente del chiste. Para apoyar todas estas afirmaciones podemos aducir aún, que el chiste pierde también en la tercera persona su efecto hilarante en el momento en que necesita un gasto de trabajo intelectual. Las alusiones del chiste tienen que ser evidentes, y el vacío dejado por las omisiones debe poderse colmar con facilidad. El efecto del chiste es regularmente destruído con la aparición del interés intelectual, circunstancia que constituye una importante diferencia entre el chiste y las adivinanzas. Quizá la constelación psíquica no sea favorable durante la elaboración del chiste a la libre descarga de lo conseguido. Mas no nos hallamos, por ahora, en situación de hacer más profundo nuestro conocimiento de estos extremos. Hemos podido esclarecer una parte de nuestro problema, la de por qué ríe la tercera persona, mejor que la parte restante, o sea, por qué la primera no ríe.

De todos modos, apoyándonos en estos juicios sobre las condiciones de la risa y sobre el proceso psíquico que se verifica en la tercera persona, nos hallamos facultados para esclarecer satisfactoriamente toda una serie de peculiaridades del chiste, que ya conocemos, pero en cuya inteligencia aún no hemos penetrado. Si en la tercera persona ha de ser libertada una magnitud de energía de revestimiento, capaz de descarga, habrán de cumplirse varias condiciones, o, por lo menos, será su cumplimiento muy favorable. Tales condiciones son: 1.a Ha de quedar asegurado que la tercera persona lleva a cabo realmente este gasto de revestimiento; 2.a Debe evitarse que el mismo, una vez libre, halle un empleo distinto, en lugar de ofrecerse a la descarga motora, y 3.a Será en extremo ventajoso que el revestimiento sea intensificado previamente en la tercera persona. Al servicio de estas condiciones se hallan determinados medios de la elaboración del chiste, que podemos reunir como técnicas secundarias o auxiliares.

La primera de las condiciones señaladas fija una de las cualidades de la tercera persona, como oyente del chiste. Tiene éste que coincidir psíquicamente con la primera persona lo bastante para disponer de las mismas retenciones internas que la elaboración del chiste ha vencido en la misma. El individuo acostumbrado a dichos crudamente "verdes" no podrá extraer placer alguno de un ingenioso y sutil chiste desnudador, y las agresiones de N. no serán comprendidas por las personas acostumbradas a dar libre curso a su tendencia al insulto. De este modo, cada chiste exige su público especial, y el reír de los mismos chistes prueba una amplia coincidencia psíquica. Tocamos aquí un punto que nos permite vislumbrar con mayor precisión las circunstancias del proceso en la tercera persona. Esta debe poder constituir habitualmente, en sí, la misma retención que el chiste ha vencido en la primera, de manera que, al oir el chiste, despierte en ella, obsesiva o automáticamente, la disposición a dicha retención. Tal disposición a la retención, que debemos representarnos como un verdadero gasto de energía, análogo a la movilización de un ejército, es reconocida, simultáneamente, como superflua o

retrasada y es descargada, de este modo, in "statu nascendi", por medio de la risa.

Le segunda condición para el establecimiento de la descarga libre, o sea, la de que sea evitado un diferente empleo de la energía libertada, nos parece desde luego, la más importante. Hallamos en ella la explicación teórica de la inseguridad del efecto del chiste cuando en el oyente son despertadas representaciones fuertemente excitantes por los pensamientos expresados en el mismo, circunstancia en la que de la coincidencia o contradicción entre las tendencias del chiste y la serie de pensamientos que domina al oyente, depende que se conceda o niegue atención al proceso chistoso. Pero todavía presentan un mucho mayor interés teórico una serie de técnicas auxiliares del chiste que se hallan evidentemente al servicio de la intención de apartar la atención del oyente del proceso del chiste y dejar que el mismo se realice automáticamente. Decimos con toda intención "automáticamente" y no "inconscientemente" porque este último calificativo pudiera inducirnos en error. Trátase aquí tan sólo de mantener alejada la sobrecarga de la atención, del proceso psíquico incitado por la audición del chiste, y la utilidad de estas técnicas auxiliares nos hace sospechar, que precisamente el revestimiento de atención toma una gran parte en la vigilancia y nuevo empleo de la energía de revestimiento que queda libertada.

No parece fácil evitar, en general, el empleo endopsíquico de cargas que han devenido superfluas, pues en nuestros procesos mentales nos ejercitamos de continuo en desplazar de un camino a otro tales revestimientos, sin dejarles perder, por descarga, nada de su energía. El chiste se sirve, a este fin, de los medios siguientes: En primer lugar tiende a una expresión lo más breve posible, para ofrecer a la atención un mínimum de superficie atacable. En segundo cumple la condición, antes indicada, de ser fácilmente comprensible, pues en cuanto exigiera una labor intelectual, una selección entre diversas rutas mentales, peligraría su efecto, no sólo por el inevitable gasto intelectual, sino también por el despertar de la atención. Pero, además de estos medios, utiliza el habilísimo de desviar la atención, ofreciéndola, en

la expresión del chiste, algo que la encadene, mientras se lleva a cabo la liberación del revestimiento impediente y su final descarga. Ya las omisiones en la expresión verbal del chiste cumplen esta intención incitando a llenar los huecos por ellas producidos y alejando de este modo la atención del proceso del chiste. Aquí se coloca al servicio de la elaboración del mismo la técnica de la adivinanza, que llama a sí la atención. Pero aún más eficaces son las formaciones de fachadas, que hemos hallado en algunos grupos de chistes tendenciosos. Las fachadas silogísticas cumplen a maravilla la misión de retener la atención, planteándola un problema. Mientras comenzamos a reflexionar en la solución del mismo nos vemos dominados por la risa; nuestra atención ha sido vencida por sorpresa y la descarga del revestimiento impediente se ha efectuado por completo. Lo mismo puede decirse de los chistes con fachada cómica, en los cuales, la comicidad presta su auxilio a la técnica del chiste. Una fachada cómica favorece en diversos modos el efecto del chiste, no sólo facilitando el automatismo del proceso chistoso, por el encadenamiento de la atención, sino coadyuvando a la descarga producto del chiste, con la producción de una descarga preliminar debida a lo cómico. La comicidad actúa aquí a manera de soborno, como el placer preliminar, y de este modo, comprendemos que algunos chistes puedan prescindir por completo de dicho placer, que por muy diversos medios podrían hacer surgir, y utilicen tan sólo la comicidad como tal placer preliminar. Entre las técnicas del chiste, propiamente dichas, son el desplazamiento y la representación por lo absurdo las que, a más de sus especiales aptitudes, la muestran mayor para la desviación de la atención que ha de favorecer el curso automático del proceso del chiste (1).

---

(1) Antes de pasar adelante, queremos examinar en un ejemplo de chiste por desplazamiento, un nuevo e interesantísimo carácter de la técnica del chiste. Cuéntase que la genial actriz E. Gallmeyer, preguntada un día, indiscretamente, por su edad, hubo de responder, con ingenuo acento y bajando pudorosamente los ojos: "En Brünn." Es esta respuesta un modelo de desplazamiento: Interrogada por su edad, responde la actriz indicando el lugar de su nacimiento, como anticipándose a una pregunta subsiguiente, al mismo tiempo que da a entender su

Sospechamos ya, y más adelante lo confirmaremos, que con la desviación de la atención hemos descubierto un rasgo esencial del proceso psíquico en el oyente del chiste. Por su enlace con este descubrimiento quedan aclarados otros muchos extremos. En primer lugar, vemos por qué no sabemos casi nunca, en el chiste, de qué reímos, aunque después lo podamos precisar por medio de una investigación analítica. Esta risa es el resultado de un proceso automático, que fué hecho posible por el alejamiento de nuestra atención consciente. En segundo lugar, llegamos a la inteligencia de aquella singularidad del chiste consistente en no manifestar su completo efecto, en el oyente, más que cuando constituye una novedad y una sorpresa para el mismo. Esta peculiaridad del chiste, que condiciona su corta vida e incita a la continua producción de otros nuevos, se deriva claramente, de que la esencia de toda sorpresa está en no lograrse por segunda vez. En la repetición de un chiste la atención es guiada por el recuerdo de su audición primera. Partiendo de aquí llegamos a la comprensión del impulso a contar a otros que aún no lo conocen, el chiste que acabamos de oir. Probablemente la impresión que el mismo produce en el nuevo oyen-

---

deseo de saltarse la verdadera interrogación. Y sin embargo, sentimos que el carácter del chiste no se manifiesta aquí con completa pureza. La omisión es demasiado clara y el desplazamiento en exceso evidente. Nuestra atención comprende, en seguida, que se trata de un desplazamiento intencionado. En otros chistes de este mismo género, el desplazamiento queda encubierto y nuestra atención es embargada por el esfuerzo encaminado a precisarlo. En uno de los ejemplos expuestos ("¿Y qué hago yo en Presburgo a las siete y media?") el desplazamiento es también patente, pero en cambio actúa como un desatino sobre nuestra atención, confundiéndola, mientras que en la respuesta de la actriz sabemos, en el acto, a qué atenernos.—En una dirección distinta se desvían también del chiste las "falsas preguntas" que, por lo demás, utilizan las más eficaces técnicas. He aquí un ejemplo de esta clase de preguntas, en el que se utiliza el desplazamiento: "¿Qué será un antropófago que se haya comido a su padre y a su madre?"—Respuesta: "Huérfano".—"¿Y si, además, se merienda a todos sus parientes?"—"Heredero universal".—Estas preguntas no son chistes completos porque las necesarias respuestas chistosas no pueden ser consideradas como alusiones, omisiones, etcétera, propias de la técnica del mismo.

te nos compensa, en parte, de la pérdida de posibilidades de goce que supone su falta de novedad para nosotros. Un análogo motivo será también el que impulse al creador del chiste a comunicarlo a los demás.

No ya como condiciones del proceso del chiste, pero sí como circunstancias que le favorecen en extremo, indicaré, por último, aquellos medios técnicos auxiliares de la elaboración del mismo, que se hallan destinados a elevar la magnitud que llega a la descarga e intensifican, de este modo, el efecto del chiste. Estos medios auxiliares acrecen también, en la mayoría de los casos, la atención dirigida hacia el chiste, pero, al mismo tiempo, anulan su posible influencia, encadenándola y estorbando su movilidad. En estos dos sentidos actúa todo aquello que despierta interés y produce desconcierto, o sea, ante todo, el disparate, la contradicción y aquel "contraste de representaciones" de que los investigadores quieren hacer el carácter esencial del chiste y en el que yo no veo sino un medio de intensificar el efecto del mismo. Todo lo desconcertante provoca, en el oyente, aquel estado de la distribución de la energía, que Lipps ha calificado de "estancamiento psíquico", deduciendo luego, muy justificadamente, que la "descarga" será tanto más fuerte cuanto más elevado sea el estancamiento anterior. La exposición de Lipps no se refiere, ciertamente, al chiste, sino a lo cómico en general; pero nos parece muy verosímil que la descarga, que deriva, en el chiste, un revestimiento impediente, puede ser intensificada, de igual modo, por el estancamiento.

Vemos ahora, que la técnica del chiste es determinada, en general, por dos clases de tendencias: aquellas que hacen posible la formación del chiste en la primera persona y aquellas otras que deben procurar al chiste el mayor efecto posible en la tercera. Esta doble faz, que como Jano, posee el chiste, destinada a proteger su primitiva conquista de placer de los ataques de la razón crítica, y el mecanismo del placer preliminar, pertenecen a la primera tendencia; la restante complicación de la técnica por las condiciones señaladas en este capítulo surge en función de la tercera persona del chiste. Es, pues, el chiste, un aprovechado bribón que sirve al mismo tiempo a dos señores. Todo lo que se dirige a la con-

secución de placer está calculado en el chiste con vistas a la tercera persona, como si obstáculos internos insuperables se opusieran a dicha consecución, en la primera. Recibimos, así, la impresión de que la tercera persona es insustituíble para la conclusión del proceso del chiste. Pero mientras que, en esta tercera persona, pudimos llegar a un satisfactorio conocimiento de dicho proceso, el proceso correspondiente, en la primera, permanece aún harto obscuro para nosotros. De las dos interrogaciones: ¿Por qué no podemos reir de los chistes de que somos autores? y ¿Por qué somos impulsados a relatar a otros nuestros propios chistes?, ha escapado, hasta ahora, la primera, a toda solución. Podemos, únicamente, sospechar que entre los dos hechos que de esclarecer se trata existe un íntimo enlace, y que si tenemos que comunicar a los demás nuestros propios chistes es "precisamente por" no poder reir nosotros de ellos. De nuestro conocimiento de las condiciones de la consecución y descarga de placer en la tercera persona, podemos deducir, para la primera, que en ella faltan las condiciones para la descarga y sólo existen las necesarias a la consecución de placer, aunque también imperfectamente cumplidas. No puede entonces rechazarse la hipótesis de que completamos nuestro placer alcanzando la risa que, como autores del chiste, nos está vedada, en la impresión de la tercera persona a la que incitamos a reir. De este modo reimos "par ricochet", según la expresión de Dugas. La risa pertenece a las manifestaciones más contagiosas de los estados psíquicos. Al hacer reír a otras personas, relatándoles mi chiste, me sirvo realmente de ellas para despertar mi propia risa, y puede, en efecto, observarse que quien primero ha relatado, con gesto grave, el chiste, hace después coro, riendo mesuradamente, a las carcajadas de los demás. La comunicación de mi chiste a los demás, servirá, pues, a varias intenciones: En primer lugar nos proporcionará la seguridad objetiva del éxito de la elaboración del chiste; en segundo, completará nuestro propio placer por el efecto que de rechazo nos produce el del oyente y, por último—en la repetición de un chiste del que no somos autores—compensará la pérdida de placer ocasionada por la desaparición de la novedad.

Al finalizar esta discusión sobre los procesos psíquicos del chiste, en cuanto se realizan entre dos personas, podemos dirigir una mirada retrospectiva hacia el factor economía, que tan importante, para la concepción psicológica del chiste, ha demostrado ser desde los primeros esclarecimientos de la técnica del mismo. Desde muy atrás nos hemos apartado totalmente de la más próxima, pero también más ingenua, concepción de esta economía, o sea, la de que consistía en evitar gasto psíquico, en general, fuera por limitación en el uso de palabras o en la constitución de cadenas de pensamientos. Ya entonces decíamos: Lo breve, lo lacónico, no es aún chistoso. La brevedad del chiste es una brevedad especial, esto es, la brevedad "chistosa". La primitiva consecución de placer, que era proporcionada por el juego con palabras y pensamientos, provenía, en efecto, exclusivamente de ahorro de gasto, pero con el desarrollo del juego hasta el chiste, tuvo también que variar sus fines la tendencia economizante, pues frente al gigantesco gasto de nuestra actividad mental no supondría nada lo que pudiera ahorrarse por el empleo de las mismas palabras o la evitación de una nueva interpolación de pensamientos. Podemos, seguramente, permitirnos la comparación de la economía psíquica con una empresa de negocios. Mientras el tráfico es pequeño habrá de limitarse lo más posible todo gasto y especialmente los de gerencia y personal. El ahorro se refiere aún a la altura absoluta del gasto. Más tarde, a medida que las transacciones aumentan, disminuye la importancia de los gastos de gerencia. No hay ya que tener en cuenta el montante total de los gastos, siempre que tráfico y rendimiento puedan ser aumentados. La tacañería en los gastos de dirección sería ya ridícula y produciría pérdidas. Pero, sin embargo, sería inexacto admitir que en los grandes gastos no hay ya lugar a economía. El sentido económico de la dirección se dirigirá ahora a lograr un ahorro en sectores aislados del negocio, y se sentirá satisfecho cuando la misma operación que antes ocasionaba cuantiosos dispendios logre hacerse más económicamente, por muy pequeño que el ahorro parezca comparado con la totalidad de los gastos. Análogamente constituye, en nuestro complicado tráfico psíquico, una fuente de placer, cualquier econo-

mía aislada. Aquella persona que iluminaba antes su habitación por medio de una lámpara de petróleo, y ha instalado después la luz eléctrica, experimentará, durante toda una temporada, una precisa sensación de placer al encender sin más trabajo que dar vuelta a la llave, y esta sensación durará tanto como dure el recuerdo de las complicaciones y molestias que presentaba el encender la lámpara de petróleo. Del mismo modo, las economías de gasto de retención, tan pequeñas si se las compara con el gasto psíquico total, serán siempre una fuente de placer para nosotros, porque por ellas se nos ahorra un gasto aislado que estamos acostumbrados a realizar y que en cada caso nos disponemos a llevar a efecto. La circunstancia de sernos conocido el gasto y hallarnos preparados a efectuarlo posee, sin duda, máxima importancia.

Un ahorro localizado, como el que acabamos de considerar, no dejará nunca de proporcionarnos un momentáneo placer, pero no producirá jamás una duradera economía mientras lo economizado pueda ser empleado en otro lugar. Sólo cuando este distinto empleo puede ser evitado, se transforma de nuevo el ahorro especial en una minoración general de gasto psíquico. Aparece, pues, ahora que hemos profundizado más en nuestro conocimiento de los procesos psíquicos, un nuevo factor: la minoración, en lugar de la economía. Vemos claramente que el primero produce una sensación de placer mucho más importante. El proceso crea placer, en la primera persona del chiste, por la remoción de una coerción y la minoración del gasto local. Mas no parece luego detenerse hasta haber alcanzado, por mediación de la tercera persona interpelada, la minoración general resultado de la descarga.

FIN DEL TOMO I

INDICE

a) *Parte analítica:*

b) *Parte sintética:*

"BIBLIOTECA ERCILLA"

(Formato grande, presentación de lujo)

UNA TEORIA SEXUAL Y OTROS ENSAYOS, por Sigmund Freud.. .. .. $ 14.00
LENIN, por F. Ossendowski. Edición de lujo.. .. .. $ 22.00
LA QUINTRALA Y SU EPOCA, por Aurelio Díaz Meza. Escrita especialmente para la "Editorial Ercilla" .. $ 12.00
VIDA DE SAINT-JUST, por Emmanuel Aegerter .. .. $ 8.00
HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA, por Walter Goetz (en reimpresión) .. .. $ 20.00
EL ENIGMA DE LA MANO, por Madame de Thébes . $ 10.00
LA AMERICA BARBARA, por Emilio Rodríguez Mendoza .. .. $ 14.00
PSICOANALISIS DE LAS MASAS Y ANALISIS DEL YO, por Sigmund Freud .. .. $ 14.00
VOLTAIRE, por André Maurois .. .. $ 6.00
UNA NUEVA EDAD MEDIA, por Nicolás Berdiaeff .. $ 8.00
RECUERDOS DE UN SOLDADO. EL EJERCITO Y LA POLITICA, por el general Carlos Sáez Morales, tomos I y II, cada uno .. .. $ 9.00
RECUERDOS DE UN SOLDADO, por el general Carlos Sáez Morales, tomo III.. .. .. $ 15.00
¿QUIEBRA DE LA DEMOCRACIA?, por H. G. Wells $ 10.00
FUNDAMENTOS DE LA POLITICA, por Hans von Eckhart .. .. $ 6.00
HISTORIA DEL INTERNACIONALISMO OBRERO, por Lewis L. Lorwin, tomos I y II, cada uno.. .. .. $ 14.00
JOSE MIGUEL CARRERA, por Augusto Iglesias .. . $ 20.00
PEREZ ROSALES, por Emilio Rodríguez Mendoza ... $ 8.00
LOS PROBLEMAS EDUCACIONALES, por el General Mariano Navarrete C. .. .. $ 20.00
LA VERDAD SOBRE ALEMANIA (Bajo la ola hitlerista), por Phillippe Barrés .. .. $ 8.00
ALEMANIA VISTA POR DENTRO, por André Germain $ 10.00
AÑOS DE DECISION, por Oswald Spengler .. .. $ 12.00
LA HORA DE LA DECISION, por André Tardieu .. . $ 12.00
NELSON, por G. Edinger y E. I. C. Neep .. .. $ 12.00
ROCKEFELLER, REY DEL PETROLEO, por R. Courau .. .. $ 10.00
PIO X, por René Bazin .. .. $ 7.00
SI EL CAPITALISMO DESAPARECIERA, por Lucien Romier .. .. $ 6.00
CONVERSACIONES CON DON ARTURO ALESSANDRI, por Armando Donoso .. .. $ 8.00
CARLOS MARX, por Otto Rühle.. .. .. $ 22.00
LA JUVENTUD EN LA RUSIA SOVIETICA, por Klaus Mehnert .. .. $ 15.00

EL CHISTE Y SU RELACION CON LO INCONSCIENTE por SIGMUND FREUD, TOMO I.
BIBL. FREUD.— VOLUMEN N.° 8

$ 3.—